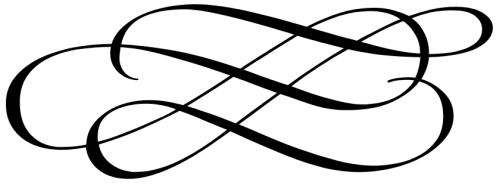

La Chispa de la Hija de la Fundición
SYBIL COOK

LA CHISPA DE LA HIJA DEL FUNDIDOR



SYBIL COOK

CONTENIDOS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

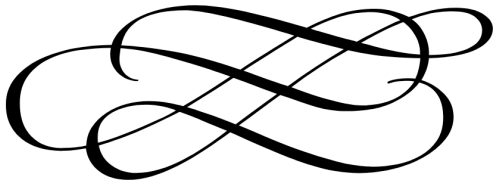
Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Otras obras de Sybil Cook

CAPÍTULO 1



Nell Halloway descargó el martillo con fuerza sobre el resplandeciente eslabón de hierro y sintió cómo el impacto le recorría los brazos hasta llegarle a los dientes. El metal soltó chispas y siseó al volver a golpearlo, porque el hierro hoy se mostraba obstinado y se negaba a doblarse sin presentar batalla. Se limpió el sudor de los ojos con el dorso de la mano y miró a Ma Rourke, que trabajaba en el yunque de al lado.

—Vas a partir ese yunque por la mitad si sigues pegándole como si te debiera dinero —gritó Ma Rourke por encima del estrépito de la fábrica.

—El yunque aguantará —respondió Nell a gritos—. De mis propios huesos no estoy tan segura.

Ma Rourke se rio y dijo:

—Eres demasiado joven para que te duelan los huesos, Nell. Espera a cumplir los cincuenta antes de empezar a quejarte de la humedad. —Señaló con las tenazas hacia la esquina de la sala, donde una pequeña caja de madera descansaba entre las sombras, lejos de los hornos—. El pequeño no ha movido ni un músculo en la última hora. Será mejor que vayas a ver cómo está antes de que el capataz venga a pasar lista.

Nell soltó el martillo y se desató el pesado delantal de cuero que protegía su vestido de las chispas. Atravesó el abarrotado taller, sorteando montones de cadenas y bobinas de alambre. El ruido de la fábrica era un rugido constante que vivía en sus oídos incluso cuando dormía.

Se arrodilló junto a la caja y apartó la tosca manta de lana con la que la había cubierto. Pip estaba acurrucado, hecho una bola, con las rodillas pegadas al pecho. Tenía el rostro encendido y su respiración era superficial y rápida.

Nell le puso la mano en la frente y sintió el calor que emanaba de él. Estaba ardiendo.

—Pip —susurró—. ¿Me oyes?

Pip abrió los ojos, pero estaban vidriosos y la miró fijamente como si ella no estuviera allí. —El agua está demasiado caliente —balbuceó, e intentó apartar la manta.

Nell le cogió las manos y volvió a meterlas bajo la lana, porque estaba temblando a pesar de la fiebre. Levantó la vista y vio a Ma Rourke de pie detrás de ella con el ceño fruncido por la preocupación.

—Tiene mala pinta, Nell —dijo Ma Rourke—. Necesita algo para bajarle esa fiebre antes de que lo fría por dentro.

Nell se puso en pie y sintió el corazón martilleándole contra las costillas. —Ya he ido a la botica de High Street. El viejo no ha querido darme ni una gota de té de corteza de sauce sin ver el dinero primero. Tengo dos chelines en mi caja y la medicina cuesta cinco.

Ma Rourke escupió al suelo. —Greyson es un tacaño que le cobraría a un hombre por el aire que respira si descubriera cómo embotellarlo. —Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie

escuchaba y se acercó a Nell—. Hay otra forma de conseguir lo que el niño necesita. Si estás dispuesta a correr un riesgo.

—¿Qué clase de riesgo?

—Todo el mundo sabe que el nuevo dueño de la fundición tiene un dispensario completo en la casa grande —dijo Ma Rourke—. Bram Thorne no se fía de los médicos locales, así que trae sus propios suministros de Londres. Tiene suficiente quinina y polvos para la fiebre para tratar a todo el pueblo guardados ahí mismo, en sus vitrinas de cristal.

Nell miró a la mujer mayor. —¿Me estás sugiriendo que suba a la mansión y le pida un favor a la Bestia de Blackwood?

Ma Rourke sacudió la cabeza. —Si pides, no conseguirás nada más que un portazo en las narices. La casa es enorme y la mitad de las habitaciones están vacías porque los criados no dejan de irse. Una chica que sea rápida de pies podría colarse en el invernadero y encontrar el despacho sin que nadie la viera.

Nell volvió a mirar a Pip. Él dejó escapar un pequeño gemido y giró la cabeza hacia un lado.

—Eso suena a una buena forma de acabar en la cárcel o de recibir un disparo —dijo Nell.

—Es elegir entre el riesgo de la cárcel y la certeza de la fiebre —dijo Ma Rourke encogiéndose de hombros—. Yo vigilaré al niño y lo mantendré escondido hasta que suene el silbato del final del turno.

Nell sintió un nudo frío en el estómago. Sabía que Ma Rourke tenía razón. Se apretó el chal contra los hombros. —Volveré antes de que el capataz note que me he ido.

Salió de la fábrica a la calle. El aire estaba cargado por el humo de las chimeneas y le cubría la garganta. Mantuvo la cabeza gacha y

caminó rápido hacia las afueras del pueblo, donde las casas se hacían más grandes y las calles más anchas.

La mansión Thorne se erguía en lo más alto de la colina y observaba el pueblo como una gárgola de piedra. Las puertas de hierro eran altas y terminaban en puntas afiladas. Nell recorrió el muro hasta encontrar un punto donde el mortero se había desmoronado entre las piedras.

Metió la punta de la bota en el hueco y trepó. Se encaramó a la parte superior y se dejó caer sobre la hierba alta del otro lado.

El jardín estaba descuidado y salvaje. Las malas hierbas estrangulaban los rosales y la hiedra intentaba devorar la casa entera. Parecía que nadie hubiera tocado una herramienta de jardinería en diez años.

Nell avanzó sigilosamente hacia el lateral de la casa, donde las paredes de cristal del invernadero destellaban bajo la luz grisácea. Probó el pomo de la puerta y este giró con facilidad en su mano.

Se deslizó dentro y cerró la puerta con suavidad tras de sí. El invernadero estaba lleno de plantas muertas en macetas de barro. Las hojas marrones crujían bajo sus botas al caminar. Se estremeció ante el ruido y se quedó helada.

La casa estaba en silencio.

Atravesó el invernadero y encontró una puerta que daba al pasillo principal. El interior estaba a oscuras. Las sábanas protegían el mobiliario del polvo y las cortinas estaban echadas para no dejar pasar la luz del día.

Nell recorrió el pasillo y se asomó a las habitaciones al pasar. La primera era un comedor con una mesa larga que parecía un ataúd. la segunda era una biblioteca con libros apilados en el suelo en altas columnas.

Encontró el despacho al final del pasillo. La puerta estaba entornada; la empujó del todo y entró.

Una gran vitrina de cristal se apoyaba contra la pared del fondo. Estaba llena de hileras de botellas marrones y tarros de cerámica blanca.

Nell cruzó la habitación a toda prisa y examinó las etiquetas. Encontró el frasco marcado como «Sulfato de Quinina» en el segundo estante. Le temblaban las manos mientras intentaba abrir el cierre de la vitrina.

Estaba cerrada bajo llave.

Buscó algo por la habitación para forzarla. Vio un pesado abrecartas de latón sobre el escritorio. Lo cogió y clavó la punta en la cerradura. Lo movió de un lado a otro y rezó para que el mecanismo fuera viejo.

Se oyó un fuerte chasquido cuando la madera se astilló y la puerta se abrió de golpe.

Nell soltó el abrecartas y agarró el frasco. Se lo apretó contra el pecho y soltó un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

—¿Piensa pagar por eso o prefiere que llame al alguacil de inmediato? —preguntó una voz profunda desde un rincón de la estancia.

Nell se dio la vuelta sobresaltada y casi se le cae el frasco.

Un hombre estaba sentado en un sillón de cuero de respaldo alto, entre las sombras. No lo había visto al entrar. Se puso en pie y se adelantó hacia la luz tenue.

Era enorme. Llenaba el espacio como una tormenta. Vestía un traje oscuro que parecía caro pero estaba arrugado. Un lado de su rostro

era anguloso y apuesto. El otro estaba cubierto por una máscara de cuero negro que ocultaba su ojo y su mejilla.

Nell retrocedió hasta chocar con la vitrina. —No sabía que hubiera alguien aquí.

El hombre se acercó y su cojera era pesada e irregular. Se detuvo a unos pasos y la miró con su único ojo sano. Era gris y frío.

—Ese es generalmente el propósito de sentarse en el despacho de uno mismo —dijo él—. ¿Tiene por costumbre entrar en casas ajenas o es una nueva afición que está probando?

Nell apretó el frasco con más fuerza. —Es una emergencia médica.

El hombre miró la cerradura destrozada de su vitrina y luego volvió a mirarla a ella. —Eso es lo que dicen todos los ladrones cuando los pillan. ¿Qué es tan urgente como para que haya tenido que destrozar mis muebles para conseguirlo?

Nell levantó la barbilla e intentó que no le temblara la voz. —Tengo a un niño enfermo que está ardiendo de fiebre y no tengo cinco chelines para el boticario. Pienso devolverle cada penique en cuanto pueda.

Bram Thorne se rio y fue un sonido áspero que no contenía alegría alguna. —¿Cómo pretende una chica que parece haber cruzado a rastras una tolva de carbón devolver una deuda de ese calibre?

—Trabajo en la fundición —dijo Nell—. Soy buena en mi trabajo. Gano doce chelines a la semana cuando llegan los pedidos.

Bram se cruzó de brazos sobre el pecho. —Es una de mis empleadas, entonces. Eso lo hace peor. Está robando a la mano que le da de comer.

Nell sintió una chispa de ira prender en su pecho. —La mano que me da de comer está actualmente asfixiando al pueblo mientras usted se queda aquí arriba, en su caserón vacío, acaparando medicinas como un dragón que atesora oro.

Bram se quedó muy quieto. Dio un paso adelante y se cernió sobre ella. —¿Piensa que soy un dragón?

Nell se negó a amilanarse. —Pienso que es un hombre que tiene más de lo que necesita y que no echaría de menos un frasco de polvos amargos.

Bram la contempló durante un largo rato. Observó su rostro sucio, su pelo enmarañado y la mirada feroz de sus ojos.

Se dio la vuelta y se acercó al escritorio. Cogió el abrecartas de latón que ella había usado para forzar la cerradura. Pasó el pulgar por la punta doblada.

—Podría hacer que la arrestaran —dijo en voz baja—. El magistrado es amigo mío. La enviaría a la prisión del hospicio durante cinco años por robo.

Nell sintió que la sangre se le retiraba del rostro. Pensó en Pip, solo en el sótano. Pensó en él despertándose y no encontrándola allí.

—Por favor, no haga eso —dijo ella—. Haré cualquier otra cosa. Trabajaré para usted gratis hasta que la deuda esté pagada.

Bram se volvió para mirarla. Golpeó el abrecartas contra la palma de su mano. —¿Sabe limpiar?

Nell parpadeó. —Sé fregar un suelo, si es a lo que se refiere.

Bram miró alrededor de la polvorienta habitación. Pasó un dedo por la parte superior de una estantería y se lo mostró para que viera la suciedad. —Mi ama de llaves se ha marchado esta mañana. Dijo que

la casa era demasiado silenciosa y que yo era demasiado difícil. Necesito a alguien que mantenga el polvo a raya y me prepare la comida.

—¿Me está ofreciendo un trabajo?

—Le estoy ofreciendo una condena —sentenció Bram—. Trabajará aquí todas las mañanas antes de su turno en la fábrica y todas las tardes después del mismo. Limpiará, cocinará y se mantendrá fuera de mi vista. Hará esto durante tres meses y entonces la deuda por la medicina y la cerradura rota quedará saldada.

Nell calculó las horas mentalmente. Aquello significaría trabajar desde el amanecer hasta la medianoche todos los días. Sería agotador.

Miró el frasco que tenía en la mano. Miró al hombre que la observaba sin rastro de piedad en el rostro.

—Acepto —dijo ella.

Bram asintió. —Llévese la medicina. Si mañana por la mañana no está aquí a las seis en punto, enviaré al alguacil a la fábrica para sacarla de allí encadenada.

—¿Puedo traer al niño?

Bram frunció el ceño. —¿Qué niño?

—El que está enfermo —dijo Nell—. No puedo dejarlo solo si voy a estar aquí todo el tiempo. No causará problemas y se quedará en las dependencias del servicio.

—Rotundamente no —dijo Bram—. No quiero niños correteando bajo mis pies y haciendo ruido.

—No va a corretear por ninguna parte durante un tiempo porque ni siquiera puede mantenerse en pie —dijo Nell—. Si no puedo traerlo, no puedo aceptar el trabajo y ya puede llamar a la policía ahora mismo, porque no voy a dejarlo morir solo.

Bram la miró y vio que lo decía en serio. Soltó un suspiro de irritación. —Tráigalo. Pero si escucho un solo grito o veo una sola huella en las paredes, estarán ambos en la calle.

Nell asintió. —Me parece justo. —Se dio la vuelta hacia la puerta.

—Use la puerta principal esta vez —gritó Bram—. No quiero que destroce nada más de mi propiedad al salir.

Nell recorrió el pasillo y abrió la pesada puerta principal. Corrió por el camino de entrada con el frasco fuertemente sujeto en la mano. No miró atrás.

Corrió todo el camino de vuelta al pueblo y entró en la fábrica justo cuando el capataz se dirigía hacia su rincón. Se agachó detrás de un montón de cajas y esperó a que pasara.

Se acercó a rastras a Pip y descorchó el frasco. Consiguió que se tomara los polvos con una taza de agua.

—¿Te han pillado? —preguntó Ma Rourke.

Nell escondió el frasco en su bolsillo y cogió el martillo. —Me han pillado, pero he llegado a un acuerdo. Voy a trabajar turnos dobles durante los próximos tres meses.

Ma Rourke la miró con los ojos muy abiertos. —¿Es la Bestia tan aterradora como dicen?

Nell miró el eslabón de hierro en su yunque. Blandió el martillo y lo golpeó con todas sus fuerzas.

—Solo es un hombre —dijo Nell—. Incluso con los dragones se puede negociar si tienes algo que ellos quieren.

El resto del día transcurrió en una bruma de calor y ruido. Cuando por fin sonó el silbato, Nell sintió que se le iban a caer los brazos. Envolvió a Pip en la manta y lo cogió en brazos. Pesaba, pero su respiración parecía un poco más suave.

Salió al aire fresco de la noche y se dirigió a la casa de vecindad. Tenía que empaquetar sus cosas. Tenía que estar lista.

La mañana siguiente fue fría y gris. Nell se presentó ante la puerta trasera de la mansión Thorne con Pip dormido sobre su hombro y un pequeño fardo de ropa a sus pies.

Llamó a la pesada madera.

La puerta se abrió y Bram Thorne apareció allí. Vestía una camisa blanca con las mangas remangadas y su máscara estaba firmemente colocada. Consultó un reloj de bolsillo de oro que tenía en la mano.

—Llega a tiempo —dijo.

Nell recogió su fardo. —Siempre llego a tiempo.

Bram retrocedió para dejarlos entrar. Señaló una estrecha escalera que descendía hacia la oscuridad. —Las habitaciones del servicio están allí abajo. Hay una cocina tras la puerta verde. Quiero café y tostadas en la mesa en veinte minutos.

Nell entró y sintió que el calor de la casa la envolvía. Pasó a Pip a su otra cadera.

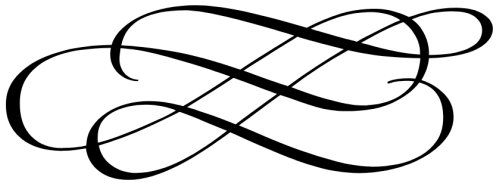
—¿Quiere mantequilla en las tostadas?

Bram se dio la vuelta para marcharse. —Quiero las tostadas calientes y el café solo.

Nell lo vio subir las escaleras hacia la casa principal. Miró hacia el oscuro hueco de la escalera que conducía a su nuevo hogar.

Se asió a la barandilla, acomodó el peso del niño sobre su cadera y descendió hacia la oscuridad.

CAPÍTULO 2



Los aposentos del servicio eran más cálidos de lo que Nell esperaba porque la caldera de la casa principal estaba situada justo detrás del muro de piedra de su habitación. Arropó a Pip con la manta de lana y le tocó la frente. La fiebre seguía ahí, pero el calor que desprendía su piel era menos intenso que el de ayer.

—Tú quédate aquí —le dijo—. Si necesitas agua hay una taza en el suelo.

Pip abrió un ojo y miró el techo bajo. —¿Esto es una mazmorra? —preguntó.

—Es un palacio comparado con el sótano —dijo Nell—. Tenemos chimenea y las ratas aún no nos han encontrado.

Se puso en pie y se alisó el delantal. Salió de la habitación y subió las escaleras hacia la cocina.

La cocina era una caverna de cobre y piedra que parecía haber estado dormida durante cien años. El polvo cubría las largas mesas de madera y las ollas que colgaban del techo estaban mates y grises. Lo único que parecía tener vida era la enorme cocina de hierro que ocupaba toda la pared sur.

Nell se acercó y abrió el hogar. Estaba frío.

Encontró el cubo del carbón y la caja de la tea y se puso manos a la obra. Metió el papel y la madera y raspó una cerilla contra el suelo de piedra. La llama prendió y fue añadiendo carbón hasta que la estufa empezó a rugir. Esta parte era fácil. El fuego era fuego, ya fuera en una fundición o en una cocina.

Lo demás era más difícil.

Encontró el bote del café y los huevos. Llenó el hervidor. Cortó el pan para las tostadas, pero el cuchillo le resultaba ligero y de juguete en la mano comparado con un martillo. Serró con demasiada fuerza y sacó dos rebanadas gruesas e irregulares.

Puso el pan en el tenedor de tostar y lo acercó a la rejilla. La estufa tenía un tiro como el de un alto horno. Apartó la vista un segundo para comprobar el hervidor y el humo empezó a salir del pan. Lo retiró. Los bordes estaban negros y el centro seguía blanco.

Raspó las partes quemadas en el fregadero. Tendría que servir.

Cuando el café hubo hervido —quizá con demasiada energía—, preparó la bandeja de plata. Cogió la taza de porcelana y el plato. Parecían de una fragilidad aterradora. Tenía los dedos callosos y estaba acostumbrada a empuñar pesadas tenazas de hierro; sostener la delicada porcelana era como intentar sujetar una burbuja de jabón. La taza tintineó contra el plato mientras caminaba.

La llevó a través de la puerta de tapete verde y por el pasillo hasta el comedor.

Bram estaba sentado a la cabecera de la larga mesa. La sala estaba a oscuras porque las cortinas de terciopelo estaban echadas para cerrar el paso a la mañana. Leía un periódico y no levantó la vista cuando ella entró.

Nell dejó la bandeja sobre el aparador con un estrépito mayor del que pretendía. Hizo una mueca. Pasó los platos a la mesa.

—Sigues aquí —dijo Bram sin bajar el periódico.

—Tengo una deuda que pagar —dijo Nell—. No tengo por costumbre huir de mis obligaciones.

Bram dobló el periódico y lo dejó a un lado. Llevaba la máscara de nuevo y su único ojo gris inspeccionó la bandeja del desayuno. Miró las tostadas gruesas y desiguales con los bordes negros raspados. Miró el café, que era tan oscuro que parecía alquitrán.

Cogió la cuchara y rompió la parte superior del huevo. Sacó una cucharada. Estaba duro. La yema era una piedra de color amarillo pálido.

Dejó caer la cuchara de nuevo en el plato.

—Te lo pedí pasado por agua —dijo.

—He contado los minutos —dijo Nell—. El agua hervía con fuerza.

—Lo has cocido hasta la muerte —dijo Bram—. Y me has quemado las tostadas.

—La cocina calienta mucho —dijo Nell a la defensiva—. Tiene un tiro como un horno.

Bram cogió el trozo de tostada. Lo sostuvo en el aire. —Esto no es combustible, Nell —dijo—. Es el desayuno. Tratas la comida como si estuvieras alimentando una caldera.

—Se puede comer —dijo Nell—. He raspado lo peor del hollín.

Bram cogió la taza de café. Nell le observó la mano. Sostenía la delicada porcelana con facilidad, a pesar de su tamaño. Sintió un ramalazo de irritación al ver que aquella mano grande y llena de cicatrices era más grácil que la suya.

Tomó un sorbo. Hizo una mueca y dejó la taza.

—Son lodos —dijo—. ¿Has molido los granos o te has limitado a aporrearlos con una piedra?

—Lo he hecho cargado —dijo Nell—. El café de la fábrica tiene que ser fuerte o te quedas dormida en la prensa.

—No estoy en una prensa —dijo Bram—. Estoy en una mesa de comedor. Tienes manos como mazos de piedra. Vas a romperme la vajilla antes de que acabe la semana.

—No la romperé —dijo Nell, aunque no estaba segura—. Es que... es ligera. No me parece normal.

—Es porcelana de Limoges —dijo Bram—. Se supone que debe ser ligera. Intenta no aplastarla.

Apartó el plato. —Retira esto —ordenó—. No puedo comer carbón y goma.

Nell sintió que el calor le subía a las mejillas. Arrebató el plato. —Bien. Mañana lo haré mejor. Tengo que abrir las cortinas.

Bram se puso rígido. —Déjalas cerradas.

—No puedo limpiar lo que no veo —dijo Nell—. Si dejo el polvo en los rincones, entonces no estoy haciendo mi trabajo.

—Ya estás fracasando con la cocina —dijo Bram—. No fracases con la limpieza.

—No estoy fracasando —espetó Nell—. Me estoy adaptando. Y voy a abrir la cortina porque esta habitación parece una tumba.

No esperó su permiso. Se acercó al alto ventanal del fondo de la sala y tiró del cordón. El pesado terciopelo se descorrió y un haz de luz gris matinal atravesó el suelo.

Las motas de polvo bailaban en el rayo de luz. Eran lo bastante densas como para escribir un nombre en ellas.

—Mira eso —dijo Nell señalando al aire—. Estás respirando eso. Es un milagro que no tengas una tos a juego con tu cojera.

Bram golpeó la mesa con la mano. Los cubiertos tintinearon. —No te he contratado para que hagas una crítica de mi salud respiratoria. Te he contratado para fregar. Ve a la biblioteca. E intenta no destrozar los muebles.

—Tendré cuidado —dijo Nell—. Los libros pesan. Se me dan bien las cosas pesadas.

Se dio la vuelta y salió de la habitación antes de que él pudiera gritarle de nuevo. Sintió que su ojo le quemaba la espalda hasta que la puerta encajó al cerrarse.

La biblioteca era aún peor que el comedor. Era una estancia hermosa, con estanterías que llegaban hasta el techo y una escalera corredera que parecía propia de un barco. Pero el abandono era patente. Los libros se amontonaban en el suelo en torres precarias y la chimenea estaba atestada de ceniza vieja.

Nell encontró un cubo, un trapo y un bote de cera de abeja. Se anudó un pañuelo sobre el pelo y se arremangó.

Aquí se sentía mejor. Fregar era un trabajo duro. Requería fuerza. Empezó por la repisa de la chimenea. Frotó el mármol hasta que le dolieron los brazos y la piedra empezó a brillar. Pasó a los estantes inferiores y quitó el polvo a los lomos de los libros de cuero.

La puerta se abrió y entró Bram. Hoy se apoyaba pesadamente en un bastón. Se acercó al enorme escritorio del centro de la habitación y se sentó. Atrajo hacia sí un montón de papeles y mojó una pluma en el tintero.

Nell dejó de fregar. —Pensé que iba a ir a la fábrica.

—Tengo correspondencia que atender —dijo Bram sin levantar la vista—. Intenta ser invisible.

Nell mojó el trapo en el cubo y lo escurrió. El chapoteo del agua sonó con fuerza.

Bram suspiró. —Eso no es ser invisible.

—Limpiar es un acto físico —dijo Nell—. Hace ruido. Si quieres silencio, deberías ir a la fábrica. Los martillos de vapor son muy rítmicos.

Bram garabateó algo en un papel y lo tachó. —Hoy estás muy habladora. ¿Le hablas tanto al hierro?

—El hierro no escucha —dijo Nell—. Y tú tampoco, por lo visto.

Desplazó la escalera a la siguiente sección de estanterías. Subió tres peldaños y empezó a limpiar el estante superior. El polvo era espeso allí y caía en una lluvia gris.

Bram tosió. —Estás intentando asfixiarme.

—Estoy intentando evitar que te entierren vivo —dijo Nell—. Esta habitación es una vergüenza. ¿Lees alguna vez estos libros o los compras solo para que sostengan las paredes?

—He leído todos los libros de esta habitación —dijo Bram.

Nell sacó un pesado volumen de poesía del estante y limpió la portada. —¿Incluso la poesía?

—Especialmente la poesía —dijo Bram—. Me recuerda que hay gente en el mundo más desdichada que yo.

Nell se rio. No pudo evitarlo. Fue un sonido seco que la sorprendió a ella misma.

Bram levantó la vista de sus papeles. La miró encaramada a la escalera con el trapo en la mano. Las duras líneas de su boca se suavizaron por una fracción de segundo.

—No deberías estar ahí arriba —dijo—. La escalera es vieja.

—Subo por las pasarelas de la fundición todos los días —dijo Nell—. Una escalera de madera no es nada.

Alargó la mano para coger un libro que se había caído detrás de los demás. Estaba encajado contra el fondo del estante. Tiró con fuerza.

El libro se soltó, pero arrastró consigo un montón de papeles sueltos. Cayeron revoloteando como copos de nieve gigantes y aterrizaron en el suelo.

—Cuidado —espetó Bram.

Nell bajó y se arrodilló para recogerlos. Eran recibos viejos y listas de inventario. Los reunió en un montón ordenado.

Un trozo de papel era distinto. Era más pequeño que los demás y el papel era barato y amarillento. Había sido doblado muchas veces.

Nell lo desdobló.

No había nada escrito a mano. Las palabras habían sido recortadas de un periódico y pegadas en la página en líneas irregulares. El pegamento estaba viejo y quebradizo.

El fuego se llevó al primero. El hierro se llevará al segundo. Vende o arde.

Nell sintió un escalofrío por la columna que no tenía nada que ver con las corrientes de aire de la habitación. Leyó las palabras de

nuevo.

¿Qué es eso? —preguntó Bram.

Estaba justo detrás de ella. No le había oído moverse.

Nell se puso en pie y le tendió el papel. —Se ha caído del libro. Parece una amenaza.

Bram le arrebató el papel de la mano. Su ojo recorrió las palabras pegadas y su rostro adquirió un tono gris terrible. La cicatriz de su mejilla resaltó en un blanco descarnado.

Arrugó el papel en el puño. —¿Dónde has encontrado eso?

—Estaba detrás del volumen de Keats —dijo Nell—. ¿Quién es el primero?

Bram se acercó más a ella. Se cernía sobre ella y la ira que irradiaba era ardiente y peligrosa. —¿Has puesto tú eso ahí?

Nell parpadeó. —Acabo de encontrarlo. Me ha visto encontrarlo.

—¿Te ha enviado Vane? —preguntó Bram—. ¿Es por esto por lo que entraste ayer? ¿Para plantar esto y asustarme?

—No conozco a nadie que se llame Vane —dijo Nell. Retrocedió hasta que sus piernas chocaron con la escalera—. Y no sé por qué me gritas por limpiar tu estantería.

Bram la agarró del brazo. Su apretón era fuerte. —No me mientas —dijo—. Vane te envió para espiar. Te envió para dejar estos recordatorios.

—¡Nadie me ha enviado! —le gritó Nell. Se soltó el brazo de un tirón —. Vine por medicinas. Estoy limpiando su casa. He encontrado un papel que dice que alguien quiere quemarlo vivo. Si fuera yo quien lo hubiera escrito, ¿por qué iba a enseñárselo?

Bram la miró fijamente. El pecho le subía y bajaba con fuerza. Miró la bola de papel arrugado que tenía en la mano y luego volvió a mirarla a la cara. La sospecha en su ojo luchaba con algo más. Miedo.

Retrocedió y se pasó una mano por el pelo. —Vete.

—No he terminado el estante —dijo Nell.

—¡Fuera! —rugó Bram—. Sal de esta habitación. Ve a la cocina. Ve a cualquier parte menos aquí.

Nell miró al hombre que temblaba de rabia. Comprendió entonces que no estaba enfadado por el polvo o el ruido. Estaba enfadado porque tenía miedo.

Recogió su cubo y su trapo. Le miró por última vez.

—Debería revisar los otros libros —dijo en voz baja—. Si hay uno, puede que haya más.

Bram le dio la espalda y se apoyó en el escritorio. Alisó el papel arrugado y se quedó mirándolo.

Nell se dio la vuelta y salió de la biblioteca. Cerró la puerta suavemente tras de sí.

Se detuvo en el pasillo y escuchó. Oyó el sonido de un cajón que se abría de un tirón y se cerraba de golpe. Oyó el sonido de cristales rotos.

Caminó por el pasillo hasta la cocina. Le temblaban las manos. Dejó el cubo sobre la mesa y miró el agua. Estaba gris y turbia por la suciedad de la biblioteca.

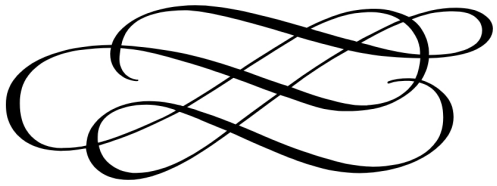
Pensó en las palabras del papel. *El fuego se llevó al primero.*

Pensó en las cicatrices del rostro de Bram.

Se dio cuenta de que la Bestia de Blackwood no era quien daba caza al pueblo. Alguien le estaba cazando a él.

Cogió el pesado hervidor de hierro del fuego, lo llenó de agua fresca y lo puso sobre la placa para preparar el té.

CAPÍTULO 3



El suelo de la fábrica era más ruidoso que el interior de un tambor y el calor era tan denso que se podía llevar puesto como un sobretodo. Nell se limpió las manos en el delantal y descargó el martillo sobre la vara de hierro incandescente. Estaba cansada de fregar el suelo de la biblioteca toda la mañana y sentía los brazos como si estuvieran llenos de arena en lugar de músculos.

Ma Rourke le dio un codazo y señaló hacia la pasarela superior, donde los gerentes solían colocarse para vigilar a los trabajadores.

—Mira quién ha decidido bajar de la montaña —gritó Ma Rourke por encima del estruendo de los martillos de vapor.

Nell levantó la vista y vio a Bram Thorne de pie sobre la rejilla metálica. Llevaba su traje oscuro y la máscara negra, y destacaba contra el humo gris como una gota de tinta en un vaso de agua. No estaba quieto. Se movía por la pasarela comprobando los manómetros de las tuberías principales.

—Parece que ha perdido una moneda y está intentando encontrarla —dijo Ma Rourke.

—Está comprobando las válvulas —dijo Nell, y volvió a su yunque—. Quizá piensa que el vapor se va a robar a sí mismo.

—Nunca baja por aquí —dijo Ma Rourke—. Los capataces se encargan de las comprobaciones. El amo se sienta en su despacho y cuenta el dinero.

Nell golpeó el hierro de nuevo y vio saltar las chispas. Sabía por qué estaba él allí abajo. Buscaba el incendio que la carta le había prometido. Buscaba a la persona que quería reducirlo a cenizas.

Terminó el eslabón y lo lanzó al montón de enfriamiento. Cuando volvió a mirar hacia arriba, Bram ya no estaba en la pasarela.

Recorrió el taller con la mirada y lo vio caminando por el laberinto de máquinas. Los demás trabajadores dejaron de hablar a su paso y el único sonido era el golpeteo de los pistones. Caminaba con su pesada cojera, pero se movía rápido. Se detuvo en el puesto contiguo al de Nell, donde un hombre estaba soldando la junta de una caldera.

Bram observó al hombre un momento y luego le tocó el hombro. Señaló la soldadura y dijo algo que Nell no pudo oír. El hombre asintió con vigor y ajustó su soplete.

Bram se giró y miró directamente a Nell.

Caminó hacia su puesto y el aire pareció enfriarse a pesar de los hornos. Se detuvo frente a su yunque y miró la cadena que estaba fabricando.

—Sujetas mal el martillo —dijo.

Nell apretó el agarre en el mango.
—Llevo fabricando cadenas desde los doce años. Creo que sé cómo se sujeta un martillo.

—Lo estás agarrando con demasiada fuerza —dijo Bram—. Estás desperdiciando energía. Si lo sujetas más abajo en el mango, el peso hará el trabajo por ti.

—Si lo sujeto más abajo, pierdo puntería —dijo Nell—. Y si pierdo puntería, me machaco el pulgar.

Bram alargó su mano enguantada y cogió el eslabón que ella acababa de terminar. Lo sostuvo ante la luz del horno. Inspeccionó la unión donde los dos extremos de la vara se habían fundido.

—La soldadura está limpia —dijo.

—Sé que está limpia —dijo Nell—. Soy la mejor cadenera de este taller.

Bram dejó caer el eslabón de nuevo en el montón.
—Eres arrogante.

—Soy precisa —dijo Nell—. Hay una diferencia.

Bram la miró a la cara y su ojo gris se mostró afilado—. ¿Terminaste la biblioteca?

—Terminé los estantes —dijo Nell—. No terminé el suelo porque alguien me gritó que saliera.

—Tenía asuntos importantes que atender —dijo Bram.

—Quiere decir que tuvo un berrinche —dijo Nell.

Ma Rourke soltó un grito ahogado desde el siguiente yunque. Parecía esperar que un rayo fulminara a Nell allí mismo donde estaba.

Bram ignoró a Ma Rourke. Se acercó más a Nell para que solo ella pudiera oírle por encima del ruido de las máquinas.

—He comprobado los otros libros —dijo en voz baja.

Nell lo miró—. ¿Y?

—Nada —dijo Bram—. Era el único.

—Eso lo hace peor —dijo Nell—. Si solo había uno, significa que lo han puesto exactamente donde sabían que mirarías. O donde sabían que miraría yo.

Bram se puso tenso—. ¿Por qué querrían que lo encontraras tú?

—Quizá saben que tiene una nueva ama de llaves —dijo Nell—. Quizá querían ver si confiaría en ella.

Bram se miró la cicatriz de la mano—. No confío en nadie.

—Por eso está aquí abajo comprobando las válvulas usted mismo —dijo Nell—. Cree que uno de estos hombres va a subir la presión hasta que revienten las tuberías.

—Es una posibilidad —dijo Bram.

—Estos hombres necesitan su jornal —dijo Nell—. No van a volar por los aires la fábrica que alimenta a sus hijos solo por despecho hacia ti.

—No sabes lo que la gente es capaz de hacer por dinero —dijo Bram.

Un fuerte chirrido rasgó el aire sobre ellos. Sonaba como un tren frenando a toda velocidad.

Nell levantó la vista.

La enorme grúa puente se movía por el centro de la fábrica. Transportaba una cuchara del tamaño de un carruaje, y la cuchara estaba llena de hierro fundido que brillaba al blanco vivo. La grúa temblaba.

El chirrido se repitió, y era metal desgarrándose contra metal. Los gigantescos engranajes que controlaban el polipasto estaban

chirriando.

—El freno —dijo Bram—. El freno está patinando.

No esperó. Se giró y corrió hacia la escalera de servicio que subía al pórtico. Se movía más rápido de lo que un hombre con una pierna mala debería ser capaz.

Nell lo vio irse. Miró la cuchara. Se balanceaba de un lado a otro y derramaba salpicaduras de fuego líquido sobre el suelo. Los trabajadores gritaron y se dispersaron.

El operador de la grúa gritaba desde su cabina y tiraba de las palancas, pero no pasaba nada. La cuchara empezó a inclinarse.

Bram llegó a la primera plataforma y siguió subiendo. Se dirigía al alojamiento del motor en la viga principal de la grúa. Iba a intentar conectar el mando manual.

Nell miró los engranajes. Vio una lluvia de chispas cayendo del eje de transmisión principal.

—No puede arreglarlo desde ahí —dijo ella.

Ma Rourke la agarró del brazo:
—Quédate aquí, Nell. Se va a caer.

Nell se soltó.
—No conoce el mecanismo de esta grúa. Es el modelo antiguo.

Corrió hacia la segunda escalera al otro lado de la nave. Cogió una pesada palanca de hierro del armero de herramientas al pasar. Pesaba tanto como un niño pequeño, pero se la echó al hombro y empezó a subir.

Los peldaños estaban resbaladizos por la grasa. Subió más allá del primer nivel y continuó hasta estar muy por encima del suelo de la

fábrica. El calor allí arriba era intenso. El aire olía a azufre y metal caliente.

Miró a través del hueco y vio a Bram en la pasarela opuesta. Había llegado al alojamiento del motor. Estaba intentando alcanzar la palanca del freno de emergencia.

Tiró de ella.

Pero no pasó nada.

—¡El cable está cortado! —gritó.

La cuchara se inclinó más. Un chorro de hierro fundido se vertió y golpeó una pila de moldes abajo. El metal explotó y envió una ola de calor que subió por las paredes.

Bram saltó la barandilla. Iba a intentar encajar el pasador de bloqueo a patadas. Se subió al estrecho saliente de mantenimiento que recorría los engranajes.

Su pie pisó una mancha de aceite oscuro que no debería haber estado allí.

Resbaló.

La pierna se le escurrió y cayó de lado. Se agarró a la barandilla con una mano y su cuerpo quedó balanceándose sobre el espacio vacío. Colgaba a quince metros del suelo de hormigón.

—¡Bram! —chilló Nell.

Él gruñó e intentó impulsarse hacia arriba, pero su pierna mala no encontraba apoyo en el metal resbaladizo. Su mano se deslizaba por la grasa.

La grúa dio otra sacudida y los engranajes volvieron a chillar. La cuchara estaba a punto de volcar toda su carga.

Nell trepó por los últimos peldaños y saltó al pórtico. Estaba en el lado de los engranajes del motor. Vio el piñón principal girando desbocado.

Sabía que no podía subir a Bram. Pesaba demasiado y ella estaba demasiado lejos. Tenía que detener la grúa antes de que lo tirara al vacío.

Sopesó la palanca. Calculó el giro del piñón.

Atascó la punta de la barra entre los dientes del enorme engranaje.

El impacto sacudió sus huesos. La barra enganchó. El engranaje chirrió contra el hierro y emitió un sonido parecido al de un animal moribundo. La barra se dobló bajo la presión, pero aguantó.

Los engranajes se bloquearon. El chirrido cesó. La cuchara se balanceó una vez y luego quedó inmóvil.

Nell se aferró a la palanca con ambas manos y puso todo su peso contra ella para mantenerla encajada. Le ardían los músculos.

—¡Sube! —le gritó a Bram—. ¡No podré aguantar mucho más!

Bram subió la pierna y enganchó el talón en la barandilla. Se izó con un gruñido de esfuerzo. Rodó sobre la rejilla metálica y se quedó allí tumbado un segundo.

Se puso a gatas y la miró. La vio sosteniendo la barra contra la tensión de la máquina.

Gateó por encima del alojamiento y llegó a su lado. Cogió un pasador de bloqueo de su cinturón y lo metió en la ranura junto al engranaje.

—Suelta —dijo.

Nell soltó la barra. Se quedó encajada en los dientes. Se dejó caer contra la barandilla y jadeó buscando aire. Le temblaban tanto las manos que no podía cerrar el puño.

Bram se sentó apoyado en el alojamiento del motor. Tenía el traje arruinado y cubierto de grasa negra. Su máscara estaba torcida. Se la arregló con la mano.

Se quedaron allí sentados en el silencio que siguió al estrépito. La fábrica abajo estaba callada mientras los trabajadores los miraban.

Bram miró a Nell. Miró su rostro manchado de hollín y sus manos temblorosas.

—Estás loca —dijo.

—Soy servicial —jadeó Nell—. Hay una diferencia.

Bram soltó un suspiro que podría haber sido una carcajada si supiera reírse—. Has bloqueado el engranaje. Podrías haberte roto los brazos.

—Tú has resbalado —dijo Nell—. Te he visto resbalar. Eres torpe.

El rostro de Bram se endureció. Se limpió una mancha de aceite de la barbilla y se miró el guante. Estaba cubierto de un lodo negro y espeso.

—No he resbalado —dijo—. Había aceite en el saliente de mantenimiento.

—Es una máquina —dijo Nell—. Las máquinas tienen fugas.

—Esta máquina no —dijo Bram—. Hice que cambiaran los sellos la semana pasada. Y el aceite no se acumula en un saliente inclinado a menos que alguien lo vierta allí.

Nell miró hacia el saliente por el que él se había caído. Vio la mancha oscura brillando bajo la luz.

—Sabían que subiría aquí —dijo ella.

—Cortaron el cable del freno —dijo Bram—. Sabían que intentaría usar el mando manual. Y sabían que tendría que pisar ese saliente para alcanzar el pasador de bloqueo.

La miró y sus ojos estaban sombríos—. Pusieron una trampa para una rata y me cazaron a mí.

—Es demasiado grande para ser una rata —dijo Nell—. Es más bien un tejón.

Bram no sonrió. Alargó la mano y le cogió la de ella. Le quitó el guante y le miró la palma. Estaba roja y llena de ampollas por la fuerza de la palanca.

Pasó el pulgar sobre la piel irritada. Su tacto fue sorprendentemente delicado.

—Me has salvado la vida —dijo.

—He salvado la cuchara —dijo Nell—. El hierro es caro.

Bram le soltó la mano y se levantó. Probó su peso sobre la pierna mala y contrajo el rostro. Caminó hasta el borde de la barandilla y miró hacia el taller.

Los capataces empezaban a dar órdenes de nuevo y los trabajadores se movían para limpiar el metal derramado.

Bram se volvió hacia Nell. Parecía una estatua tallada en hollín e ira.

—Vuelve a tu puesto —dijo—. No le cuentes a nadie lo que hemos dicho del aceite.

—¿Va a despedir al equipo de mantenimiento? —preguntó Nell.

—Voy a encontrar al hombre que vertió ese aceite —dijo Bram—. Y voy a hacer que lamente no haberse caído él en mi lugar.

—Ten cuidado —dijo Nell—. Si han fallado hoy, volverán a intentarlo mañana.

Bram se ajustó los puños—. Que lo intenten. Ahora ya conozco el juego.

Pasó por su lado y se dirigió a la escalera. Se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro.

—Nell —dijo.

Ella levantó la vista.

—Gracias —dijo.

Desapareció por la escalera antes de que ella pudiera responder.

Nell se puso en pie y recogió su palanca. Estaba doblada por la mitad como un dedo roto. La apoyó contra la barandilla.

Miró la mancha de aceite en el saliente. Se dio cuenta de que la amenaza de la biblioteca no eran solo palabras sobre el papel. Era real, estaba allí y quería ver muerto a Bram Thorne.

Se limpió las manos en el delantal y sintió el escozor de las ampollas. Agarró el metal frío de la barandilla de la escalera y comenzó el largo descenso hacia el taller.

CAPÍTULO 4

El trayecto de vuelta a la mansión en el carruaje transcurrió en silencio, y las ruedas traqueteaban sobre los adoquines con una violencia que hacía que Bram se estremeciera cada vez que caían en un bache. Se sentó en la esquina de la cabina con su chaqueta destrozada bien apretada contra el cuerpo y el rostro vuelto hacia la ventana. Nell se sentó frente a él y observó cómo su mano apretaba la correa de cuero hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Se detuvieron ante la escalinata principal y Bram esperó a que el cochero abriera la puerta antes de intentar moverse. Bajó a la grava y su pierna mala cedió bajo su peso. Se agarró al marco de la puerta y soltó un soplido sordo entre los dientes.

Nell alargó la mano para sostenerlo.

—No me toques —soltó Bram con brusquedad.

Se impulsó lejos del carruaje y subió cojeando los peldaños de piedra. Abrió la puerta principal y la empujó para entrar. Solo llegó hasta el pie de la gran escalera antes de que se le agotara la adrenalina. Se desplomó contra la barandilla y se deslizó hasta quedar sentado en el último escalón con la cabeza entre las manos.

Nell cerró la puerta y echó la llave. Se acercó a él y se quedó allí de pie hasta que él levantó la vista.

—Estás manchando la camisa de sangre —dijo ella.

Bram se miró el hombro. El lino blanco estaba teñido de un rojo oscuro donde el tejido de la vieja cicatriz se había desgarrado durante la caída.

—Es un rasguño —dijo él.

—Es un desastre —replicó Nell—. Y estás temblando.

Bram intentó levantarse y fracasó—. Estoy cansado. Baja a tu habitación. No necesito tu ayuda.

—Necesitas un médico —dijo Nell—. Pero como eres demasiado testarudo para llamar a uno, te aguantas conmigo.

Se dio la vuelta y caminó por el pasillo hacia la cocina. No esperó a ver si él discutía porque sabía que no tenía energías para perseguirla.

La cocina estaba fría. Nell sacó agua con la bomba en un cuenco y lo puso al fuego para que se calentara. En la despensa encontró un rollo de lino limpio y un tarro de pomada de árnica que usaba para sus propias quemaduras. Cogió unas tijeras del cajón.

Llevó el cuenco y los suministros de vuelta al vestíbulo principal. Bram se había ido.

Miró hacia las escaleras y vio un rastro de huellas de botas embarradas que subían hasta el rellano. Las siguió.

Llegó a la puerta de sus aposentos privados al final de la galería. Estaba cerrada. Se apoyó el cuenco en la cadera y giró el pomo.

Bram estaba de pie en mitad de la habitación. Había conseguido quitarse la chaqueta, que yacía amontonada en el suelo. Intentaba

desabotonarse la camisa, pero sus dedos se movían con torpeza por el dolor y la tela se había quedado pegada a la herida del hombro.

Él levantó la vista cuando ella entró y su expresión se endureció.

—Te he dicho que me dejes en paz —dijo.

Nell cerró la puerta de una patada y dejó el cuenco sobre la pesada mesa de roble—. Y yo te he dicho que estabas sangrando.

Se acercó a él. La habitación era grande y austera. Había una cama de cuatro columnas con cortinas oscuras y un armario que parecía un ataúd. Las cortinas de las ventanas estaban echadas y la única luz provenía del fuego que se extinguía en la chimenea.

—Fuera —dijo Bram—. Ningún sirviente tiene permiso para entrar en esta habitación.

—En este momento no soy una sirvienta —dijo Nell—. Soy la persona que acaba de evitar que te cayeras en una cuba de hierro fundido. Eso me otorga ciertos privilegios.

Alargó la mano hacia su camisa.

Bram le apartó la mano de un golpe—. He dicho que te vayas.

—No puedes quitarte la camisa —dijo Nell—. La sangre se ha secado y ha pegado el lino a tu piel. Si tiras, abrirás más la herida.

Bram se quedó quieto, con el pecho agitado por el esfuerzo de respirar. Parecía acorralado. Miró hacia la puerta y luego miró las tijeras que ella tenía en la mano.

—Vas a cortarla —dijo.

—Ya está echada a perder —dijo Nell—. A menos que quieras guardarla como recuerdo de tu estupidez.

Bram cerró los ojos un segundo. Parecía derrotado. Asintió una vez y apartó la cabeza.

Nell se acercó más. Deslizó el metal frío de las tijeras bajo el cuello de la camisa. Cortó hacia abajo, y el sonido de la tela al rasgarse resultó estruendoso en el silencio de la estancia. Cortó las mangas y despegó el lino de la piel con dedos delicados.

Retiró la camisa y dejó que cayera al suelo.

Bram se estremeció. Encogió los hombros como si esperara que ella gritara o saliera corriendo.

Nell lo miró.

El lado izquierdo de su cuerpo era un mapa de violencia. Las cicatrices empezaban en la mandíbula, bajaban por el cuello y cruzaban el hombro y el pecho. La piel estaba retorcida, blanca y llena de relieves donde el fuego la había derretido. Parecía cera derramada que se hubiera endurecido. La herida reciente era un desgarro irregular en mitad de la vieja quemadura del hombro y supuraba sangre.

Nell no contuvo el aliento. No apartó la vista. Había visto quemaduras antes. Todos los fabricantes de cadenas tenían cicatrices de las chispas.

Mojó un paño en el agua tibia y lo escurrió.

—Esto escocerá —dijo.

Presionó el paño contra el corte.

Bram tomó aire con brusquedad y agarró el borde de la mesa con su mano buena—. Tienes la mano pesada.

—Estoy limpiando la grasa —dijo Nell—. Si la dejo ahí, se infectará y entonces perderás el brazo y tendrás que aprender a escribir con los pies.

Bram soltó un sonido bajo que pudo ser una risa—. Eres muy morbosa para ser una mujer joven.

—Lo que tú digas —dijo Nell—. Ahora, quédate quieto.

Frotó la grasa negra de su piel. Limpió la sangre y vio cómo el agua del cuenco se volvía rosada. Trabajó con cuidado alrededor de los relieves de las cicatrices.

—¿Te duele? —preguntó.

—Las viejas no —dijo Bram—. Los nervios están muertos.

Nell miró las cicatrices de su pecho—. ¿Cómo ocurrió?

Bram abrió los ojos y miró el fuego de la chimenea—. Fue hace diez años. Hubo una explosión en el horno principal. Mi padre estaba en la plataforma. Intenté tirar de él.

—La carta decía que el fuego se llevó al primero —dijo Nell.

—Mi padre murió al instante —dijo Bram—. Me pasé seis meses en la cama de un hospital deseando haber muerto con él.

Nell enjuagó el paño y le limpió el cuello—. ¿Y el segundo?

——George Brown —dijo Bram. El nombre salió de su boca como una maldición—. Era el dueño de la fundición al otro lado del río. Llevaba años intentando absorbernos. Tras la explosión, el precio de las acciones se desplomó. Vane compró participaciones por cuatro perras.

—Se benefició del incendio —dijo Nell.

—Él provocó el incendio —dijo Bram—. No pude probarlo. Los inspectores dijeron que había sido una válvula defectuosa. Pero Vane sabía exactamente cuándo comprar y qué contratos robar mientras yo estaba postrado entre vendajes.

Nell dejó el paño y cogió el tarro de pomada. Recogió un poco con los dedos.

—Y ahora quiere terminar el trabajo —dijo ella.

—Quiere la patente del nuevo proceso de acero que he desarrollado —dijo Bram—. Si muero sin herederos, la empresa sale a subasta y él será el único con capital suficiente para comprarla.

Nell extendió la pomada sobre el corte. Sus dedos se sentían frescos contra la piel caliente de él. Notó la tensión en sus músculos.

—Ha intentado matarte hoy —dijo ella—. El aceite en el saliente. El cable cortado.

—Se está impacientando —dijo Bram—. Sabe que estoy a punto de asegurar un contrato con el gobierno que hará que la empresa sea intocable.

Nell terminó de vendar la herida. Ató las tiras de lino con firmeza y alisó el extremo.

—Tienes que tener cuidado —dijo ella—. No se detendrá.

—Sé que no se detendrá —dijo Bram—. Por eso necesito encontrar la prueba de que él causó la primera explosión. Si puedo demostrar que mató a mi padre, podré mandarlo a la horca.

Se volvió para mirarla. Le miró la cara y luego le miró las manos.

Alargó la mano y la tomó de la muñeca.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Nell intentó retirar la mano—. No es nada.

Bram no la soltó. Le dio la vuelta a la mano y le miró la palma. La piel estaba en carne viva y roja. Se habían formado grandes ampollas en los dedos y en el talón de la mano donde había agarrado la palanca de hierro. Algunas habían reventado y supuraban un líquido transparente.

—Te has hecho esto en la grúa —dijo él.

—La palanca pesaba —dijo Nell—. Y el engranaje ofrecía resistencia.

Bram miró las ampollas y su expresión cambió. La dureza desapareció y fue sustituida por algo parecido a la culpa.

—Siéntate —dijo.

—Estoy bien —dijo Nell—. Tengo trabajo que hacer.

—Siéntate —repitió Bram. Sacó la pesada silla de madera que había junto a la mesa y la empujó hacia ella.

Nell se sentó.

Bram cogió el tarro de pomada de la mesa. Metió sus propios dedos en él. Tomó la mano de ella entre las suyas. Su mano era grande, callosa y estaba cubierta de tenues cicatrices blancas, pero su tacto fue increíblemente delicado.

Extendió la pomada sobre las ampollas.

Nell lo observaba. Miraba su cabeza inclinada sobre su mano. Observaba el modo en que su cabello oscuro caía sobre su frente.

—No deberías haber subido por esa escalera —dijo él en voz baja.

—Te habrías caído si no lo hubiera hecho —dijo Nell.

—No es tu trabajo salvarme —dijo Bram—. Tu trabajo es quitar el polvo a los muebles y hacer el café.

—Mi trabajo es pagar mi deuda —dijo Nell—. No puedo pagarle una deuda a un hombre muerto.

Bram levantó la vista hacia ella. Su ojo gris estaba muy cerca—. Eres demasiado valiosa para estar echándote a perder las manos con mis suelos.

—Mis manos son curtidas —dijo Nell—. Son manos de fabricante de cadenas.

—Son manos valientes —dijo Bram.

Terminó de aplicar la pomada y le envolvió la palma con una tira de lino limpio. La ató con un nudo pulcro.

Se levantó y caminó hacia el escritorio en la esquina de la habitación. Abrió un cajón y sacó una pesada llave de latón.

Volvió hacia ella y se la tendió.

—Tómala —dijo.

Nell miró la llave—. ¿Qué es?

—Es la llave de la biblioteca —dijo Bram—. La mantengo cerrada cuando no estoy aquí porque no quiero que los sirvientes toquen mis papeles.

—Crees que soy una espía —dijo Nell—. Me acusaste de colocar la nota.

—Me equivoqué —dijo Bram—. Estaba enfadado y asustado, y la tomé con la única persona que estaba allí. Te pido disculpas.

Nell cogió la llave. Era pesada y estaba fría.

—¿Por qué me das esto? —preguntó.

—Porque eres la única en esta casa que no teme al fuego —dijo Bram—. Y porque necesito que termines de limpiar los estantes. Sospecho que puede haber más amenazas escondidas en los libros y no tengo tiempo para buscarlas.

—Así que paso de ama de llaves a investigadora —dijo Nell.

—Pasas a ser una aliada —dijo Bram—. No hagas que me arrepienta.

Nell cerró los dedos sobre la llave. Se puso de pie.

—Revisaré el resto de los libros mañana —dijo.

—Bien —dijo Bram—. Ahora vete. Tengo que cambiarme los pantalones antes de que arruinen la alfombra.

Nell recogió el cuenco. El agua estaba rosada y ahora fría. Caminó hacia la puerta.

Se detuvo con la mano en el picaporte.

—Bram —dijo.

Él la miró. Estaba de pie en mitad de la estancia, con el torso desnudo y los vendajes blancos resaltando contra su piel.

—Las cicatrices no te convierten en un monstruo —dijo ella—. Solo demuestran que sobreviviste.

Bram no dijo nada. Se limitó a mirarla.

Nell abrió la puerta y salió al pasillo.

Recorrió la galería y bajó la escalera principal. La casa estaba silenciosa y a oscuras. Podía sentir la llave presionando su palma a

través del vendaje de lino.

Fue a la cocina y vació el agua ensangrentada en el fregadero. Enjuagó el cuenco y lo secó.

Se miró la mano vendada. Aún podía sentir la presión fantasma de los dedos de él sobre su piel. Hizo que su corazón latiera un poco más rápido.

Se guardó la llave en el bolsillo y se dirigió a las escaleras del sótano.

A la mañana siguiente, Nell se despertó antes de que saliera el sol. La mano le pulsaba un poco, pero la pomada había calmado el escozor de las quemaduras. Comprobó que Pip dormía profundamente y luego se puso su ropa de trabajo.

Subió a la biblioteca.

Abrió la puerta con la llave de latón y entró. La habitación estaba en silencio y llena de sombras. Cerró la puerta por dentro con la llave.

Hoy no iba a frotar. Iba a cazar.

Empezó por la pared oeste. Fue sacando los libros uno a uno y los sacudió. Comprobó los lomos y las portadas.

Trabajó durante una hora sin encontrar nada. Estaba a punto de rendirse e ir a preparar el desayuno cuando sacó un pesado volumen de historia local.

Algo cayó al suelo. Era una fotografía.

Nell la recogió. Era un viejo ferrotipo. Mostraba a un grupo de hombres de pie frente a las puertas de la fundición. En el centro había un hombre que parecía una versión más vieja de Bram. Debía de ser su padre.

Junto a él había un hombre de rostro afilado y ojos que parecían monedas. George Brown.

Pero fue el hombre de la fila de atrás el que hizo que Nell dejara de respirar.

Era alto y de hombros anchos. Llevaba un delantal de cuero y sostenía un martillo. Estaba riendo.

Nell conocía ese rostro. Lo había visto en sus sueños cada noche desde que tenía memoria. Lo había visto en el relicario que guardaba escondido bajo su colchón.

Era su padre.

Le dio la vuelta a la foto. En el reverso, alguien había escrito una fecha y una lista de nombres.

Cuadrilla de la fundición, 1870. Thorne. Vane. Halloway.

Nell se quedó mirando el nombre. Halloway.

Su padre no había sido un simple trabajador. Había sido nombrado al dorso de la foto junto a los dueños.

Se guardó la foto en el bolsillo. Le temblaban las manos de nuevo.

Oyó un ruido en el pasillo. Pasos.

Devolvió rápidamente el libro al estante y agarró su plumero. Abrió la puerta justo cuando el pomo giraba.

Bram estaba allí. Iba vestido con un traje limpio y se le veía cansado pero sereno.

—Has madrugado —dijo él.

—Quería adelantar trabajo —dijo Nell.

¿Has encontrado algo? —preguntó él.

Nell tocó la foto en su bolsillo. Sentía como si le estuviera quemando un agujero en el delantal.

—Solo polvo —dijo—. Solo un montón de polvo.

Bram la miró. Observó su rostro, que estaba pálido, y sus ojos, que estaban muy abiertos.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Estoy segura —dijo Nell—. Debería ir a preparar el café. Hoy tienes la reunión con los inspectores.

Intentó pasar a su lado, pero él le bloqueó el camino.

—Nell —dijo.

—Tengo que irme —dijo ella.

Se escabulló bajo su brazo y echó a correr por el pasillo. No se detuvo hasta llegar a la cocina.

Se apoyó contra el fregadero y sacó la foto. Miró al hombre que reía. Miró la fecha. 1870.

Ese fue el año del primer incendio. El año en que murió el padre de Bram.

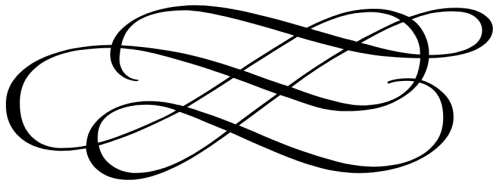
Si su padre estaba allí, quizá él también murió en el incendio. O quizá fue él quien lo provocó.

Nell se guardó la foto de nuevo en el bolsillo. Cogió la cafetera y la llenó de agua.

Tenía que saber la verdad. Y la única forma de averiguarlo era acercarse más al hombre que los estaba cazando a los dos.

Puso la cafetera al fuego, encendió una cerilla contra la piedra y observó cómo la llama azul envolvía el hierro.

CAPÍTULO 5



—Nos hemos quedado sin harina —dijo Nell, y cerró la puerta de la despensa de un portazo con fuerza suficiente para hacer temblar los tarros de la estantería.

Bram estaba de pie en el umbral de la cocina con los brazos cruzados sobre el pecho. La miraba como si ella acabara de sugerir que se metieran en una leonera con chuletones colgados al cuello.

—Pues prepara algo que no lleve harina —dijo él.

—Eso sería una tortilla —replicó Nell—. Y también nos hemos quedado sin huevos porque te has comido tres esta mañana.

Bram frunció el ceño ante la cesta de los huevos vacía sobre la mesa. —Tengo mucho apetito.

—Lo que tienes es el ego muy grande —dijo Nell—. Y hace falta mucha comida para alimentarlo. —Cogió la cesta de mimbre del mercado y se la colgó del brazo, y añadió—: Me voy al pueblo. Necesito harina, huevos y jabón, y tengo que pasar por el boticario a por un tónico para el niño.

—No —dijo Bram.

—No te estoy pidiendo permiso —dijo Nell—. Te estoy informando de la logística de tu hogar. Si quieres cenar esta noche, tengo que ir al mercado.

Bram entró en la habitación y le bloqueó el paso hacia la puerta. Ocupaba el umbral por completo. —No vas a ir sola al pueblo. No es seguro.

—He vivido en este pueblo toda mi vida —dijo Nell—. Sé qué calles evitar y sé correr rápido.

—Antes no tenías una diana en la espalda —dijo Bram—. Vane sabe que trabajas para mí. Sabe que encontraste la nota. Si te ve sola, se lo tomará como una invitación.

—Entonces envía a un lacayo conmigo —dijo Nell.

—No tengo lacayos —dijo Bram—. Tengo un jardinero que tiene noventa años y un mozo de cuadra que les tiene miedo a los caballos.

—Entonces iré sola —dijo Nell, e intentó esquivarlo.

Bram se movió para bloquearla de nuevo. Soltó un suspiro que sonó como una caldera soltando vapor. —Iré contigo.

Nell se detuvo y lo miró. Se fijó en su traje elegante y en la máscara negra que le cubría el rostro. —Odias el pueblo.

—Tolero el pueblo porque el pueblo contiene a la gente que compra mi hierro —dijo Bram. Se dio la vuelta y caminó hacia el pasillo—. Coge tu abrigo. Si vamos a ir, nos vamos ya mismo, antes de que cambie de opinión.

El camino colina abajo fue silencioso. La niebla era espesa y gris, y se enroscaba en las farolas como si fuera humo. Nell caminaba deprisa para seguir el ritmo de las largas zancadas de Bram. Cojeaba ostensiblemente de la pierna izquierda, pero avanzaba con una determinación sombría que hacía difícil alcanzarlo.

Llegaron al límite del distrito del mercado y la multitud se hizo más densa. Las calles estaban llenas de carretas, caballos y gente gritando sobre pescado y carbón.

Nell se preparó para los habituales codazos y empujones. Estaba acostumbrada a pelear por cada palmo de acera en Grimmstone.

Pero hoy era diferente.

A medida que avanzaban entre la muchedumbre, la gente dejaba de hablar. Miraban a Bram y daban un paso atrás. Un camino ancho se abría ante ellos como si Bram fuera Moisés y los compradores el Mar Rojo.

Nell observó los rostros de la gente. Vio miedo. Vio cómo miraban su máscara y cómo atraían a sus hijos hacia sí.

—Te tienen miedo —dijo ella.

Bram mantuvo la mirada al frente. —El miedo es una herramienta útil. Mantiene el camino despejado.

—Debe de ser solitario —dijo Nell.

—Prefiero el silencio —dijo Bram—. La soledad está infravalorada.

Se detuvieron en el puesto del tendero. Bram se quedó plantado como un centinela mientras Nell elegía un saco de harina y una docena de huevos. El tendero no miró a Bram. Cogió las monedas de la mano de Nell con dedos temblorosos y masculló un agradecimiento que apenas resultó audible.

—Tengo que ir al quiosco de prensa —dijo Bram cuando ella terminó —. Quiero ver si los periódicos han publicado algo sobre el accidente en la fundición.

—Esperaré aquí —dijo Nell.

—No te muevas de este sitio —dijo Bram—. Estaré a tres metros.

Se dio la vuelta y caminó hacia el quiosco de la esquina.

Nell lo vio alejarse. Esperó hasta que él estuvo de espaldas, discutiendo con el repartidor sobre el precio del Times.

Se dio la vuelta y echó a correr.

Se escabulló por un callejón entre la panadería y la carnicería. Pasó corriendo junto a cajas de coles podridas y perros callejeros. Salió al otro lado de la manzana, frente a la iglesia de St. Jude.

El cementerio de la iglesia estaba descuidado y silencioso. Las puertas de hierro estaban abiertas. Nell se coló dentro y se apresuró por el camino de grava.

No estaba allí para rezar. Estaba allí para leer.

En el centro del patio se alzaba un alto obelisco de piedra. Era el monumento en memoria de las víctimas del Gran Desastre de la Fundición de 1870.

Nell se detuvo ante él. El corazón le martilleaba contra las costillas. Metió la mano en el bolsillo y tocó el borde de la fotografía que había encontrado en la biblioteca.

Miró los nombres grabados en el granito. Estaban enumerados por orden alfabético.

Ackerman. Bailey. Carter.

Recorrió las letras con el dedo. Fue bajando por la lista.

Thorne, William.

El padre de Bram.

Siguió buscando. Buscaba *Halloway*.

Leyó la lista tres veces. Comprobó los nombres de los supervivientes, que estaban grabados en el otro lado de la piedra.

El nombre de su padre no estaba allí.

Nell retrocedió. Miró la fotografía que tenía en la mano. Su padre llevaba el delantal puesto. Estaba junto a los dueños. Formaba parte de la cuadrilla.

Si hubiera muerto en el incendio, su nombre debería estar en la piedra. Si hubiera sobrevivido, su nombre debería estar en la lista.

Un hombre no puede simplemente desvanecerse de la historia.

A menos que alguien quisiera que se desvaneciera.

—Tiene usted un interés morboso por los muertos, señorita Halloway.

La voz venía de detrás de ella. Era suave y fría, como aceite sobre cristal.

Nell se giró bruscamente.

Silas Vane estaba de pie en el camino. Se apoyaba en un bastón con empuñadura de plata y esbozaba una sonrisa que no le llegaba a los ojos. Vestía un traje gris cortado a la perfección.

Nell se guardó la fotografía en el bolsillo rápidamente. —Señor Vane.

—He visto cómo huía de su protector —dijo Vane—. Pensé que tal vez se había perdido. La Bestia suele llevar a sus mascotas con la correa muy corta.

—No soy una mascota —dijo Nell—. Y no estoy perdida. Estaba presentando mis respetos.

Vane se acercó. Se detuvo a unos pasos y levantó la vista hacia el obelisco. —Un día trágico. Yo perdí a un socio. Bram perdió a un padre.

—¿Y usted qué perdió? —preguntó Nell.

Vane la miró. Tenía los ojos de un azul pálido y vacío. —Perdí una gran parte de mis beneficios potenciales. Hicieron falta años para recuperar la cuota de mercado.

Dio un paso hacia ella. Nell retrocedió hasta que sus talones chocaron con la base del monumento.

—Tiene usted unos ojos muy peculiares —dijo Vane—. Una vez conocí a un hombre con unos ojos así. También era un alborotador. Tenía talento para ver cosas que no debería ver.

Nell sintió que se le retiraba la sangre del rostro. Él lo sabía. Sabía quién era ella.

—No sé de quién me habla —dijo ella.

—Por supuesto que no —dijo Vane—. Desapareció hace mucho tiempo. La gente tiene la costumbre de hacer eso cuando resulta inoportuna.

Alargó la mano como para tocarle la cara. Nell se estremeció.

Una mano pesada se cerró sobre el hombro de Vane.

Bram hizo girar a Vane con fuerza suficiente para que el hombre, más menudo, tropezara.

Bram se interpuso entre ambos. Respiraba con dificultad y tenía los puños apretados a los costados. Parecía una montaña a punto de derrumbarse.

—Creo que te dije que te mantuvieras alejado de mi personal —dijo Bram.

Vane se enderezó la chaqueta y se alisó las solapas. No parecía asustado. Parecía divertido.

—Simplemente le estaba ofreciendo indicaciones a la muchacha —dijo Vane—. Parecía haberse extraviado. Deberías cuidar mejor tus posesiones, Bram.

—No es una posesión —dijo Bram—. Si vuelves a hablar con ella, olvidaré que somos caballeros y te romperé el bastón en la cabeza.

Vane rió suavemente. —Siempre tan bruto. Eres igual que tu padre. Él tampoco supo nunca cuándo negociar.

Vane miró más allá de Bram y buscó los ojos de Nell. Se tocó el ala del sombrero. —Buen día, señorita Halloway. Estoy seguro de que volveremos a hablar. Tengo tantas historias sobre los viejos tiempos...

Se dio la vuelta y se alejó por el camino de grava. El golpeteo de su bastón sobre las piedras sonaba como la cuenta atrás de un reloj.

Bram lo vio marchar hasta que cruzó la puerta. Entonces se encaró con Nell.

—¡Te dije que te quedaras en el quiosco! —le gritó.

—Necesitaba venir aquí —dijo Nell.

—Lo que necesitabas era que te mataran —dijo Bram—. Vane nos ha seguido. Estaba esperando a que te quedaras sola. ¿Es que tienes deseos de morir o simplemente eres rematadamente tonta?

—No soy tonta —dijo Nell—. Necesitaba ver los nombres.

Bram miró el monumento. Miró el nombre de su padre. Su ira pareció drenarse, dejándolo agotado.

—Los nombres no cambian —dijo él—. Solo son piedra. No pueden decirte nada.

—Me han dicho lo suficiente —dijo Nell.

Se abrazó a sí misma. La adrenalina estaba desapareciendo y la humedad fría del cementerio se le estaba filtrando hasta los huesos. Empezó a tiritar.

Bram la miró. Vio cómo le temblaban los hombros.

Se desabotonó el pesado abrigo de lana y se lo quitó. Se lo puso a ella sobre los hombros.

Pesaba, estaba caliente y le quedaba enorme. Le llegaba hasta las rodillas.

—Te estás helando —dijo él.

—Estoy bien —dijo Nell.

—Abotónatelo —dijo Bram—. No quiero tener que explicarle al forense por qué mi ama de llaves murió congelada en pleno octubre.

Nell se ciñó el abrigo. Conservaba el calor de su cuerpo.

—Gracias —dijo ella.

Bram se ajustó los puños y desvió la mirada. —Nos vamos a casa. Y vas a caminar delante de mí, donde pueda verte.

—Siento haberme escapado —dijo Nell.

Bram la miró entonces. Su ojo gris se mostró serio. —No te disculpes. Pero no vuelvas a hacerlo. No puedo pelear con Vane y

cubrirte las espaldas al mismo tiempo.

El camino de vuelta colina arriba fue más duro. La cesta de Nell pesaba a causa de la harina y su mente pesaba por el nombre ausente.

Cuando llegaron a la mansión, Nell fue directa al sótano. Encontró a Pip sentado en la cama, tallando un trozo de madera con un cuchillo de cocina.

—Pareces un gigante —dijo Pip al verla con el abrigo.

Nell se quitó el abrigo y lo dejó sobre su cama. Le tocó la frente a Pip. Estaba fresca. El tónico estaba haciendo efecto.

—Necesito que te portes bien un poco más —dijo Nell—. Tengo trabajo que hacer arriba.

—¿Vas a cocinar? —preguntó Pip.

—Voy a leer —dijo Nell.

Volvió a subir las escaleras hacia la cocina. Guardó la harina y los huevos. Miró el reloj. Era media tarde. Bram estaría en su despacho trabajando en los contratos para el nuevo proceso del acero.

Nell se tocó el bolsillo para asegurarse de que la llave de la biblioteca seguía allí.

Caminó por el pasillo. La casa estaba en silencio. Se quitó los zapatos para poder andar sin hacer ruido sobre los tablones del suelo.

Llegó a la puerta de la biblioteca. Pegó la oreja a la madera. No oyó nada.

Abrió la puerta y se coló dentro.

Echó la llave por dentro.

Esta vez no fue a las estanterías. Fue al escritorio.

Bram había dicho que guardaba sus papeles bajo llave porque no se fiaba de los criados. Pero a ella le había dado la llave. Confiaba en ella para limpiar. No sabía que ella estaba buscando a un fantasma.

Abrió el cajón inferior del escritorio. Estaba lleno de libros de contabilidad. Los fue sacando uno a uno.

Encontró lo que buscaba al fondo de la pila. Era un diario de cuero negro con las iniciales *W.T.* grabadas en la portada. William Thorne.

Lo abrió. La caligrafía era angulosa y apresurada.

Buscó la entrada del 18 de octubre de 1870. La semana anterior al incendio.

Vane vuelve a presionar para la fusión. Amenazó con cortarnos el suministro de carbón. Lo mandé al infierno. Halloway dice que vio a hombres manipulando las válvulas del horno número cuatro. Tengo que hablar con Halloway esta noche. Él sabe demasiado y Vane sabe que él lo sabe.

Nell se quedó mirando el nombre.

Halloway dice que vio a hombres manipulando.

Su padre no había sido el saboteador. Había sido el testigo.

Había intentado detenerlo.

Nell pasó la página. La siguiente entrada era del día del incendio. No era más que una nota garabateada.

Me reúno con Halloway en el almacén. Él tiene las pruebas.

Esa fue la última entrada.

Nell cerró el libro. Le temblaban tanto las manos que casi se le cae.

Vane los había matado a los dos. Había matado a William Thorne y había matado a su padre para encubrir el sabotaje. Y había borrado el nombre de su padre del registro para que nadie hiciera preguntas sobre el testigo desaparecido.

Y ahora Vane sabía quién era ella.

Oyó el sonido de un portazo en algún lugar de la casa. Unos pasos pesados resonaron en el pasillo.

Bram venía hacia allí.

Nell metió el diario de nuevo en el cajón y apiló los libros de contabilidad encima. Cerró el cajón.

Cogió su plumero de la mesa y empezó a limpiar la superficie del escritorio justo cuando la llave giraba en la cerradura.

Había olvidado que Bram tenía una llave maestra.

La puerta se abrió y Bram entró. Se detuvo al verla.

—Pensaba que estabas en la cocina —dijo él.

—Ya he terminado con la harina —dijo Nell—. Quería acabar de limpiar el escritorio antes de la cena.

Bram la miró. Miró el escritorio y luego su rostro.

—Estás pálida —dijo él.

—Es el polvo —dijo Nell—. Se me mete en los pulmones.

Bram se acercó al escritorio. Puso la mano sobre el cajón que ella acababa de cerrar. Nell dejó de respirar.

No lo abrió. Simplemente se apoyó contra la madera y la miró.

—Vane te ha dicho algo en la iglesia —dijo Bram—. Ha dicho que tenías los ojos como los de un viejo amigo.

—Solo intentaba asustarme —dijo Nell.

—¿De quién estaba hablando? —preguntó Bram.

—No lo sé —mintió Nell—. Ya te he dicho que no lo sé.

Bram la observó durante un largo momento. Alargó la mano y le quitó una mancha de polvo de la mejilla.

—Mientes fatal, Nell —dijo él.

Se dio la vuelta y caminó hacia la chimenea. Removió las brasas moribundas con el atizador de hierro.

—Pienso averiguar qué sabe —dijo Bram—. Y si vuelve a amenazarte, lo mataré.

Nell le miró la espalda. Se fijó en sus hombros anchos y en la forma en que se apoyaba sobre su pierna mala.

Se dio cuenta entonces de que no podía decírselo. Todavía no. Si él supiera que su padre fue el testigo, iría a por Vane esta misma noche y Vane lo estaría esperando. Vane lo mataría igual que mató a su padre.

Tenía que encontrar las pruebas primero. Tenía que encontrar los papeles que su padre supuestamente iba a entregar a William Thorne.

—Iré a empezar la cena —dijo Nell.

Caminó hacia la puerta. Se detuvo y volvió a mirarlo.

—Bram —dijo ella.

Él miró por encima del hombro.

—Gracias por el abrigo —dijo.

Bram asintió una vez y volvió a centrar su atención en el fuego.

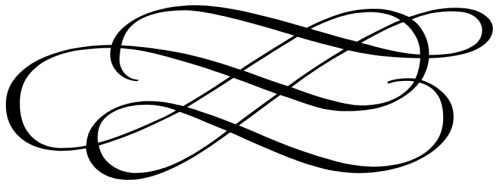
Nell salió de la biblioteca y cerró la puerta. Se apoyó contra la pared y cerró los ojos.

Tenía la verdad, pero no tenía el arma. Necesitaba encontrar dónde había escondido su padre las pruebas.

Pensó en el relicario bajo su colchón. Pensó en el sótano donde vivía antes de ir al hospicio.

Se despega de la pared, recorre el largo pasillo hacia la cocina y empieza a picar cebollas para el estofado con cortes rápidos y precisos.

CAPÍTULO 6



—Duérmete —susurró Nell al techo oscuro de la habitación del sótano.

Pip roncaba suavemente desde la otra cama. No era consciente de los pensamientos que daban vueltas en la cabeza de Nell. Ella se dio la vuelta y le dio un puñetazo a la almohada. Estaba plana y dura y no le ofrecía ningún consuelo.

Cerró los ojos y volvió a ver la entrada del diario. *Reunión con Halloway en el almacén.*

Vio los fríos ojos azules de Vane en el cementerio de la iglesia.

Se incorporó y se quitó la manta de encima. El aire de la habitación estaba fresco, pero sentía la piel demasiado tensa. No podía quedarse en aquella caja. Necesitaba espacio.

Se puso la bata y se apretó el cinturón. Metió los pies en las zapatillas y abrió la puerta.

El pasillo estaba en silencio. La casa solía estar dormida a esas horas, pero esta noche parecía despierta. Los tablones del suelo crujían bajo sus pies mientras subía las escaleras hacia la planta baja.

Llegó a lo alto de la escalera y se detuvo.

Un sonido flotaba por la larga galería. Era música.

Alguien estaba tocando el piano.

Nell caminó hacia el sonido. La música era fuerte, colérica y rápida. Parecía una discusión tallada en teclas de marfil.

La siguió hasta las puertas dobles al final del ala este. Esa habitación había estado cerrada desde que ella llegó. Los pomos estaban polvorientos.

Empujó una puerta y entró sigilosamente.

La estancia era vasta y carecía de muebles, a excepción de un piano de cola en el centro. Las cortinas estaban abiertas y la luz de la luna entraba a raudales por los altos ventanales, bañando la habitación de plata y gris.

Bram estaba sentado al piano.

Estaba en mangas de camisa y le daba la espalda. No llevaba la máscara.

Nell se quedó helada. Debería irse. Debería dar media vuelta y marcharse antes de que él la viera. Pero la música la mantenía allí. Era aterradora y hermosa.

Bram golpeó un último acorde disonante que resonó en el alto techo. Cerró de golpe la tapa del teclado con un estallido que sonó como un disparo.

Se quedó sentado con la cabeza baja y las manos apoyadas en la madera. Sus hombros se agitaban.

—Tocas muy fuerte para ser un hombre que dice preferir el silencio —dijo Nell.

Bram giró bruscamente en la banqueta. Se levantó tan rápido que el asiento chirrió contra el suelo.

Apartó la cara de la luz. Se llevó la mano a la mejilla para cubrírsela, pero luego la bajó. Se dio cuenta de que era demasiado tarde.

—¿Qué haces aquí? —exigió él.

—No podía dormir —dijo Nell—. Es difícil ignorar un concierto que se interpreta a medianoche.

Bram caminó hacia ella. Se mantuvo en las sombras, lejos de la ventana. —Me estás espiando otra vez —dijo.

—Estoy investigando un ruido —dijo Nell—. Eso es lo que hacen las amas de llaves. Investigamos los ruidos y el polvo.

—Tú no eres un ama de llaves —dijo Bram—. Eres una carga.

Pasó por su lado hacia la pequeña mesa junto a la puerta. Cogió una pesada bolsa de cuero que tintineó al moverla. Se la tendió bruscamente.

—Tómala —dijo.

Nell miró la bolsa. —¿Qué es?

—Son cincuenta libras —dijo Bram—. Es más de lo que ganarías en diez años en la fábrica. Cógelas y prepara tus cosas.

—¿Me estás despidiendo? —preguntó Nell.

—Te estoy liberando —dijo Bram—. La deuda queda cancelada. La medicina está pagada. Eres libre de irte.

Nell se cruzó de brazos sobre el pecho. No tocó el dinero. —No quiero el dinero.

—No seas estúpida —espetó Bram—. Vane ha hablado hoy contigo. Sabe quién eres. Si te quedas aquí, te usará para llegar a mí. O simplemente te matará para eliminar un cabo suelto.

—No sabe quién soy —dijo Nell—. Lo sospecha.

—Lo sabe —dijo Bram—. George Brown no profiere amenazas a menos que tenga la ventaja necesaria para respaldarlas. Tú eres esa ventaja. Vete de Grimmstone. Ve a Londres. A América. A donde sea. Vete, sin más.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo Nell.

—¿Por qué? —gritó Bram. El sonido rebotó en las paredes—. ¿Por qué eres tan testaruda? ¿Es que quieres morir?

—¡Porque yo también tengo algo en juego en todo esto! —le devolvió Nell el grito.

Bram se detuvo. La miró. Dio un paso hacia la luz de la luna y ella vio su rostro con claridad.

Las cicatrices eran plateadas bajo la luz. Le tiraban de la boca y del ojo. Pero su expresión no era monstruosa. Solo estaba cansado.

—¿Qué tienes en juego? —preguntó en voz baja.

Nell tomó aire. Miró al hombre que había perdido a su padre y su rostro en el incendio. Decidió confiar en él.

—Me preguntaste por el hombre que mencionó Vane —dijo—. El viejo amigo de los ojos conocidos.

Bram asintió.

—Se refería a mi padre —dijo Nell—. John Halloway.

Bram se quedó muy quieto. —Halloway. El nombre del diario.

—Te acuerdas —dijo Nell.

—Me acuerdo —dijo Bram—. Mi padre escribió ese nombre en su diario. Dijo que Halloway fue el testigo. Dijo que Halloway vio el sabotaje.

—Mi padre no volvió a casa la noche del incendio —dijo Nell—. Mi madre esperó tres días. Entonces vino la policía y le dijo que se había marchado con su jornal. Dijeron que nos había abandonado.

—No se marchó —dijo Bram.

—Sé que no lo hizo —dijo Nell—. Encontré su nombre en el libro de tu padre. *Reunión con Halloway en el almacén.* Eso fue lo último que escribió tu padre.

Bram miró el piano. Pasó una mano por la madera pulida. —Se reunieron. Vane los encontró. Provocó el incendio para matarlos a ambos.

—Y borró a mi padre de los registros —dijo Nell—. Lo convirtió en un fantasma para que nadie lo buscara. Pero Vane me ha reconocido hoy. Ha visto el rostro de mi padre en el mío.

—Por eso te ha amenazado —dijo Bram—. Eres el hilo suelto que podría desentrañar toda su mentira.

—Así que no me voy —dijo Nell—. No voy a aceptar tus cincuenta libras y salir huyendo. Quiero saber dónde están. Dónde los puso.

Bram la miró. Observó la determinación en su mandíbula y el fuego en sus ojos. Se dio cuenta de que no podía mandarla lejos. No se iría.

—Eres una insensata —dijo él—. Pero eres una insensata valiente.

Dejó la bolsa de dinero sobre la mesa.

—El almacén —dijo—. El diario decía que se reunían en el almacén.

—El almacén de Vane —dijo Nell—, pero ardió en el incendio. No queda nada más que cenizas.

—No —dijo Bram—. El almacén de Vane no ardió. Ardió mi fundición. El almacén estaba al otro lado del río.

Nell frunció el ceño. —Pero el diario decía que la reunión era allí. Si el incendio fue en tu fundición, ¿por qué estaban en el almacén de Vane?

Los ojos de Bram se agrandaron. —Porque la prueba estaba allí. Halloway debió de esconder las pruebas en el propio edificio de Vane.

—¿Pero dónde está ahora? —preguntó Nell—. Vane derribó los viejos edificios cuando amplió la fábrica textil.

Bram negó con la cabeza. —No los derribó todos. Es un tacaño. Construye sobre los antiguos cimientos para ahorrar dinero en piedra.

Se giró y caminó hacia la puerta. No cojeaba. Se movía con un propósito.

—Ven conmigo —dijo.

Nell lo siguió fuera de la sala de música y por el pasillo hasta la biblioteca.

Bram abrió la puerta y encendió la lámpara de gas del escritorio. La habitación se llenó de un cálido resplandor amarillento.

Fue hacia el gran armario del rincón donde se guardaban los planos arquitectónicos. Sacó un gran rollo de papel y lo extendió sobre el escritorio. Sujetó las esquinas con libros.

—Este es el levantamiento original del distrito industrial —dijo Bram —. De 1868.

Nell se inclinó sobre el mapa. Siguió la línea del río con el dedo.

—Aquí está tu fundición —dijo ella—. Y aquí está la fábrica de Vane.

—Mira la planta —dijo Bram. Señaló un edificio cuadrado marcado como *Almacén B*—. Ese era el antiguo almacén.

Sacó otro mapa del cajón. Este era más nuevo. —Este es el levantamiento actual.

Lo colocó sobre el primero. Las líneas se superponían.

—La nueva nave de hilado está justo encima —dijo Nell.

—No encima —dijo Bram—. Alrededor. Mira el nivel del sótano.

Nell miró de cerca. Las gruesas líneas negras de los antiguos cimientos seguían allí. Estaban dentro de los muros nuevos.

—Lo tapió —dijo Nell—. No lo destruyó. Simplemente lo selló y construyó la fábrica a su alrededor.

—Es una tumba —dijo Bram—. Si los mató allí, puede que los dejara allí. Sería el lugar perfecto para esconder los cadáveres. Detrás de un muro de ladrillos en su propio sótano.

Nell sintió que un escalofrío la recorría. —Mi padre está ahí dentro.

—Y la prueba —dijo Bram—. Si Halloway tenía documentos o piezas de la válvula saboteada, estarían con él.

—Tenemos que entrar —dijo Nell.

—Es una fortaleza —dijo Bram—. Vane tiene guardias en las puertas y las entradas están cerradas con llave.

—Es una fábrica —dijo Nell—. Toda fábrica tiene una entrada para las ratas y el carbón.

Señaló una pequeña trampilla marcada en el lado del edificio que daba al río.

—El conducto del carbón —dijo ella—. Alimenta la sala de calderas. Es demasiado pequeño para un hombre.

Bram la miró. Se fijó en sus hombros estrechos.

—No es demasiado pequeño para mí —dijo Nell.

—Es peligroso —dijo Bram—. Si te quedas atascada, te asfixiarás. Si la caldera está funcionando, te quemarás.

—La fábrica cierra por la noche —dijo Nell—. Las calderas están al ralentí. Yo quepo.

Bram miró el mapa y luego a ella. Estaba calculando el riesgo. No le gustaba. Pero sabía que era la única forma.

—Iremos mañana por la noche —dijo—. Mañana no habrá luna. Estará lo bastante oscuro como para cruzar el río sin ser vistos.

—¿Iremos? —preguntó Nell—. Tú no cabes en un conducto de carbón.

—Yo seré la distracción —dijo Bram—. Me aseguraré de que los guardias miren hacia otro lado mientras tú entras.

Enrolló los mapas y los guardó en el armario. Se volvió para mirarla de frente.

—Esto no es un juego, Nell —dijo—. Si hacemos esto, no habrá vuelta atrás. Si Vane nos pilla, no dudará.

—No estoy jugando —dijo Nell—. Quiero enterrar a mi padre como es debido.

Bram asintió. Cogió el farol del estante. Lo encendió y se lo entregó.

—Toma esto —dijo—. Las escaleras del sótano están a oscuras.

Nell cogió el farol. El metal estaba caliente.

—Duerme un poco —dijo Bram—. Necesitarás fuerzas. Mañana por la noche iremos a saquear tumbas.

Nell lo miró. Se fijó en las cicatrices que ya no intentaba ocultar.

—Bram —dijo ella.

—¿Qué?

—Tocas maravillosamente —dijo ella—. Eso tampoco deberías ocultarlo.

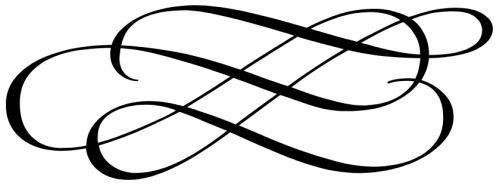
Bram pareció sorprendido. Tocó el borde del escritorio.

—Vete a la cama, Nell —dijo él.

Nell se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Se detuvo y miró atrás.

—Buenas noches —dijo.

CAPÍTULO 7



—Estás ridícula —susurró Bram mientras desataba la cuerda que sujetaba el pequeño esquife al muelle.

Nell se miró las piernas. Llevaba unos pantalones de lona basta que había birlado de la cuerda de la colada, detrás de la caseta del jardinero. Le quedaban unos diez centímetros largos y se había remangado los bajos hasta que parecían dónuts alrededor de sus tobillos.

—Estoy normal —le susurró Nell—. No puedo trepar por un conducto de carbón con una enagua a menos que quieras que me quede atascada como el corcho en una botella.

—Es una imagen muy vívida que no necesitaba —dijo Bram.

Subió al bote y la madera gimió bajo su peso. Le tendió una mano.

Nell la tomó y subió. El bote se balanceó violentamente y el agua golpeó el casco. Ella se sentó en el duro banco de madera y se agarró a los costados.

—Mantén la cabeza baja —dijo Bram—. El agua transmite el sonido.

Cogió los remos. Había envuelto los escálamos con trapos para amortiguar el chirrido. Hundió las palas en el agua negra y tiró.

El bote se alejó de la orilla y se deslizó hacia el centro del canal. El agua era oscura y aceitosa, y reflejaba las pocas farolas de gas que salpicaban la otra orilla.

Nell miró la fábrica de Vane. Se alzaba al otro lado del río como una fortaleza. Las ventanas estaban a oscuras, a excepción de las luces de seguridad cerca de las puertas principales. Los muros de ladrillo se elevaban rectos desde el agua.

—Parece más grande desde aquí abajo —dijo Nell.

—Es lo bastante grande como para ocultar mil secretos —dijo Bram —. Y dos cadáveres.

Remó con fluidez a pesar de su hombro lastimado. Nell observó cómo trabajaban los músculos de sus brazos. Era fuerte.

Llegaron a la sombra del muro de la fábrica. Bram guio el bote hacia una pequeña escalera de servicio que se oxidaba contra los ladrillos.

Recogió los remos y agarró la escalera para sujetarlo.

—Aquí es donde te dejo —dijo.

—Tú vas a la puerta principal —dijo Nell.

—Voy a montar una escena —dijo Bram—. Voy a ser el borracho ruidoso y desagradable que todos esperan que sea la Bestia. Para cuando termine, todos los guardias de esta propiedad estarán en la puerta intentando callarme.

—Ten cuidado —dijo Nell—. Vane tiene un bastón con punta de plata y sabe cómo usarlo.

—Vane no me tocará —dijo Bram—. Le preocupan demasiado las apariencias como para golpear a un par del reino en la calle. Intentará calmarme con palabras.

—Y mientras él habla, yo cavaré —dijo Nell.

Bram la miró. La oscuridad ocultaba sus cicatrices y dejaba solo la intensidad de su mirada.

—Tienes veinte minutos —dijo—. Si no puedo retenerlos veinte minutos, prenderé fuego a la garita de entrada.

—Eso parece extremo —dijo Nell.

—Es efectivo —dijo Bram—. Ve.

Nell agarró los peldaños fríos de la escalera. Trepó por los ladrillos resbaladizos hasta alcanzar el camino de servicio que recorría el lateral del edificio. Se agachó detrás de un montón de barriles viejos y esperó.

Bram alejó el bote de un empujón y empezó a remar de vuelta hacia el puente. Nell lo vio desaparecer en la niebla.

Esperó.

Pasaron cinco minutos. El silencio se prolongó.

Entonces lo oyó.

—¡Abrid la puerta!

La voz retumbó sobre el agua. Era Bram. Sonaba furioso y con la lengua trabada.

—¡Sé que estás ahí, Vane! ¡Tramposo! ¡Sinvergüenza!

Nell oyó el sonido del metal golpeando contra el metal. Estaba aporreando las puertas con su bastón.

—¡Abre y págame lo que me debes!

Vio un parpadeo de luz cerca de la entrada del río. Una puerta se abrió y un guardia salió. Miró hacia la parte delantera de la fábrica, donde los gritos eran cada vez más fuertes.

—¡Eh! —gritó otra voz desde el frente—. ¡Baja aquí! ¡Está intentando saltar la valla!

El guardia de la puerta del río vaciló un segundo y luego corrió hacia el ruido.

Nell se movió.

Corrió por el terreno despejado hasta el conducto de carbón. Era una trampilla metálica cuadrada situada a poca altura en la pared.

Agarró el asa y tiró. Estaba rígida por el óxido. Puso ambas manos en ella y tiró con fuerza. Las bisagras soltaron un chillido de protesta que sonó como un disparo en la noche silenciosa.

Nell se quedó helada. Esperó un grito o un paso.

Solo oyó la voz de Bram a lo lejos acusando a Vane de hacer trampas a las cartas.

Se coló por la abertura con los pies por delante.

El conducto era estrecho y empinado. Estaba revestido de un metal que se sentía frío a través de sus pantalones. Se deslizó hacia la oscuridad.

El aire del interior estaba cargado de polvo. Le cubrió la lengua y le llenó la garganta. Intentó no toser.

Sus botas chocaron contra un montón de rocas que se desplazaban y dejó de deslizarse.

Estaba en el depósito de carbón.

Estaba totalmente a oscuras. Nell parpadeó, pero la oscuridad era absoluta. Metió la mano en el bolsillo y sacó el pequeño farol de mano que Bram le había dado. Abrió el obturador apenas una fracción de pulgada.

Un fino haz de luz cortó la penumbra. Iluminó una montaña de carbón que llegaba hasta la mitad del techo.

Nell bajó por el montón. El carbón se desplazaba bajo sus pies y enviaba pequeñas avalanchas de roca negra rodando por el suelo. El ruido era fuerte.

Llegó al fondo y se agachó allí. Escuchó.

Más allá del depósito de carbón estaba la sala de calderas. Podía oír el zumbido de los fuegos amortiguados.

Avanzó sigilosamente hacia el umbral. La puerta estaba abierta.

La sala de calderas era vasta y cálida. El resplandor rojo de las rejillas de los hornos proyectaba largas sombras en las paredes.

Un hombre estaba sentado en una silla cerca de los manómetros. Era el fogonero de noche. Tenía la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Estaba roncando.

Nell pasó por su lado. Se mantuvo en las sombras y caminó con cuidado para evitar las herramientas esparcidas por el suelo.

Llegó a la pared opuesta.

Según el mapa, los cimientos antiguos estaban detrás de la entrada de almacenamiento de carbón. Volvió hacia el depósito pero se mantuvo en el exterior del muro de contención.

Lo encontró.

La pared aquí era distinta. Los ladrillos eran más nuevos y el mortero tenía un color diferente. Parecía un remiendo hecho con prisas.

Nell dejó el farol en el suelo y ocultó la luz con su cuerpo para no despertar al fogonero.

Sacó la palanca de hierro de su cinturón.

Probó el mortero con la punta de la palanca. Se desmoronó fácilmente. Era una mezcla de cal vieja que se había convertido en polvo.

Metió la palanca entre dos ladrillos. Empujó.

El ladrillo se movió.

Nell empujó con más fuerza. Puso todo su peso en ello.

El ladrillo se soltó y cayó hacia adentro. Golpeó el suelo del otro lado con un golpe sordo.

Nell se quedó quieta y miró al fogonero. Este resopló en sueños y cambió de posición, pero no se despertó.

Nell volvió al trabajo. Sacó otro ladrillo. Y otro más.

Pronto tuvo un agujero del tamaño de un plato llano.

Cogió el farol e iluminó a través de la abertura.

El haz de luz penetró en el espacio muerto que había tras el muro. El aire que salió era rancio y frío.

Era una habitación pequeña. El suelo era de tierra.

En la esquina había un cajón de madera. Estaba podrido y medio derruido.

Encima del cajón había una caja fuerte de metal.

Estaba cerrada por el óxido, pero intacta.

A Nell le dio un vuelco el corazón. Era eso. Esa era la prueba.

Metió el brazo por el agujero. Sus dedos rozaron el metal frío de la caja. Estaba fuera de su alcance por poco.

Necesitaba hacer el agujero más grande.

Cogió la palanca de nuevo. La encajó bajo toda una hilera de ladrillos.

El metal gimió. Los ladrillos cedieron. Cayeron en la habitación oculta.

Nell volvió a meter la mano. Agarró el asa de la caja. Pesaba mucho.

Tiró. La caja raspó contra la madera del cajón.

La arrastró por el agujero y la dejó en el suelo de la sala de calderas.

La miró. Tenía un candado en la parte delantera, pero el arco estaba corroído por el óxido.

Golpeó el candado con la palanca. Se rompió.

Nell levantó la tapa.

Dentro había un montón de papeles envueltos en tela encerada para protegerlos de la humedad. Y debajo de los papeles había una pesada válvula de latón.

Nell desenvolvió los papeles. Los sostuvo ante la luz del farol.

La letra le resultaba familiar. Era el mismo trazo irregular que había visto en el diario del padre de Bram. Pero la firma al pie era diferente.

Yo, John Halloway, en pleno uso de mis facultades mentales, testimonio por la presente que la noche del 14 de octubre de 1870, presencié cómo George Brown autorizaba el sabotaje de las válvulas de presión en la Fundición Thorne.

Nell sintió que las lágrimas le escocían los ojos. Era su confesión. Lo había puesto por escrito. Lo había escondido aquí para mantenerlo a salvo hasta que pudiera dárselo a William Thorne.

Pero Vane los había atrapado antes de que él pudiera entregarla.

Nell tocó el papel. Era el único pedazo de su padre que le quedaba.

Un fuerte estruendo metálico resonó en la sala.

Nell cerró la caja de golpe y se dio la vuelta.

La puerta de la parte superior de las escaleras metálicas se había abierto.

Unos pasos pesados resonaron sobre los peldaños de hierro.

El fogonero se despertó con un resoplido. Se puso de pie y miró a su alrededor confundido.

—¿Quién anda ahí? —gritó el fogonero.

—Soy Vane —dijo una voz desde las escaleras—. ¿Por qué están los fuegos tan bajos? Hace un frío glacial en mi despacho.

Nell sintió que se le helaba la sangre. Era él.

Cogió la caja y el farol. Buscó un lugar donde esconderse.

El depósito de carbón estaba demasiado lejos. El fogonero estaba justo entre ella y la salida.

Miró a su alrededor frenéticamente. Había una pila de cajas vacías cerca de la pared.

Se zambulló detrás de ellas justo cuando Vane llegaba al pie de las escaleras.

Se encogió todo lo posible y apretó la caja contra su pecho. Cerró el obturador del farol.

La oscuridad total la tragó.

—Solo los estaba amortiguando para la noche, señor —tartamudeó el fogonero.

—Pues avívalos —dijo Vane—. Tengo un escalofrío que no puedo quitarme de encima.

Vane pasó por delante del fogonero. Caminó hacia la pared donde Nell estaba escondida.

Se detuvo.

Nell contuvo la respiración y se tapó la boca con la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó Vane.

Estaba mirando al suelo. Estaba mirando el montón de polvo de ladrillo fresco y el agujero en la pared.

—No lo sé, señor —dijo el fogonero—. No estaba ahí hace una hora.

—Hay alguien aquí —susurró Vane—. Alguien ha abierto la tumba.

Nell oyó el clic de la punta de un bastón contra el hormigón. Estaba a un metro de distancia.

—Dame la pala —dijo Vane.

—¿La pala, señor?

—Dámela —espetó Vane.

Nell oyó el roce de la pala al ser arrastrada por el suelo.

Vane iba a mirar detrás de las cajas.

Miró la palanca que tenía en la mano. Era de hierro pesado. Era un arma.

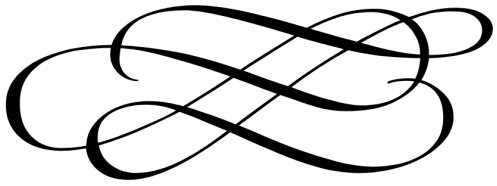
Tenía que elegir. Si se quedaba, la encontraría. Si corría, la vería.

Apretó con fuerza la barra de hierro.

Vane dio un paso más. Su sombra cayó sobre las cajas.

Nell espera a que la bota de Vane pise la mancha de polvo cerca de la esquina, se levanta de un salto desde su posición agachada con la barra de hierro en alto y la descarga contra la sombra del hombre que mató a su padre.

CAPÍTULO 8



La barra de hierro chocó contra el bastón alzado de Vane con un impacto que hizo castañear los dientes de Nell y envió vibraciones que le recorrieron todo el cuerpo hasta los talones. El sonido del metal golpeando la madera resultó fuerte y seco en el espacio cerrado de la sala de calderas. Vane retrocedió tambaleándose con una maldición nada propia de un caballero y por poco se tropieza con la pala que había estado arrastrando.

—¡Corre! —le gritó Nell al fogonero, que seguía allí parado con la boca abierta como un pez.

No esperó a ver si le hacía caso. Trepó por encima de las cajas y salió disparada hacia la puerta del otro lado de la sala. Se apretó la pesada caja metálica contra el pecho con un brazo y usó el otro para mantener el equilibrio mientras patinaba sobre el polvo de carbón.

—¡Detenedla! —chilló Vane tras las cajas—. ¡No dejéis que salga del edificio!

Nell golpeó con el hombro la puerta y entró de golpe en la planta principal de la fábrica. Era una vasta caverna de telares silenciosos que parecían monstruos dormidos bajo las tenues luces de seguridad. Sabía por el mapa que Bram le había enseñado que el muelle de carga estaba recto, pasado el sector de las hiladoras intermitentes.

Corrió por el largo pasillo entre las máquinas. El suelo estaba resbaladizo por el aceite y estuvo a punto de caerse dos veces. Podía oír los pesados pasos de los guardias retumbando en las escaleras metálicas tras ella.

Sonó un silbato. Fue un chirrido agudo y penetrante que cortó el silencio y despertó a todos los perros a un kilómetro a la redonda. Era la alarma de intrusos.

Nell se agachó bajo una correa de transmisión y trepó por un montón de bobinas. Necesitaba llegar al río antes de que Vane cerrara las puertas.

Bram estaba en mitad de una discusión muy fuerte y muy falsa con el portero cuando sonó el silbato. Acababa de terminar de explicar que Vane le debía mil libras por una carrera de caballos que nunca se celebró y exigía que lo dejaran entrar para cobrar sus ganancias.

El portero dejó de escuchar al instante. Miró hacia el edificio de la fábrica, donde las luces se estaban encendiendo en cada ventana.

—Problemas dentro —masculló el guardia, alargando la mano hacia la cuerda de la campana para avisar a los demás.

Bram abandonó el papel. Dejó de tambalearse y de arrastrar las palabras. Agarró el puño de plata de su bastón y lo descargó con fuerza contra la muñeca del guardia antes de que el hombre pudiera tocar la campana.

El guardia gritó y soltó la cuerda. Bram lo empujó dentro de la caseta de vigilancia y cerró la puerta de una patada. Atascó el bastón en el tirador para mantenerla cerrada.

Se dio la vuelta y corrió hacia el río. Su pierna mala protestaba a cada paso, pero ignoró el dolor. Sabía lo que significaba ese silbato. Significaba que Nell estaba en apuros y que corría por su vida.

Llegó al embarcadero donde había amarrado el esquife. Desató la cuerda con dedos torpes y saltó dentro. Agarró los remos y se impulsó. Remó con fuerza contra la corriente hacia las puertas del muelle de carga.

Nell llegó al muelle de carga. Las grandes puertas dobles estaban bloqueadas desde el interior con una pesada viga de madera. Soltó la caja y agarró la viga. Era de roble pesado y estaba encajada a presión en los soportes.

Oyó a los guardias gritando al otro extremo de la planta de la fábrica. La habían visto.

—¡Ahí está!

—¡Cortadle el paso junto a la oficina!

Nell tiró de la viga hacia arriba. Se movió un par de centímetros. Apretó los dientes y empujó con más fuerza. Imaginó la cara de Vane e imaginó el incendio que mató a su padre. Empujó con todo lo que tenía.

La viga subió y cayó estrepitosamente al suelo.

Nell agarró el picaporte y abrió la puerta de par en par. El aire de la noche le dio en la cara; estaba frío y húmedo.

Cogió la caja y salió corriendo al muelle de madera.

El río se extendía negro y ancho frente a ella. La niebla era espesa. No veía el bote.

—¡Bram! —gritó.

Un disparo restalló tras ella. Una bala impactó en la madera del muelle cerca de su pie e hizo saltar astillas por el aire.

Nell se lanzó al suelo tras una pila de cajas. Se abrazó con fuerza a la caja.

—¡Ríndete! —llegó la voz de Vane desde las puertas abiertas—. No tienes a dónde ir, muchacha. El agua es profunda y no puedes nadar con esa caja de hierro.

Nell miró el agua. Miró la forma oscura que emergía de la niebla.

Era el esquife. Bram remaba como un poseso. Hizo girar el bote para que la popa golpeara contra los pilotes.

—¡Salta! —rugió Bram.

Nell se puso de pie. Vio a Vane de pie en el umbral con una pistola en la mano. La levantó.

Nell no lo pensó. Lanzó la pesada caja sobre el agua y la soltó. Cayó en el fondo del bote con un golpe seco que por poco agujerea los tablones.

Luego, saltó ella.

Cayó con fuerza en el bote. Aterrizó en un montón de lona y cuerda a los pies de Bram. El esquife se balanceó violentamente y se ladeó. El agua entró por la borda.

Bram echó su peso hacia el otro lado para equilibrarlo. Agarró los remos y tiró.

Otro disparo sonó. La bala golpeó el agua a pocos centímetros de la pala del remo.

—¡Abajo! —gritó Bram.

Nell se encogió en el fondo del bote y se cubrió la cabeza. Sintió que el bote avanzaba con ímpetu mientras Bram se deslomaba remando.

Se deslizaron en la niebla. Las luces de la fábrica se atenuaron hasta ser borrones amarillos y luego desaparecieron por completo. Los gritos de los guardias se volvieron más débiles hasta ser solo un murmullo a lo lejos.

Bram no dejó de remar. Remó hasta que su respiración fue entrecortada y le temblaron los brazos. Dirigió el esquife por el recodo del río y lo guio hacia una orilla embarrada donde los sauces colgaban casi rozando el agua.

Clavó la proa en el barro y recogió los remos.

Se quedó sentado un momento con la cabeza gacha y el pecho jadeante. Se limpió el sudor de la frente con la manga.

¿Te han dado? —preguntó.

Nell se incorporó. Se revisó los brazos y las piernas. Estaba mojada y magullada, pero no sangraba.

—Estoy bien —dijo ella.

Bram la miró. Se fijó en el hollín de su cara y en el enredo salvaje de su pelo. Alargó la mano y le tocó el hombro. Le temblaba la mano.

—Estás loca —dijo—. Te has lanzado desde un muelle.

——Me dijiste que saltara —dijo Nell—. Seguía órdenes.

——Te dije que saltaras al bote —dijo Bram—, no que lo atravesaras.

Miró la caja metálica que tenía entre los pies. Estaba oxidada y sucia, y parecía un trozo de chatarra.

—¿Es eso? —preguntó.

—Es eso —dijo Nell—. La herencia de Nell Halloway.

Bram cogió la caja. Se la puso sobre las rodillas. La cerradura estaba rota por donde Nell la había golpeado. Levantó la tapa.

Sacó el paquete de tela encerada y lo desenvolvió. Sostuvo los papeles bajo la luz de la luna.

Nell observó su rostro mientras leía. Vio cómo su expresión pasaba del agotamiento a la estupefacción y luego a una ira dura y fría.

—La firmó —dijo Bram en voz baja—. Tu padre firmó una confesión.

—Fue testigo de la orden —dijo Nell—. Vio a Vane decirle al capataz que cortara las válvulas.

Bram miró la válvula de latón en el fondo de la caja. La cogió. Pesaba mucho y la rosca estaba pasada.

—Esta es la válvula —dijo—. La que culparon de la explosión. Vane debió de guardarla como un trofeo.

—Mi padre la guardó como prueba —dijo Nell—. La robó antes de que Vane pudiera destruirla.

Bram volvió a meter la válvula en la caja y cerró la tapa. Apoyó la mano encima.

—Lo tenemos —dijo—. Tenemos la confesión y tenemos el arma del crimen.

—Y tenemos a un hombre muy enfadado con una pistola buscándonos —dijo Nell.

—Que busque —dijo Bram—. Mañana por la mañana esta caja estará en manos del magistrado en Londres. Vane podrá gritar todo lo que quiera desde una celda.

Miró a Nell. La luz de la luna captó las líneas plateadas de sus cicatrices. No parecía una bestia esta noche. Parecía un hombre que

por fin se había quitado un gran peso de encima.

—Lo has conseguido —dijo.

—Lo hemos conseguido —dijo Nell—. Yo no habría podido remar el bote.

Bram se rió. Fue una risa de verdad esta vez. Sonaba algo oxidada, pero era auténtica.

—Eres una remera pésima —convino—. Pero eres una ladrona excelente.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo. Lo mojó en el agua del río y se lo entregó.

—Límpiate la cara —dijo—. Pareces una deshollinadora.

Nell cogió el paño. Estaba frío y húmedo. Se quitó el polvo de carbón de las mejillas.

—Tenemos que volver —dijo ella—. Pip estará preocupada.

—Volveremos —dijo Bram—. Pero no a la mansión. No es seguro allí esta noche. Vane sabe dónde vivimos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Nell.

—Hay una vieja cabaña en los terrenos de la finca —dijo Bram—. Mi padre la usaba para cazar. Ya no va nadie por allí. Nos quedaremos allí hasta que pueda avisar a la policía de Londres.

Cogió los remos de nuevo. Empujó el bote para sacarlo del banco de lodo.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Estoy lista para un baño —dijo Nell—. Y para un desayuno muy copioso.

Bram sonrió—. Haré los huevos yo mismo. Y prometo que no estarán pasados por agua.

Giró el bote río abajo y dejó que la corriente los llevara. La niebla se estaba disipando y la primera luz gris del alba tocaba el cielo.

Nell se reclinó contra la borda. Puso la mano sobre la caja metálica. Sintió el acero frío bajo los dedos. Se sentía sólido. Se sentía como la verdad.

Miró la espalda de Bram mientras remaba.

Se dio cuenta de que el miedo con el que había vivido durante diez años había desaparecido. El fantasma de su padre ya no la perseguía. Estaba allí mismo, en el bote con ellos.

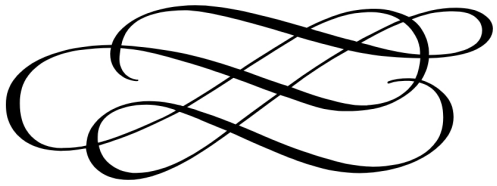
Bram recogió los remos cuando la corriente los atrapó. Miró por encima del hombro hacia el recodo del río.

—Sujétate —dijo—. La corriente es más rápida aquí.

Nell se agarró a los costados del bote. Miró el agua pasando velozmente.

Siente que el bote se lanza hacia los rápidos, aprieta el agarre sobre la madera mojada y mira hacia delante, hacia el lugar donde el río se ensancha en la seguridad.

CAPÍTULO 9



La cabaña apareció entre la niebla como un fantasma de piedra gris y madera podrida. Se alzaba en lo profundo del bosque, donde los árboles crecían espesos y la luz apenas lograba alcanzar el suelo.

El bote rozó la orilla fangosa. Bram soltó los remos. No los estibó; simplemente dejó que cayeran al agua. Se desplomó hacia adelante sobre sus rodillas y su respiración se volvió errática, con jadeos húmedos.

—¿Bram? —preguntó Nell.

—Ata la cuerda —dijo Bram con un sibilante jadeo—. Antes de que nos arrastre la corriente.

Nell cogió el cabo de amarre y saltó fuera. Sus botas chapotearon en el lodo. Ató la cuerda a la raíz expuesta de un árbol y apretó con fuerza el nudo.

Se volvió hacia el bote. Bram no se había movido.

—Ya estamos aquí —dijo ella.

—Lo sé —respondió Bram. Intentó ponerse en pie. Se levantó a medias y entonces su pierna izquierda cedió. Se dejó caer de nuevo pesadamente sobre el banco. El bote se balanceó violentamente.

—Mi pierna —dijo entre dientes—. Se me ha bloqueado.

Nell entró de nuevo en el agua. Lo agarró del brazo.

—Apóyate en mí —dijo—. Tenemos que entrar.

Tardaron diez minutos en recorrer los cincuenta metros que los separaban de la puerta de la cabaña. Bram era un peso muerto y empapado. Se apoyó en ella con tal fuerza que Nell pensó que se le saldría el hombro de su sitio. Tenía la piel gélida y temblaba con una violencia que los sacudía a ambos.

Llegaron a la puerta. Nell probó el picaporte. Estaba echado.

—Dale una patada —dijo Bram castañeteando los dientes.

—Ni siquiera puedes mantenerte en pie, mucho menos dar patadas —dijo Nell.

Ella lo soltó. Él se deslizó por el marco de la puerta y se sentó en la tierra. Se rodeó con los brazos y hundió la cara entre las rodillas.

Nell examinó la cerradura. Era de hierro oxidado. Esta vez no tenía ninguna horquilla. Miró alrededor del jardín descuidado y encontró una piedra pesada, del tamaño de una hogaza de pan.

—Cúbrete la cabeza —dijo ella.

Bram no se movió.

Nell estrelló la piedra contra el mecanismo de hierro del cierre. Saltaron chispas. Golpeó de nuevo. Y otra vez. La madera alrededor de la cerradura se astilló. Soltó la piedra y propinó una patada a la puerta, justo al lado del pestillo.

Se abrió de par en par con un chasquido de madera seca.

Nell se agachó y agarró a Bram por el cuello.
—Arriba. Una vez más.

Lo ayudó a levantarse a pulso. Entraron tambaleándose.

La habitación era pequeña y fría. Un único sofá apolillado descansaba en el centro del cuarto, frente a una chimenea apagada.

Bram no llegó al sofá. Se desplomó sobre el suelo de piedra frente al hogar. Se acurrucó formando una bola.

—Frío —susurró—. Qué frío.

Nell lo miró. Tenía los labios azules.

—Necesito leña —dijo.

Salió corriendo al exterior. Encontró la leñera bajo una lona podrida. Estaba húmeda, pero los troncos del fondo estaban secos. Cogió un brazo lleno de ellos y volvió corriendo adentro.

Se arrodilló junto a la chimenea. Había un periódico viejo sobre la mesa y lo arrugó. Construyó una pirámide de astillas y troncos. Encendió una cerilla de la caja que había sobre la repisa.

El papel prendió. La llama lamió la madera.

—Vamos —susurró Nell—. Arde.

El fuego cobró vida con fuerza. El calor le golpeó la cara.

Se volvió hacia Bram. Seguía en el suelo. No se movía.

—Bram —dijo ella. Le tocó la cara. Fue como tocar mármol.

—Tenemos que quitarte esta ropa —dijo—. Te vas a morir de frío con la lana mojada.

Él no respondió.

Nell no dudó. Agarró las solapas de su chaqueta destrozada y se la quitó. Pesaba mucho por el agua del río. Le desabrochó la camisa. Tenía los dedos torpes por el frío, pero forzó la tela mojada hasta bajársela por los brazos.

Lo arrastró más cerca del fuego. Le quitó las botas.

Él gimió cuando ella le tocó la pierna herida. El músculo estaba duro como una piedra y sufría espasmos.

—Lo sé —dijo ella—. Lo siento.

Miró alrededor de la habitación y cogió la manta polvorienta del sofá.

Ella se quitó sus propios pantalones y camisa mojados. El aire era gélido contra su piel. Se envolvió en la manta y luego se arrodilló a su lado.

—Tenemos que levantarte —dijo—. El suelo es de piedra. Te está robando el calor.

Metió los brazos bajo sus hombros. Tiró de él.

—Ayúdame, Bram —gruñó—. Eres demasiado grande para llevarte a cuestas.

Los ojos de Bram se abrieron ligeramente. La miró. Vio el fuego. Vio la manta.

Apretó los dientes y empujó con su pierna sana. Nell tiró de él. Lograron subirlo al sofá.

Él se recostó y tembló.

Nell cogió la caja de metal del suelo, donde la había dejado caer. La puso sobre la mesa.

Miró el sofá. Era estrecho.

—Hazme sitio —dijo.

Bram se desplazó apenas unos centímetros.

Nell se subió al sofá junto a él. Se tapó con la manta cubriéndolos a ambos. Pegó su cuerpo al costado de él.

—Esto no es decoroso —masculló Bram.

—El decoro no te mantendrá con vida —dijo Nell—. Tienes hipotermia. Necesitas calor corporal.

Le rodeó la cintura con los brazos y lo sujetó con fuerza. Sentía el frío emanando de él. Hundió la cara en su cuello.

—Limítate a respirar —dijo—. El fuego calienta.

Permanecieron allí mucho tiempo. El fuego crepitaba y chasqueaba. Lentamente, los temblores cesaron. La respiración de Bram se estabilizó. Su piel empezó a sentirse cálida de nuevo.

Él movió el brazo y apretó la manta alrededor de los hombros de ella.

—Me has vuelto a salvar —susurró.

—Soy la gerente —dijo Nell contra su pecho—. Gestiono la situación.

Bram soltó un suspiro que bien podría haber sido una risa. —Eres muy mandona.

—Alguien tiene que serlo —dijo Nell—. Eres un inútil en las crisis que implican agua.

Alargó la mano y cogió la caja de metal de la mesa. La puso sobre el pecho de él.

—Ábrela —dijo—. Si vamos a morir congelados en una choza, quiero saber por qué.

La mano de Bram cubrió la de ella sobre la tapa. La abrió.

Sacó los papeles. Los sostuvo ante la luz del fuego.

Nell leyó la confesión por encima de su hombro.

—No se marchó —susurró cuando vio la carta dirigida a su madre.

—Fue un héroe —dijo Bram suavemente—. Murió intentando salvar a mi padre.

Nell apoyó la cabeza en el hombro de Bram. Por fin llegaron las lágrimas. Eran calientes y silenciosas.

—Pensé que nos había abandonado —dijo ella.

—No lo hizo —respondió Bram. Giró la cabeza y apoyó la mejilla contra el cabello de ella—. Se quedó. Al igual que tú.

Se quedaron allí tumbados a la luz del fuego. El viento aullaba fuera, pero la cabaña aguantaba.

Nell se durmió escuchando el latido del corazón de él. No soñó con el incendio. Soñó con un jardín.

Nell se despertó por un sonido que no era el viento.

Era un aullido bajo y lúgubre que resonaba por el bosque.

Se incorporó. El fuego se había consumido hasta quedar en brasas y la estancia estaba gris con la luz de la mañana.

Bram ya estaba despierto. Estaba sentado al borde del sofá e intentaba ponerse las botas. Tenía el rostro blanco de dolor.

—¿Qué es eso? —preguntó Nell—. ¿Es un lobo?

Bram miró hacia la ventana. —Es algo peor que un lobo —dijo—. Es la jauría.

—¿Qué jauría? —preguntó Nell. Apartó la manta de un tirón y se puso en pie. Se puso rápidamente sus pantalones húmedos.

—Vane tiene una jauría de perros de caza —dijo Bram—. Los usa para los zorros. Y para los intrusos.

El aullido volvió a oírse. Esta vez estaba más cerca. Era un sonido caótico de ladridos y gruñidos.

—Nos está cazando —dijo Nell.

—Sabe que estamos en la finca —dijo Bram—. Debe de haber encontrado el bote.

Se puso en pie. Su pierna falló y se agarró a la repisa para no caerse.

—¿Podemos correr? —preguntó Nell.

—Yo no puedo correr —dijo Bram—. Mi pierna no da más de sí.

Alargó la mano y cogió el rifle de caza oxidado de los ganchos que había sobre la chimenea. Comprobó la recámara.

—Tres cartuchos —dijo—. Menos es nada.

Usó el rifle como muleta. Miró a Nell.

—Coge la caja —le ordenó.

Nell agarró la caja de metal.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A las caballerizas —dijo Bram—. Están a una milla a través del bosque. Si logramos llegar a los caballos, tendremos una oportunidad. Pero tenemos que movernos ya.

—Apóyate en mí —dijo Nell.

—No —dijo Bram—. Te retrasaría. Tú corre por delante. Prepara los caballos.

—No voy a dejarte —dijo Nell.

—Nell —dijo Bram—. Si los perros nos pillan a pie, estamos muertos. Tú eres rápida. Ve a las caballerizas. Ensilla al semental negro. Tráelo de vuelta a la cresta.

—¿Y qué harás tú? —preguntó Nell.

Bram amartilló el rifle. —Mantendré el camino despejado.

—Te devorarán —dijo Nell.

—Te ganaré tiempo —dijo Bram—. ¡Vete!

El sonido de los perros llegaba ya desde justo fuera del claro.

Nell lo miró. Vio que no iba a dar su brazo a torcer.

Ella asintió una vez.

—No te mueras —dijo.

Se dio la vuelta y corrió.

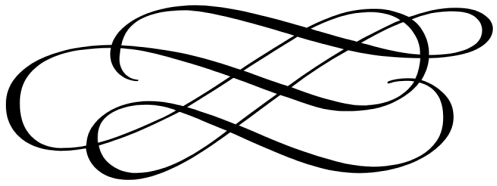
Salió disparada por la puerta y esprintó hacia la linde del bosque. Oyó a Bram salir al porche. Le oyó gritar a los perros.

Un disparo restalló en el aire.

Nell no miró atrás. Corrió con más fuerza. Corrió hasta que le ardieron los pulmones y sintió las piernas como de plomo. Corrió hacia las caballerizas y por la oportunidad de salvar al hombre que la había salvado.

Entró de golpe por las puertas del establo, cogió la brida más cercana del gancho de la pared y corrió hacia el box del semental negro, que estaba dando coces a la puerta, presa del pánico.

CAPÍTULO 10



El semental negro se llamaba Vulcan y estaba haciendo honor a su nombre intentando reducir a astillas la puerta de madera del establo de una coz. Nell esquivó un casco volador y agarró el cabezal que colgaba de la pared. No se molestó en buscar una silla, porque las sillas eran pesadas y complicadas, y tenía unos tres minutos antes de que los perros de Vane convirtieran a Bram en un recuerdo.

—¡Quieto! —le gritó Nell al caballo.

Vulcan se encabritó y sus herraduras de hierro soltaron chispas contra el suelo de piedra. Estaba aterrorizado por el sonido de los disparos y el ladrido de los sabuesos en la distancia.

Nell no retrocedió. Utilizó la misma fuerza que empleaba para doblar barras de hierro y agarró al caballo por las crines. Le bajó la cabeza de un tirón.

—He dicho que te estés quieto —le gritó directamente al oído—. Vamos a echar una carrera y, si te portas bien, no dejaré que los perros te coman.

El caballo puso los ojos en blanco, pero dejó de cocear el tiempo suficiente para que Nell le metiera el bocado en la boca y le abrochara la correa. Agarró un puñado de crines y se encaramó de un salto a su lomo.

Era como estar sentada sobre un barril de pólvora. Vulcan se espantó hacia un lado y aplastó la pierna de Nell contra la pared del establo. Ella ignoró el dolor y le dio una patada en los costados.

—¡Arre! —chilló.

El caballo salió disparado. Cruzó la puerta del establo como una exhalación y sus cascos levantaron el césped al golpear el terreno abierto. Nell se inclinó hacia delante y hundió la cara en las crines para evitar los latigazos de las ramas bajas.

Lo dirigió hacia la cresta de la colina. La pendiente era pronunciada, pero Vulcan la encaró a galope tendido. Subió la colina con fuerza, con los músculos tensándose y estirándose bajo las piernas de la joven.

Bram volvió a apretar el gatillo del rifle, pero fue un gesto inútil. La recámara estaba vacía. Le dio la vuelta al arma y la sujetó por el cañón. Serviría como un garrote decente para el primer perro, pero no detendría a los cinco hombres que subían la colina tras la jauría.

Apoyó la espalda contra el roble e intentó mantenerse erguido. Su pierna izquierda estaba ahora inservible. Sentía como si estuviera ardiendo y se negaba a sostener su peso.

Vane salió de detrás de una hilera de abedules. Estaba sonriendo. Se apoyó en su bastón y observó a los perros rodear la base del roble.

—Pareces cansado, Bram —gritó Vane—. Deberías sentarte.

—Prefiero morir de pie —dijo Bram—. Estropea menos el traje.

—La preocupación de un sastre hasta el mismísimo final —dijo Vane —. Entrega la caja y retiraré a los perros. Puede que incluso te deje marchar.

—Eres un mentiroso, George —dijo Bram—. No has dejado marchar a nadie en tu vida.

—Cierto —admitió Vane—. Pero ha sonado cortés.

Levantó la mano para dar la señal a sus hombres.

El suelo tembló.

Comenzó como una vibración en las raíces del árbol y creció hasta convertirse en un trueno que ahogó los gruñidos de los perros.

Vane giró la cabeza.

Una mancha negra surgió de entre los árboles en lo alto de la cresta.

Nell gritaba. Era un sonido de pura furia que hizo que a Bram se le erizara el vello de los brazos. Ella dirigió al semental directamente contra el círculo de perros.

Los caballos suelen temer a los perros, pero Vulcan estaba siendo guiado por una mujer más aterradora que cualquier lobo. No se desvió. Arrolló al primer sabueso y le soltó una coz al segundo.

La jauría se dispersó. Los perros aullaron y corrieron a refugiarse entre los arbustos.

Nell tiró de las riendas y el caballo se encabritó. Agitó las patas en el aire a escasos centímetros de la cara de Vane. Vane cayó de espaldas al barro con un grito de sorpresa que resultó muy satisfactorio de oír.

Nell obligó al caballo a volver al suelo y le hizo dar un giro para quedar frente al árbol.

—¡Dame la mano! —gritó.

Bram la miró. Parecía una mujer salvaje. Tenía el pelo al viento y los ojos encendidos, y parecía una reina guerrera surgida de una leyenda.

Él soltó el rifle. Se impulsó para separarse del árbol con su pierna buena.

Le agarró el antebrazo. El agarre de ella era como el hierro.

—¡Salta! —gritó Nell.

Bram apretó los dientes. Ignoró el dolor punzante de los músculos de su pierna y se impulsó hacia arriba. Aterrizó con fuerza detrás de ella sobre el lomo del caballo. Le rodeó la cintura con los brazos y entrelazó las manos.

—¡Vámonos! —gritó Bram.

No hizo falta que a Nell se lo dijeran dos veces. Espoleó de nuevo a Vulcan y el caballo se lanzó por la ladera opuesta de la cresta.

Un disparo de pistola resonó tras ellos. Una bala pasó zumbando junto a la oreja de Bram y arrancó un trozo de corteza de un pino.

—¡Están disparando! —gritó Nell por encima del viento.

—¡No dan una! —respondió Bram—. ¡Mantente entre los árboles!

Nell guio al caballo a través del denso bosque. Zigzaguearon entre los troncos a una velocidad temeraria y aterradora. Las ramas les azotaban la cara y Bram hundió la cabeza contra el hombro de Nell para protegerse los ojos.

Salieron del bosque y llegaron a la carretera principal. La grava crujió bajo los cascos.

—A la estación —dijo Bram—. El tren de Londres sale a las diez.

—¿Qué hora es? —preguntó Nell.

—Faltan tres minutos para las diez —dijo Bram.

Nell se inclinó hacia delante—. Agárrate.

Instó al caballo a ir más rápido. Vulcan estiró el cuello y corrió. El viento le arrancaba lágrimas a Nell, pero no parpadeó. Podía ver el humo de la locomotora elevándose sobre los tejados de la ciudad a lo lejos.

Galoparon por delante de la iglesia y la plaza del mercado. La gente se apartaba de un salto y se quedaba mirando a aquel loco y a la muchacha que cabalgaban juntos sobre un semental cubierto de sudor.

Llegaron a la colina que bajaba hacia la estación.

El tren estaba allí. Era una hilera de vagones verdes detenidos en el andén. El revisor recorría la línea cerrando las puertas de golpe.

Sonó el silbato. Fue un pitido largo y quejumbroso que anunciaba la partida.

—¡Se va! —gritó Nell.

—¡Alcanzalo! —rugió Bram.

Bajaron la colina como un trueno. Las herraduras del caballo soltaban chispas sobre los adoquines. Atravesaron las puertas de la estación y entraron en el mismísimo andén.

Los pasajeros gritaban y se dispersaban mientras el enorme caballo galopaba por delante de la taquilla.

El tren se movía. Las ruedas chirriaban contra la vía y el vapor blanco salía a borbotones de la locomotora.

Nell detuvo al caballo junto al último vagón. El tren estaba cobrando velocidad.

—¡Salta! —gritó Nell.

Bram le soltó la cintura. Se deslizó por la grupa del caballo en movimiento y cayó sobre el andén de madera. Tropezó, pero mantuvo el equilibrio. Agarró el asidero de la puerta del vagón.

Lanzó la caja de metal al interior y se encaramó al estribo.

Se volvió.

Nell seguía sobre el caballo. Vulcan caracoleaba hacia los lados buscando una salida.

—¡Nell! —gritó Bram—. ¡Bájate del caballo!

Nell pasó la pierna al otro lado y se dejó caer al andén. Aterrizó corriendo. El tren iba cada vez más rápido. La distancia entre ella y Bram aumentaba.

Bram se asomó desde el estribo. Le tendió la mano.

—¡Corre! —gritó.

Nell braceó con fuerza y corrió. Sus botas golpeaban la madera. Estiró el brazo.

Sus dedos se rozaron. Bram se lanzó hacia delante y la agarró por la muñeca.

Tiró de ella. Utilizó todas sus fuerzas y la subió al estribo, junto a él.

Nell chocó contra él y ambos cayeron hacia atrás dentro del vagón. Bram cerró la puerta de una patada y echó el pestillo.

Se quedaron allí tendidos en el suelo, en una maraña de extremidades y respiraciones agitadas. El suelo castañeteaba bajo ellos a medida que el tren ganaba velocidad.

Tras la ventana, el andén de la estación pasó como un borrón. Vane apareció corriendo, se quedó en el borde del andén y los vio alejarse. Levantó el puño y gritó algo que se perdió en el ruido de la máquina.

Entonces desapareció de la vista.

El tren resoplaba con más fuerza mientras subía la pendiente para salir del valle. El traqueteo de las ruedas se convirtió en un ritmo constante.

Bram rodó por el suelo y se incorporó. Apoyó la espalda contra el asiento de terciopelo. Miró a Nell.

Estaba sentada en el suelo con las piernas estiradas hacia fuera. Su pelo era un desastre y tenía la cara manchada de barro y hollín. Tenía la camisa desgarrada por el hombro.

Ella lo miró y sonrió. Fue una sonrisa amplia y temeraria que mostraba todos sus dientes.

—Hemos cogido el tren —dijo.

Bram empezó a reír. Se rió hasta que le dolieron las costillas. Se rió hasta que las lágrimas le rodaron por la cara y se mezclaron con la suciedad de sus mejillas.

—Hemos cogido el tren —asintió—. Y hemos robado un caballo.

—Me han prestado el caballo —dijo Nell—. Encontrará el camino a casa. Sabe dónde está la avena.

Bram sacudió la cabeza. Miró la caja de metal que reposaba sobre el asiento. Estaba segura. La prueba estaba a salvo.

Volvió a mirar a Nell. La risa se desvaneció y fue sustituida por una mirada de intenso alivio.

—Has vuelto —dijo.

—Me dijiste que corriera —dijo Nell—. No dijiste en qué dirección.

—Te has lanzado contra una jauría de perros —dijo Bram—. Podrían haberte matado.

—Yo tenía la ventaja de la altura —dijo Nell—. Y un caballo muy grande.

Bram estiró el brazo y le cogió la mano. Le dio la vuelta y miró el vendaje de su palma. Estaba sucio y deshilachado, pero la mano que había debajo era fuerte.

—Me has salvado —dijo—. Otra vez.

—Se me está haciendo costumbre —dijo Nell—. Se está convirtiendo en un trabajo a tiempo completo.

—La paga es terrible —dijo Bram—. Y las condiciones de trabajo son peligrosas.

—Estoy negociando un aumento —dijo Nell—. Quizá un abrigo nuevo. El mío está sirviendo para tapar una corriente de aire en la ventana de la cabaña.

Bram se llevó la mano de ella a los labios. Le dio un beso en el centro de la palma, justo sobre el vendaje. Lo mantuvo allí un largo rato.

Nell contuvo el aliento. Sintió el calor de sus labios a través del lino. Sintió cómo la barba de su barbilla le rozaba la piel.

Bram le bajó la mano, pero no la soltó. La miró a los ojos. El gris de su iris era cálido y límpido.

—Tendrás un abrigo —dijo suavemente—. Tendrás cien abrigos. Tendrás seda y terciopelo y cualquier otra cosa que desees.

—Deseo un baño —dijo Nell—. Y tal vez un sándwich.

Bram sonrió—. En Londres hay sándwiches. Y policías. Y magistrados que estarán muy interesados en el contenido de esa caja.

La ayudó a levantarse del suelo. La guio hasta el mullido asiento. Ella se sentó y apoyó la cabeza contra el respaldo.

—¿Estamos a salvo? —preguntó.

—Estamos a salvo —dijo Bram—. Vane no puede detener este tren. Y no puede detener la verdad.

Se sentó junto a ella. No le soltó la mano.

Nell miró por la ventana. Los campos verdes de Staffordshire pasaban veloces. El humo de las fábricas de Grimmstone era una mancha oscura en el horizonte que se hacía cada vez más pequeña.

Pensó en Pip, en la cabaña. Esperaba que estuviera a salvo. Esperaba que el jardinero lo encontrara y le diera el desayuno.

—Tenemos que volver a por Pip —dijo.

—Lo haremos —prometió Bram—. Una vez que Vane esté entre rejas, volveremos. Reconstruiremos la casa. La llenaremos de gente.

—Y de luz —dijo Nell—. Abriremos las cortinas.

—Sí —dijo Bram—. Abriremos todas las cortinas.

El revisor llamó a la puerta de cristal del compartimento. Se asomó con el ceño fruncido y aire suspicaz al ver sus ropas sucias.

Bram buscó en su bolsillo y sacó un soberano de oro. Lo sostuvo en alto.

—Hemos tenido un accidente de equitación —dijo Bram a través del cristal—. Necesitamos té. Y privacidad.

Al revisor se le abrieron los ojos de par en par al ver el oro. Asintió rápidamente y desapareció.

Nell soltó una risita suave—. Se te da muy bien mentir.

—Me estoy adaptando —dijo Bram.

Miró de nuevo la caja. Extendió la mano y tocó la tapa.

—Mi padre ya podrá descansar —dijo—. Y el tuyo.

—Eran amigos —dijo Nell—. Al final.

—Eran socios —dijo Bram—. Igual que nosotros.

La rodeó por los hombros con el brazo. La atrajo hacia sí. Nell no se apartó. Se acurrucó contra él. Apoyó la cabeza en su hombro.

La adrenalina se estaba desvaneciendo, dejando un cansancio profundo tras de sí. Sentía los párpados como si fueran de plomo.

—Duerme —dijo Bram—. Yo vigilaré la puerta.

—Despiértame cuando lleguemos a Londres —susurró Nell.

—Lo haré —dijo Bram.

La vio cerrar los ojos. Escuchó cómo su respiración se acompasaba. Observó el hollín en sus pestañas y el gesto decidido de su boca.

Se dio cuenta de que se había pasado diez años pensando que era un monstruo que merecía estar solo. Se había escondido en la oscuridad y se había apartado del mundo.

Pero esta chica había derribado su puerta y lo había arrastrado hacia la luz. Se había colado por un conducto de carbón, se había enfrentado al dueño de una fábrica y había cabalgado sobre un semental a través de una jauría de sabuesos por él.

Ya no era una bestia. Era simplemente un hombre que tenía mucha suerte de estar vivo.

Le apretó el hombro con el brazo, observó los campos verdes desdibujarse en una franja de color tras el cristal y escuchó el traqueteo de las ruedas que los alejaba cada vez más del humo.

CAPÍTULO 11

La casa de la ciudad de Londres era alta, blanca e imponente. Se alzaba en una hilera de casas idénticas que parecían soldados firmes en posición de atención. El carruaje que Bram había alquilado en la estación se detuvo junto a la acera y el cochero saltó para abrir la puerta.

Bram intentó bajar, pero su pierna finalmente se dio por vencida. Se desplomó sobre el pavimento como un saco de carbón.

Nell salió tras él a toda prisa. Le agarró el brazo e intentó levantarlo, pero era un peso muerto.

—¡Ve a la puerta! —le gritó al cochero.

El cochero subió los peldaños corriendo y golpeó con fuerza el aldabón de latón.

La puerta se abrió al instante. Apareció un mayordomo con cara de bulldog. Miró a Bram tendido en el suelo y luego a Nell, con sus pantalones mugrientos y su camisa rota.

—¡Santo cielo! —dijo el mayordomo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Le han disparado y han soltado a los perros tras él —dijo Nell—. Y ahora está inconsciente. Ayúdame a meterlo dentro.

El mayordomo chasqueó los dedos y dos lacayos aparecieron de entre las sombras del vestíbulo. Bajaron los peldaños a toda prisa y levantaron a Bram como si no pesara nada. Lo llevaron al interior de la casa.

Nell los siguió. Estrechaba la caja metálica contra su pecho.

El vestíbulo de entrada era cavernoso. Tenía un suelo de mármol que brillaba como el hielo y una lámpara de araña que era más grande que la casucha que acababan de dejar.

Una mujer con un severo vestido negro bajó las escaleras. Llevaba un manojo de llaves en la cintura que tintineaba con cada paso. Se detuvo al ver la procesión.

—¡Señor Thorne! —exclamó con un jadeo—. Llevadlo al dormitorio principal inmediatamente. Llamad al doctor Sterling.

Dirigió su mirada hacia Nell. Su expresión pasó de la preocupación a una fría desaprobación.

—¿Quién eres? —exigió.

—Soy Nell —dijo Nell—. Vengo con él.

—Pareces un deshollinador —dijo la mujer—. Soy la señora Hinch. Dirijo esta casa. La entrada de servicio está a la vuelta.

—No soy una comerciante ni una criada —dijo Nell—. Soy la persona que lo ha mantenido con vida durante las últimas veinticuatro horas.

Bram gimió mientras los lacayos lo subían por las escaleras. Intentó levantar la cabeza.

—Nell —dijo con voz ronca—. ¿Dónde está Nell?

—¡Estoy aquí! —exclamó Nell. Intentó seguirlo escaleras arriba.

La señora Hinch se interpuso en su camino. Era un muro de bombasí negro.

—No subirás esas escaleras en ese estado —dijo—. Arruinarás las alfombras. Si tienes que esperar, puedes hacerlo en el fregadero.

—Me quedaré con él —dijo Nell.

—Te quedarás donde yo te diga —dijo la señora Hinch. Agarró el brazo de Nell con una fuerza sorprendente—. Ven conmigo.

Arrastró a Nell hacia una puerta situada bajo las escaleras. Nell intentó soltarse, pero estaba agotada y la mujer contaba con la ventaja de la fuerza.

La señora Hinch la empujó a una pequeña habitación que no contenía más que una pila y una silla.

—Siéntate —ordenó—. No toques nada. Decidiré qué hacer contigo cuando haya llegado el médico.

Cerró la puerta de un portazo y echó la llave.

Nell se quedó allí en silencio. Miró la puerta cerrada. Le dio una patada, pero era de roble macizo y no cedió.

Se deslizó por la pared y se sentó en el suelo. Se colocó la caja metálica en el regazo. La rodeó con los brazos.

Estaban a salvo de Vane, pero habían caído de lleno en otro tipo de trampa.

Dos horas más tarde, la llave giró en la cerradura.

La puerta se abrió y entró un hombre. Era alto y delgado, y vestía un traje que costaba más de lo que Nell había ganado en toda su vida. Llevaba un maletín de cuero.

Miró a Nell sentada en el suelo. Observó la suciedad de su cara y la caja en su regazo.

—Soy el señor Sterling —dijo—. El abogado del señor Thorne. La señora Hinch me comunica que hay una golfilla callejera en el cuarto de la pila que afirma tener información.

—No soy ninguna golfilla —dijo Nell. Se puso en pie. Tenía las piernas entumecidas—. Soy Nell Halloway. Y no tengo información. Tengo pruebas.

Sterling se ajustó las gafas. —¿Pruebas de qué?

—Pruebas de que George Brown asesinó a William Thorne —dijo Nell.

Sterling se rio. Fue un sonido seco y polvoriento. —Esa es una acusación muy grave. Especialmente proviniendo de una chica que parece acabar de salir de un carbonero.

—Es que he salido de un carbonero —dijo Nell—. Allí es donde Vane escondió las pruebas.

Levantó la caja. —Está todo aquí. La confesión. La válvula. Todo.

Sterling alargó la mano hacia la caja. —Yo me haré cargo de eso. Necesito verificar el contenido antes de que impliquemos a las autoridades.

Nell retiró la caja. —No.

—¿Cómo dice? —preguntó Sterling.

—No se va a llevar la caja —dijo Nell—. Bram dijo que debe entregarse al magistrado. No dijo que debiera entregársela a su abogado.

—Yo represento al señor Thorne —dijo Sterling—. Actúo en su mejor interés.

—Entonces puede esperar a que despierte y me diga que se la entregue a usted —dijo Nell—. Hasta entonces, se queda conmigo.

El rostro de Sterling se puso rojo. —Esto es descabellado. El señor Thorne delira por la fiebre. Tiene una infección en el hombro y se le ha hinchado la pierna hasta el doble de su tamaño. No está en condiciones de dar órdenes.

—Entonces la guardaré hasta que lo esté —dijo Nell.

—Es una muchacha obstinada —dijo Sterling—. ¿Sabe quién soy? Puedo hacer que la policía se la lleve por allanamiento.

—Adelante —dijo Nell—. Llame a la policía. Les diré exactamente qué hay en esta caja y que usted ha intentado quitármela. Me pregunto qué pensarán de eso.

Sterling la miró fijamente. Se dio cuenta de que la chica sucia de los pantalones no se iba a dejar intimidar.

—Muy bien —dijo—. Puede quedarse con su caja por ahora. Pero no puede permanecer aquí. Esta es una casa respetable.

—Me quedo —dijo Nell.

Un estruendo resonó desde el piso de arriba. Sonó como si se rompiera un cristal.

Una voz rugió desde lo alto de las escaleras.

—¿Dónde está ella?

Era Bram.

Nell sonrió. —Creo que quiere verme.

Sterling miró al techo. Suspiró. —Es imposible. Incluso cuando se está muriendo, es imposible.

Se dio la vuelta y abrió la puerta. —Venga conmigo. Pero si lo altera más, la haré responsable.

Nell lo siguió fuera del fregadero y por la gran escalera principal. Caminaron por un largo pasillo flanqueado por retratos de hombres de aspecto severo.

Llegaron al dormitorio principal. La puerta estaba abierta.

La habitación era un desastre. Un jarrón yacía hecho añicos en el suelo. Las sábanas estaban enredadas.

Bram estaba sentado en la cama. Llevaba una camisa de dormir abierta por el cuello. Tenía el rostro encendido por la fiebre y el pelo alborotado. La señora Hinch y el médico estaban junto a la ventana con aspecto aterrorizado.

Bram vio a Nell y dejó de gritar. Se desplomó de nuevo contra las almohadas.

—Estás aquí —dijo él.

—Estaba en el cuarto de la pila —dijo Nell—. La señora Hinch me ha encerrado.

Bram giró la cabeza hacia el ama de llaves. Su ojo gris estaba nublado pero furioso.

—¿Ha encerrado a mi invitada en un armario? —preguntó.

—Es una sirvienta, señor —balbuceó la señora Hinch—. Mire sus ropas.

—Me dan igual sus ropas —gritó Bram—. Me salvó la vida. Ella es la razón de que esté aquí y no tirado en una zanja en Staffordshire. La

tratarás con respeto o te buscarás otro empleo.

—Sí, señor —susurró la señora Hinch.

Bram miró a Nell. Señaló la silla junto a la cama. —Siéntate.

Nell se acercó y se sentó. Colocó la caja en el suelo entre sus pies.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ella.

—Como si me hubiera pasado por encima un caballo —dijo Bram—. Pero estoy vivo.

Miró a Sterling. —¿Ha llamado al magistrado?

—Todavía no —dijo Sterling—. Tenemos una complicación.

—¿Qué complicación? —preguntó Bram.

Sterling sacó un telegrama de su bolsillo. —Esto ha llegado hace una hora. Es del jefe de policía de Grimmstone. Se lo han enviado a Scotland Yard.

Desplegó el papel.

—Dice que el señor Bramwell Thorne ha sufrido un colapso mental tras el accidente en su fábrica. Dice que, en su confusión, ha secuestrado a una joven empleada llamada Nell Halloway.

Nell jadeó. —Está mintiendo. Eso lo ha enviado Vane.

—Por supuesto que lo ha enviado Vane —dijo Bram—. Está intentando desacreditarnos antes de que podamos mostrar las pruebas.

—La cosa empeora —dijo Sterling—. Ha denunciado el robo de un valioso prototipo de válvula de sus instalaciones de almacenamiento

seguro. Afirma que usted lo robó en un arrebato de espionaje industrial.

—Lo está tergiversando todo —dijo Nell—. Está dando la vuelta a la verdad.

—Es astuto —dijo Bram—. Sabe que si la policía nos encuentra con la caja, nos arrestarán por robo y secuestro. No mirarán los papeles de dentro. Simplemente le devolverán las pruebas a Vane.

—Así que somos fugitivos —dijo Nell—. Incluso aquí.

—Especialmente aquí —dijo Sterling—. La policía de Londres ya está de camino. Quieren comprobar el bienestar de la muchacha.

Bram intentó incorporarse de nuevo. Gimió y volvió a caer. —Tenemos que irnos.

—No puede moverse —dijo el médico. Dio un paso adelante desde la ventana—. Su infección es grave. Si se mueve ahora, entrará en choque séptico.

Bram lo ignoró. —Nell. Entrégale la caja a Sterling. Él puede llevársela a un juez de su confianza.

Nell miró a Sterling. Observó su rostro delgado y su traje caro.

—No —dijo ella.

—Nell —dijo Bram—. No tenemos elección.

—Sí que la tenemos —dijo Nell—. Si le damos la caja y la policía lo detiene, se la entregará. Es un abogado. Sigue la ley.

Sterling se erizó. —Protegería los intereses de mi cliente.

—La ley dice que esta caja es propiedad robada —dijo Nell—. Usted tendría que entregarla.

Se puso de pie. —Yo me la llevaré. Puedo esconderme. Se me da bien esconderme.

—No conoces Londres —dijo Bram—. No es Grimmstone. Es un laberinto.

—Un laberinto no es más que un puzle —dijo Nell—. Resolví el de la biblioteca. Resolví el de la fábrica. Puedo resolver el de una ciudad.

—La policía busca a una chica con pantalones —señaló Sterling—. Tienen una descripción.

Nell se miró la ropa. Tenía razón. Llamaba la atención como un faro.

—Entonces necesito un disfraz —dijo.

Se volvió hacia la señora Hinch. —¿Tiene algún vestido? ¿Algo que no parezca de una viuda?

La señora Hinch miró a Bram. Bram asintió.

—Mi sobrina dejó un baúl en el desván —dijo la señora Hinch—. Es de su talla, más o menos. Contiene vestidos de paseo.

—Tráigalo —dijo Bram.

La señora Hinch salió apresuradamente de la habitación.

Bram miró a Nell. Tenía los ojos brillantes por la fiebre.

—No puedes salir ahí fuera sola —dijo él—. Vane tendrá hombres vigilando la casa.

—Saldré por detrás —dijo Nell—. Escalaré el muro del jardín. Buscaré un lugar donde esperar hasta que estés lo bastante bien como para ir tú mismo al magistrado.

—¿A dónde irás? —preguntó Bram.

—No te lo diré —dijo Nell—. Si no lo sabes, no podrás decírselo a la policía cuando te interroguen.

Bram cerró los ojos. —Odio esto. Te he traído aquí para que estuvieras a salvo.

—Me trajiste aquí para terminar la lucha —dijo Nell—. Así es como la terminamos.

La señora Hinch regresó con un fardo de seda azul. Se lo entregó a Nell.

—El vestidor está por ahí —dijo señalando una puerta lateral.

Nell entró en el vestidor. Se quitó los pantalones sucios y la camisa. Se lavó la cara y las manos en la palangana. Se puso el vestido.

Era de seda y se sentía fresca contra su piel. Tenía un corpiño ajustado y una falda con mucho vuelo que crujía cuando se movía. Se miró en el espejo.

La chica que le devolvía la mirada no era una trabajadora de fábrica. Parecía una dama. Pero sus ojos eran los mismos. Seguían siendo los ojos de una luchadora.

Recogió la caja metálica. La envolvió en la camisa sucia para ocultarla.

Volvió al dormitorio.

Bram abrió los ojos. Se quedó mirándola. Por un momento, olvidó el dolor, la policía y a Vane.

—Pareces... —comenzó.

—Parezco una chica que está a punto de trepar un muro con un vestido de seda —dijo Nell—. Es una pena arruinarlo.

—Eso no importa —dijo Bram—. Ven aquí.

Nell se acercó al borde de la cama. Bram alargó la mano y le tomó la suya. Su agarre era débil.

—Ten cuidado —dijo él—. Por favor.

—Seré un fantasma —dijo Nell—. No me verán.

Unos fuertes golpes resonaron en la puerta principal, en el piso de abajo.

—¡Abran! ¡Policía!

Sterling corrió a la ventana. —Ya están aquí. Dos agentes y un sargento.

—Vete —dijo Bram, soltándole la mano—. Vete ahora.

Nell no se despidió. Se dio la vuelta y corrió.

Salió del dormitorio y bajó por las escaleras de servicio. Podía oír al mayordomo abriendo la puerta principal y las voces graves de la policía exigiendo ver al señor Thorne.

Llegó a la cocina. La cocinera levantó la vista sorprendida, pero Nell la ignoró. Abrió la puerta trasera y salió al jardín.

Era un pequeño jardín amurallado lleno de rosas. El muro del fondo tenía casi dos metros y medio de altura.

Nell lanzó primero el fardo con la caja por encima del muro. Cayó con un golpe seco en el callejón.

Se recogió la falda. Encontró una celosía cubierta de hiedra.

Trepó. La seda se rasgó con las espinas. No le importó.

Llegó a lo más alto y se dejó caer al callejón. Cogió la caja.

Oyó cómo se abría la puerta trasera. Un policía entró en el jardín.

—¡Eh! ¡Oiga! ¡Usted!

Nell no esperó. Echó a correr por el callejón. Giró a la izquierda y luego a la derecha. Corrió hasta que los gritos se desvanecieron.

Estaba sola en Londres. La ciudad era enorme, ruidosa e indiferente.

Miró los letreros de las calles. No sabía dónde estaba.

Siguió caminando. Estrechaba la caja con fuerza.

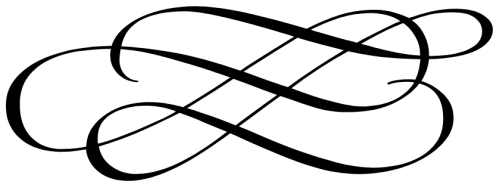
Necesitaba un lugar donde nadie buscara a una dama con un vestido de seda azul.

Vio un cartel que indicaba el Museo Británico.

Recordó que Bram le había dicho que le encantaba la quietud de las bibliotecas.

Caminó hacia las enormes columnas de piedra del museo, se mezcló entre la multitud de turistas que subían la escalinata y desapareció entre las sombras de la gran sala.

CAPÍTULO 12



La Sala de Lectura del Museo Británico era una catedral de silencio donde los únicos sonidos eran el paso de las páginas y la tos educada de los estudiosos. Nell estaba sentada ante una larga mesa de madera con una pila de gruesos anuarios legales frente a ella. Parecía una dama con su vestido de seda azul, pero sus manos contaban una historia diferente. Mantenía la palma vendada oculta en el regazo y usaba la mano izquierda para seguir los nombres en la página.

Encontró el nombre del notario que había firmado la confesión de su padre. *Thomas P. Miller. Chancery Lane.* Era real. Estaba colegiado. El documento era legal y vinculante.

Una campana resonó por toda la sala. Era un sonido agudo e intrusivo que señalaba el final de la jornada. Los bibliotecarios empezaron a circular, dando toquecitos en las mesas y susurrando que era hora de marcharse.

Nell cerró el anuario y lo devolvió al estante. Cogió la pesada caja de metal envuelta en la camisa sucia. Parecía un fardo de colada y lo apretó contra su costado para ocultar su forma.

Salió del museo y bajó los anchos escalones de piedra. La niebla de Londres había descendido, convirtiendo las farolas en globos amarillos resplandecientes que flotaban en la bruma gris.

Caminaba rápido porque no tenía a dónde ir y quedarse quieta la convertía en un blanco fácil. Se miró el vestido de seda azul. Brillaba bajo las lámparas de gas. Era un vestido precioso, pero era un faro. Les decía a todos que tenía dinero o que se lo había robado a alguien que lo tenía.

Dobló por una calle lateral cerca de Covent Garden. El mercado estaba cerrando y los mozos se gritaban unos a otros mientras cargaban los cajones vacíos en los carros. Nell vio un letrero sobre una puerta estrecha que decía: *Misión de San Judas para los Indigentes*.

Empujó la puerta y entró. El vestíbulo estaba caldeado y lleno de gente que esperaba la sopa. Una pila de ropa donada descansaba sobre una mesa cerca de la entrada.

Nell se acercó a la mesa. Una mujer con un delantal gris estaba revisando el montón.

—Necesito hacer un cambio —dijo Nell.

La mujer la miró. Se fijó en el vestido de seda azul y abrió mucho los ojos.

—¿Quieres cambiar eso? —preguntó la mujer.

—Hace demasiado frío para la seda —dijo Nell—. Necesito lana. Y la necesito ya.

La mujer no hizo preguntas. Cogió un tosco vestido marrón y un pesado chal gris del montón. Se los entregó a Nell.

—El biombo para cambiarse está en la esquina —dijo—. Deja el de seda en la silla.

Nell se fue tras el biombo. Se quitó el refinado vestido que le había dado la señora Hinch. Se puso el de lana áspera. Le quedaba suelta

y sin forma. Se envolvió la cabeza y los hombros con el chal.

Salió de allí. Ya no era una dama. No era más que otra sombra gris en una ciudad gris.

Cogió su caja y volvió a salir a la noche.

Tenía un nombre. Bram le había hablado de su tío durante la larga noche en la cabaña. *Elias Thorne. Un relojero de Clerkenwell. Odia el negocio de la fundición y es demasiado honrado para ser rico.*

Había una larga caminata hasta Clerkenwell. Nell mantuvo la cabeza baja y no se apartó de las sombras. Caminó hasta que los pies le dolieron dentro de sus finas botas.

Encontró la tienda en una calle estrecha que estaba en silencio, salvo por el tictac de un centenar de relojes que se filtraba a través de los escaparates. El letrero sobre la puerta tenía letras doradas que se estaban desconchando. *E. Thorne. Horólogo.*

La tienda estaba a oscuras. La puerta estaba cerrada.

Nell miró a ambos lados de la calle. Estaba vacía.

Se sacó una horquilla del desaliñado moño. La enderezó y dobló la punta. Se arrodilló ante la puerta y deslizó el alambre en la cerradura.

Lo movió con cuidado. La cerradura era vieja y estaba rígida. Visualizó los pistones en su interior. Buscó el clic.

La cerradura giró.

Nell empujó la puerta y se coló dentro. Una campanilla sonó sobre su cabeza. Se quedó petrificada, esperando un grito.

Silencio.

Cerró la puerta y echó la llave tras de sí.

La tienda estaba llena de relojes. Había relojes de pie, erguidos como soldados contra las paredes, y relojes de sobremesa cubriendo cada superficie. El sonido del tictac era un latido que llenaba el aire.

Nell avanzó con sigilo por el laberinto de péndulos. Vio una luz que venía de la habitación trasera.

Se dirigió hacia allí. Agarró la caja de metal con una mano y mantuvo la otra libre.

Llegó al umbral de la habitación de atrás. Un banco de trabajo estaba cubierto de engranajes y muelles. Un solo quinqué ardía sobre la mesa.

Una figura salió de las sombras.

Nell ahogó un grito y levantó la caja para asestar un golpe.

—Fuerzas las cerraduras como una profesional —dijo una voz.

Nell bajó la caja. El corazón se le detuvo y luego volvió a arrancar al doble de velocidad.

—¿Bram?

Él estaba apoyado en un armario alto lleno de esferas de reloj. Llevaba un tosco abrigo de obrero que le venía dos tallas grande y una gorra calada hasta las cejas. Tenía la cara pálida y brillante de sudor.

—Tienes un aspecto terrible —dijo Nell.

—Me siento fatal —dijo Bram—. Pero sospecho que tengo mejor aspecto que tú. Ese vestido es un crimen contra la moda.

Nell corrió hacia él. Lo agarró del brazo para sujetarlo porque se tambaleaba. Estaba ardiendo. El calor que desprendía era intenso incluso a través del grueso abrigo.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó ella—. Te dejé en la cama con un médico custodiando la puerta.

—Tengo mucha práctica escapando de mi propia casa —dijo Bram—. La entrada de la descarga de carbón es muy útil. Supuse que si tú podías trepar por un conducto de carbón, yo sin duda podría salir a rastras por la puerta de un sótano.

—¿Has venido andando? —preguntó Nell—. ¿Con esa pierna?

—He cogido un coche de caballos parte del camino —dijo Bram—. Le he pagado al conductor con mis gemelos. Parecía muy satisfecho.

Él tropezó y Nell cargó con su peso. Pesaba mucho.

—Siéntate —dijo ella—, antes de que te desplomes.

Lo guio hasta un taburete junto al banco de trabajo. Él se sentó y apoyó la cabeza contra el armario.

—Sabía que vendrías aquí —dijo Bram—. Era el único lugar seguro que mencioné.

—No pensé que me estarías esperando —dijo Nell—. Pensé que tendría que darle explicaciones a un relojero desconocido.

—Elias no es desconocido —dijo Bram—. Solo es un poco especial.

Una tabla del suelo crujió sobre sus cabezas.

Nell miró hacia arriba. —¿Está aquí?

—Vive arriba —dijo Bram—. Probablemente esté dormido. Tiene un sueño profundo, a menos que se rompa un muelle real.

—O a menos que alguien entre a robar en su tienda —dijo una voz retumbante desde la oscuridad del pasillo.

Nell se dio la vuelta rápidamente.

Un hombre estaba en el umbral. Era enorme. Tenía una barba blanca que le llegaba al pecho y sostenía un trabuco que parecía un cañón.

—¡No dispare! —gritó Nell.

El hombre salió a la luz. Miró a Nell y luego miró a Bram, desplomado en el taburete.

—¿Bramwell? —preguntó el hombre. Bajó el arma.

—Hola, tío —dijo Bram con voz débil—. Siento las horas. Parece que estamos en un pequeño aprieto.

Elias Thorne apoyó el trabuco contra la pared y se adelantó. Agarró a Bram por los hombros y le examinó la cara.

—Ardes en fiebre —dijo Elias—. Y parece que te han arrastrado por una alcantarilla.

—Ha sido una semana larga —dijo Bram.

Elias miró a Nell. Se fijó en la caja de metal que ella aferraba.

—¿Y quién es esta? —preguntó—. ¿Es la secuestradora de la que me habló la policía?

Nell se puso tensa. —No soy ninguna secuestradora. Soy Nell Halloway.

—La policía estuvo aquí hace una hora —dijo Elias—. Preguntaron si había visto a mi sobrino. Dijeron que había sido abducido por una obrera desequilibrada.

—Yo soy la chica —dijo Nell—. Pero no estoy desequilibrada. Y no lo abduje. Lo salvé.

—Ella me salvó —confirmó Bram—. Varias veces. Y en esa caja tenemos la prueba de que George Brown es un asesino.

Elias miró la caja. Miró el rostro agotado de Bram. Miró la barbilla desafiante de Nell.

—Vane —escupió Elias el nombre—. Sabía que esa serpiente acabaría mordiendo. Mató a vuestro padre y ahora intenta matarte a ti.

—Se está esforzando mucho —dijo Bram—. Pero somos más difíciles de matar de lo que cree.

Elias se dio la vuelta y cerró la puerta que daba al pasillo. Bajó las persianas de la ventana.

—No podéis quedaros aquí —dijo—. Si la policía vuelve, registrará la tienda.

—Solo necesitamos descansar —dijo Bram—. Solo unas horas. Luego iremos al magistrado.

—No llegarás al magistrado en ese estado —dijo Elias—. Necesitas un médico y necesitas un escondite que no figure en el registro policial.

Se acercó a un gran reloj de pie que había en la esquina. Abrió la puerta de cristal y metió la mano. Tiró de una palanca que estaba oculta tras el péndulo.

Toda la caja del reloj se separó de la pared. Detrás había una abertura oscura.

—El sótano —dijo Elias—. Lo construí para esconder mis mejores piezas de los ladrones. Es seco y está insonorizado.

—¿Tienes una mazmorra secreta? —preguntó Nell.

—Es un taller —corrigió Elias—. Llevadlo dentro. Iré a por mantas y agua.

Nell pasó el brazo por la cintura de Bram. —Vamos. Una caminata más.

Bram apretó los dientes y se puso en pie. Se apoyó pesadamente en ella. Caminaron hacia la puerta oculta.

Nell lo guio por los estrechos escalones de madera. El sótano era pequeño y estaba lleno de estantes con engranajes de latón y mecanismos que hacían tictac. Parecía el interior de un reloj gigante.

Ayudó a Bram a sentarse sobre una pila de sacos de lona. Él gimió y cerró los ojos.

—Estamos a salvo —susurró Nell.

Elias bajó las escaleras con una jarra de agua y una cesta de pan y se los entregó a Nell.

—Qudaos aquí —dijo—. No hagáis ni un ruido. Si alguien llama a la puerta, responderé yo. No soy más que un viejo relojero sordo que no ha visto a su sobrino en diez años.

—Gracias, Elias —dijo Bram.

—No me des las gracias todavía —dijo Elias—. Sois las personas más buscadas de Londres. Media ciudad os busca y la otra media trabaja para Vane.

Se dio la vuelta para volver arriba.

—Espera —dijo Nell—. ¿Tienes un arma?

Elias señaló el trabuco que había dejado arriba de las escaleras.

—Tengo a mi vieja Bessy —dijo—. Y tengo muy poca tolerancia a las interrupciones.

Subió las escaleras y volvió a colocar el reloj de pie en su sitio. La luz desapareció y se quedaron en la penumbra del sótano.

Nell encendió el pequeño quinqué que colgaba de la pared. La luz amarillenta parpadeó sobre los engranajes de latón.

Se sentó junto a Bram. Sirvió agua en una taza de hojalata y se la acercó a los labios.

—Bebe —dijo.

Bram bebió. Tosió y se limpió la boca.

—Estamos atrapados —dijo—. No podemos salir de este sótano sin que nos resten.

—No estamos atrapados —dijo Nell—. Estamos esperando. Tenemos la caja. Solo necesitamos una forma de hacérsela llegar a la persona adecuada.

—Sterling es la persona adecuada —dijo Bram—. Pero no puedo llegar hasta él.

—Entonces haremos que él venga a nosotros —dijo Nell.

—¿Cómo? —preguntó Bram—. No podemos enviar un mensaje. La policía vigilará el correo.

—Enviaremos un mensaje que Vane no entenderá —dijo Nell—. Enviaremos un mensaje en hierro.

Bram la miró. Tenía los ojos desenfocados, pero curiosos. —¿De qué estás hablando?

—La válvula —dijo Nell—. Mi padre se quedó la válvula. Es única. Si se la enviamos a Sterling, sabrá que es real. Sabrá que decimos la verdad.

—¿Y cómo vamos a enviar una pesada válvula de latón a la otra punta de Londres sin que nos vean? —preguntó Bram.

Nell miró los estantes que los rodeaban. Se fijó en los cientos de piezas de reloj.

—No la enviamos —dijo—. La hacemos parte de otra cosa. La ocultamos a la vista de todos.

Cogió un gran mecanismo de reloj del estante.

—Tu tío envía relojes a sus clientes todos los días —dijo—. Ponemos la válvula dentro de un reloj. Lo enviamos al despacho de Sterling. Él lo abre y encuentra la prueba.

Bram sonrió. Fue una sonrisa débil, pero fue una sonrisa.

—Eres brillante —dijo—. Y aterradora.

—Tengo recursos —dijo Nell—. Ahora duerme. Tengo un reloj que construir.

Bram cerró los ojos. Su respiración era superficial y rápida.

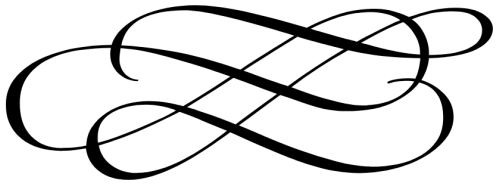
Nell lo observó un momento. Le tocó la frente. Seguía ardiendo.

Cogió la caja de metal y la abrió. Sacó la pesada válvula de latón.

Miró los engranajes sobre el banco de trabajo. Cogió un destornillador.

Trabajó durante toda la noche a la luz del quinqué, desmontando el mecanismo de un reloj de sobremesa e insertando la prueba de un asesinato en el corazón de la máquina.

CAPÍTULO 13



—Dejes caer eso —dijo Nell al entregarle el pesado paquete marrón a Elias.

El viejo relojero la miró con una expresión que sugería que acababa de insultar a sus antepasados y a sus botas. Se metió el paquete bajo el brazo y se ajustó la boina plana.

—Construí este reloj desde cero —dijo Elias—. Torneé los engranajes, pulí el latón y ajusté el muelle real. No voy a dejarlo caer solo porque vaya caminando por la calle.

—Pesa —dijo Nell—. Y el equilibrio está descompensado por la válvula de dentro.

—He tenido en cuenta el peso —dijo Elias—. Marca a la perfección. Es una obra maestra del engaño.

Bram echó la cabeza hacia atrás contra los sacos de lona. Estaba pálido a la luz del farol, pero tenía los ojos abiertos.

—Asegúrate de que le llegue a Sterling —raspó Bram—. No se lo des a un dependiente. No lo dejes en una mesa. Pónselo en las manos.

—Se lo pondré en las manos —prometió Elias—. Y le exigiré un recibo. Soy un artesano y espero que me paguen mis entregas.

Caminó hacia las escaleras. Se detuvo y los miró, acurrucados en la esquina del sótano.

—Quedaos en silencio —dijo—. Si la policía vuelve, yo ya no estaré. No abráis la puerta aunque amenacen con tirarla abajo.

—Estaremos mudos como la tumba —dijo Nell.

—Es una elección de palabras pésima —gruñó Elias—. Quedaos en silencio como un reloj parado. Es menos macabro.

Subió los peldaños de madera y empujó el reloj de pie para abrirlo. Una rendija de luz diurna cayó en el sótano y desapareció cuando el reloj volvió a su sitio. Oyeron sus pasos pesados cruzar el suelo de la tienda y luego el tintineo de la campanilla cuando la puerta principal se abrió y se cerró.

El silencio cayó sobre el sótano. Era un silencio denso que solo rompía el tictac de los cientos de mecanismos de repuesto de las estanterías.

Nell se sentó en el suelo junto a Bram. Se subió las rodillas al pecho y se rodeó las piernas con los brazos.

—Lo conseguirá —dijo.

—Es terco —dijo Bram—. Los hombres tercos suelen sobrevivir.

Se acomodó sobre los sacos y hizo una mueca. Nell alargó la mano y le tocó la frente. La piel estaba fresca.

—Se te ha pasado la fiebre —dijo.

—Se fue el calor —dijo Bram—. Ahora solo siento como si me hubiese pasado un tren por encima.

—Te tiraste de un tren —le recordó Nell—. Que te pasara por encima habría sido redundante.

Bram volvió la cabeza para mirarla. El farol proyectaba sombras alargadas sobre su rostro. No intentó ocultar las cicatrices. Simplemente la miró.

—Pareces cansada —dijo.

—Me he pasado toda la noche construyendo un reloj —dijo Nell—. Tengo derecho a estar cansada.

—Ven aquí —dijo Bram.

Nell se deslizó más cerca. Bram alargó la mano y le cogió la suya. Su agarre era débil, pero sus dedos estaban calientes.

—Antes odiaba este sonido —dijo.

—¿El tictac? —preguntó Nell.

—Los engranajes —dijo Bram—. Cuando estuve en el hospital después del incendio me sentía como una máquina. Sentía que los médicos me habían recompuesto con tornillos y alambre. Pensaba que, si me movía demasiado rápido, me partiría.

—No eres una máquina —dijo Nell—. Las máquinas no sangran.

—Me comporté como una —dijo Bram—. Me encerré en casa. Llevé el negocio por números. Traté a la gente como variables en una ecuación. Pensé que, si lo mantenía todo preciso, no me harían daño otra vez.

—Por eso te gustaba la oscuridad —dijo Nell—. En la oscuridad no se ven las grietas.

—Estaba esperando pararme —dijo Bram—. Esperaba a que se rompiera el muelle real para, por fin, terminar.

Le apretó la mano.

—Y entonces una chica se coló por mi ventana y me robó la medicina —dijo—.

Nell sonrió. —La tomé prestada—.

—Rompiste mi cerradura —dijo Bram—. Y me gritaste. Hiciste mucho ruido—.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo Nell—. Estabas demasiado ocupado compadeciéndote de ti mismo—.

—Me despertaste —dijo Bram—. Eras la llave de dar cuerda. Me giraste hasta que empecé a hacer tic-tac otra vez—.

Nell sintió cómo el rubor le calentaba las mejillas. Bajó la mirada a sus manos entrelazadas. Su mano era pequeña, áspera y manchada de aceite de reloj. La de él era grande y llena de cicatrices.

—Yo no hice nada —dijo—. Solo abrí las cortinas—.

Bram alzó la mano y le tocó la cara. El pulgar le rozó el pómulo.

—Hiciste más que eso —dijo en voz baja—. Me hiciste querer ver lo que había fuera—.

Nell miró su ojo gris. Vio allí la gratitud. Vio el afecto.

—Vamos a ganar —dijo—. Sterling verá la válvula. Lo sabrá—.

—Y luego nos vamos a casa —dijo Bram—. A Staffordshire—.

—A la mansión —dijo Nell—.

—A la casa de campo —corrigió Bram—. La mansión es demasiado grande. Creo que prefiero la casa de campo. Tiene mejor calefacción —.

—Tiene una sola habitación —dijo Nell—.

—Exacto —dijo Bram—.

Se inclinó hacia adelante. Apoyó la frente contra la de ella. Se quedaron allí, en la quietud de la oscuridad, escuchando el latido de los relojes. Era un sonido apacible.

El despacho del señor Sterling estaba en Temple Bar y lo custodiaba un auxiliar que parecía almidonado.

El auxiliar miró al anciano con delantal de obrero que sostenía un paquete envuelto en papel de estraza.

—El señor Sterling está ocupado —dijo el auxiliar—. Puede dejar su entrega en la mesa—.

—No puedo dejarla en la mesa —dijo Elias—. Mis instrucciones son específicas. Debo ponérsela en las manos—.

—El señor Sterling no recibe a comerciantes sin cita —dijo el auxiliar —.

—Entonces no verá su reloj —dijo Elias—. Y cuando pregunte por qué falta su reloj, le diré que su auxiliar se negó a aceptarlo—.

Se dio la vuelta para irse.

Se abrió la puerta del despacho interior. Sterling salió. Llevaba un expediente en la mano y tenía un gesto agobiado.

—¿Qué es este alboroto? —preguntó Sterling—. Puedo oíros gritar desde la calle—.

—Este hombre se niega a dejar el paquete, señor —dijo el auxiliar—.

Sterling miró a Elias. Miró el paquete.

—No he encargado ningún reloj —dijo Sterling—.

—Es un regalo —dijo Elias—. De un sobrino con gustos muy específicos—.

Sterling se quedó inmóvil. Miró la cara de Elias y vio el aire de familia. Vio los ojos grises.

—Entre —dijo Sterling—.

Hizo pasar a Elias a su despacho y cerró la puerta.

—¿Dónde está? —preguntó Sterling—. La policía dice que ha muerto o que lo han secuestrado—.

—Está vivo —dijo Elias—. Envía esto—.

Dejó el paquete sobre el escritorio.

Sterling cortó el cordel con un abre cartas. Arrancó el papel.

Era un reloj de repisa. Era de madera oscura y tenía una esfera blanca y sencilla.

Sterling frunció el ceño. —¿Un reloj?—

—Abre la parte de atrás —dijo Elias—.

Sterling dio la vuelta al reloj. Abrió el pestillo de latón.

Sobre el mecanismo había un papel doblado. Sterling lo cogió.

Se acaba el tiempo. Mire dentro.

Sterling miró los engranajes. Vio una pieza que no encajaba. Una pesada válvula de latón estaba calzada en la base del reloj.

Metió la mano y la sacó. Pesaba y estaba grasienta.

Miró el número de serie estampado en el lateral. *TF-1870-X.*

Fue hasta su archivador. Sacó un expediente polvoriento marcado *Fundición Thorne - Informe del incidente*. Pasó las páginas hasta encontrar el inventario del prototipo desaparecido.

Los números coincidían.

—Santo Dios —susurró Sterling—. Decía la verdad—.

—Por supuesto que decía la verdad —dijo Elias—. Es un Thorne—.

Sterling dejó la válvula sobre el escritorio. Cogió el abrigo del perchero.

—¿Dónde están? —preguntó—.

—En mi taller —dijo Elias—. En el sótano—.

—Tenemos que irnos —dijo Sterling—. Enviaré un mensajero al Old Bailey. Conozco a un juez que me debe un favor. Podemos tomarles declaración bajo juramento esta misma noche—.

—¿Le cree ahora? —preguntó Elias—.

—Creo en el latón —dijo Sterling—. El latón no miente—.

Nell estaba adormilándose con la cabeza apoyada en el hombro de Bram cuando llegó el golpeteo.

Tac-tac-tac. Pausa. Tac.

—Esa es la señal —dijo Nell. Se incorporó.

Bram agarró el borde de la estantería y se impulsó hacia arriba. Se tambaleó, pero se mantuvo en pie.

—Vámonos —dijo.

Subieron las escaleras. Nell abrió el reloj de pie.

Elias estaba allí. Sterling estaba con él.

El abogado desentonaba en la polvorienta tienda con su sombrero de seda y su bastón. Miró a Bram.

—Tienes un aspecto terrible —dijo Sterling.

—Tú tienes pinta de abogado —dijo Bram—. ¿Has conseguido el reloj?

—He conseguido la válvula —dijo Sterling—. Coincide con los registros. Lo tenemos, Bram.

Bram dejó escapar un largo suspiro. —Gracias a Dios.

—Tengo un carruaje esperando a la vuelta de la esquina —dijo Sterling—. El juez Matthews nos espera en su despacho. Solo necesitamos llevarte allí para que firmes la declaración jurada.

—Entonces vamos —dijo Nell—. Antes de que Vane se dé cuenta de que no estamos en el río.

Salieron de la caja del reloj. Elias fue a la ventana delantera para vigilar la calle.

—Parece despejado —dijo Elias—. Solo hay unas pocas personas paseando.

Alargó la mano hacia el cerrojo de la puerta principal.

Un estruendo quebró la quietud de la tienda.

Un adoquín rompió el cristal de la ventana delantera. Esquirlas de cristal salpicaron el suelo.

—¡Atrás! —gritó Elias.

Abrió los brazos para proteger a Nell.

Una botella voló por la ventana rota. Iba llena de un líquido oscuro y llevaba un trapo ardiendo atascado en el cuello.

Impactó contra la estantería de los relojes de repisa.

La botella se hizo añicos. El líquido se roció sobre la madera y el barniz.

El fuego prendió al instante con un rugido. Fue una ola de calor anaranjada que lamió la pared y devoró la madera seca de las estanterías.

—¡Fuego! —chilló Nell.

—¡Por la parte de atrás! —gritó Bram.

Se volvieron para correr hacia el pasillo que conducía a la puerta trasera.

Otro estruendo llegó desde la parte trasera de la tienda. Otra botella reventó la ventana de la cocina. Las llamas irrumpieron en el pasillo y bloquearon la salida.

—¡También están en la parte de atrás! —gritó Sterling. Tosió mientras el humo empezaba a llenar la estancia.

—¡La puerta principal! —rugió Elias.

Echó a correr hacia la puerta y corrió el cerrojo. Tiró de la manilla con fuerza.

La puerta se abrió un par de centímetros y se detuvo.

Estaba bloqueada desde fuera.

Elias se lanzó contra ella con el hombro. —¡Abridla!

Por la rendija de la puerta, Nell pudo ver a un hombre de pie en el pavimento. Sujetaba un pesado tablón de madera contra el marco. Detrás de él estaba George Brown.

Vane miró por la rendija. Su rostro estaba iluminado por el resplandor del fuego. Sonrió.

—Os dije que remataría el trabajo —dijo Vane—. Sin testigos. Sin pruebas.

—¡Está quemando una tienda en mitad de Londres! —gritó Sterling por la abertura—. ¡Está loco!

—Soy minucioso —dijo Vane—. Es un trágico accidente. Una fuga de gas. Muy común.

Hizo una seña a sus hombres. Se acercaron dos matones más y apoyaron su peso contra la puerta.

Elias empujó, pero no logró moverlos. El calor en la tienda subía a toda prisa. El barniz de los relojes burbujeaba y el aire se volvía gris y denso.

—No podemos salir —gritó Elias.

Bram miró alrededor de la tienda. El fuego se extendía por el techo. Caían de las estanterías restos ardiendo.

—El sótano —dijo Bram.

—Es una trampa —dijo Nell—. No tiene salida.

—Es de piedra —dijo Bram—. Y la puerta es de roble macizo. Contendrá el fuego un rato. Podemos esperar a los bomberos.

—Si nos quedamos aquí, arderemos ahora —dijo Elias.

Una estantería se vino abajo con un estrépito de metal y madera. Un reloj de pie cayó y se hizo añicos contra las tablas del suelo, lanzando chispas por los aires.

—¡Vamos! —gritó Bram.

Agarró la mano de Nell y la arrastró hacia el reloj de caja que ocultaba la escalera secreta.

Sterling corrió tras ellos. Tosía y se cubría la cara con un pañuelo.

Elias cogió el trabuco de la pared.

—Id vosotros —dijo Elias—. Yo aguantaré la puerta.

—¡No! —gritó Bram—. ¡Tío, métete en el sótano!

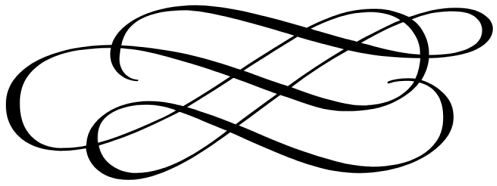
—Alguien tiene que echar el cerrojo desde dentro —dijo Elias—. ¡Id!

Empujó a Bram hacia la abertura.

Bram se precipitó a trompicones por la caja del reloj y tiró de Nell escaleras abajo con él. Sterling les siguió.

Elias los empuja de vuelta hacia las escaleras, cierra de un portazo la pesada puerta de roble contra la pared de llamas y echa el cerrojo.

CAPÍTULO 14



—Nos vamos a asar —tosió Sterling mientras se presionaba la boca con un pañuelo de seda—. Nos vamos a cocer como hogazas de pan en un horno.

—Deja de hablar de pan —dijo Elias—. Me estás abriendo el apetito y el pánico es malo para la digestión.

El calor se estaba convirtiendo en un peso físico en el sótano. El humo se filtraba bajo la pesada puerta de roble y se acumulaba en las esquinas del techo como lana gris. La puerta misma quemaba al tacto y la madera empezaba a deformarse en el marco.

Bram se sentó sobre los sacos e intentó respirar a través de la manga de su abrigo. Señaló hacia el techo.

—La rejilla —dijo—. Es la única salida.

—Ya te he dicho que está cementada —dijo Elias—. Lo comprobé el año pasado cuando el ayuntamiento volvió a pavimentar la calle. Haría falta un mazo para moverla.

—No tenemos un mazo —dijo Nell. Miró el trabuco que Elias tenía en la mano—. Pero tenemos un cañón.

Elias miró el arma. Miró la rejilla de hierro que tenían encima.

—Podría funcionar —admitió—, o puede que el disparo rebote y nos mate a todos antes que el fuego.

—Prefiero el riesgo de la bala a la certeza del incendio —dijo Sterling —. Por favor, dispara a la rejilla.

—No puedo disparar —dijo Elias—. Tengo artritis en el hombro. Si disparo este trasto directamente hacia arriba, el retroceso me romperá el brazo.

—Lo haré yo —dijo Bram. Intentó ponerse en pie, pero la pierna le falló y volvió a sentarse de golpe.

—Ni siquiera puedes mantenerte en pie —dijo Nell—. Y hacen falta las dos manos para sujetar el arma.

Caminó hacia Elias y le tendió la mano.

—Dámela —dijo.

—Pesas la mitad que el arma —dijo Elias—. Te tumbará de espaldas.

—He apuntalado vigas de acero contra la pared de una fábrica —dijo Nell—. Sé cómo manejar un culatazo. Dame el arma.

Elias vaciló y luego le entregó la pesada arma. Nell comprobó el mecanismo de disparo. Era viejo, pero el muelle estaba tenso.

—Tenemos que acercarnos —dijo—. Necesitamos una plataforma.

Trabajaron rápido. Apilaron las cajas de repuestos y los sacos de lona formando un montón bajo la rejilla. Estaba tambaleante y desigual, pero era lo bastante alto.

—Yo sujetaré la base —dijo Bram. Se arrastró hasta las cajas y rodeó la de abajo con los brazos para anclarla.

Nell subió. Las cajas se movieron bajo sus botas, pero Bram las sujetó con fuerza. Llegó arriba y se agachó. Su cabeza estaba a pocos centímetros de los barrotes de hierro.

Podía oír los sonidos de la calle. Oyó gritos y el retumbar de ruedas.

Levantó el trabuco. El cañón pesaba lo suyo. Atascó la culata contra su hombro y apoyó la espalda contra la pared de piedra del sótano.

—¡Tapaos los oídos! —gritó.

Sterling y Elias se agacharon en la esquina y se cubrieron la cabeza.

Nell miró el hierro oxidado. Apuntó a las bisagras del lado izquierdo.

Apretó el gatillo.

El estruendo fue ensordecedor. Le golpeó los tímpanos y el retroceso le sacudió el hombro como un puñetazo. El fogonazo iluminó el sótano durante una fracción de segundo.

La rejilla de hierro se desprendió del pavimento con un chirrido de metal desgarrado. Salió volando y aterrizó con un estrépito sobre los adoquines de arriba.

Los escombros llovieron sobre la cara de Nell. Polvo y trozos de piedra le cayeron en los ojos, pero sintió que una ráfaga de aire frío le rozaba la piel.

—¡Está abierta! —gritó.

Dejó caer el arma al suelo y estiró los brazos hacia arriba. Agarró el borde del pavimento. Tiró de sí misma hacia arriba.

Su cabeza asomó por el agujero en el suelo.

La calle estaba llena de humo. Una multitud de personas estaba al otro lado de la calzada viendo cómo ardía la tienda. Los bomberos

habían llegado y unos hombres con cascos de latón bombeaban agua desde una máquina de vapor.

Nell salió a gatas del agujero y rodó sobre el pavimento. Se dio la vuelta y se inclinó hacia abajo.

—¡Sterling! —gritó—. ¡Sube!

Sterling trepó por las cajas. Alargó la mano y agarró la de Nell. Ella tiró de él hasta sacarlo. Se desplomó sobre las piedras a su lado y jadeó en busca de aire.

—¡Elias! —gritó Nell.

El viejo relojero fue el siguiente. Iba más despacio, pero era fuerte. Lanzó su bolsa de herramientas primero y luego salió tras ella.

—¡Bram! —gritó Nell hacia el agujero.

Bram seguía abajo. Las cajas empezaban a humear a medida que el calor de la puerta se volvía más intenso.

Subió lentamente. Arrastró su pierna herida de una caja a la siguiente. Llegó a la caja superior.

Estiró el brazo. Sus dedos rozaron el borde del agujero.

Nell le agarró la muñeca. Elias le agarró el otro brazo.

—¡Tirad! —chilló Nell.

Tiraron. Bram apretó los dientes y se impulsó contra la pared. Se deslizó sobre el borde del pavimento justo cuando un estruendo resonó desde el sótano. Las escaleras de madera se habían derrumbado.

Se quedaron tumbados en el pavimento, hechos un montón de hollín y agotamiento.

—Estamos fuera —jadeó Sterling—. De verdad estamos fuera.

Nell se incorporó y se limpió el polvo de los ojos. Miró al otro lado de la calle.

Un carruaje negro estaba aparcado cerca de la esquina. Un hombre estaba de pie a su lado, apoyado en un bastón.

George Brown.

Estaba observando cómo las llamas consumían la tienda. Sonreía con la sonrisa de un hombre que ha ganado.

Entonces los vio.

Vio a cuatro figuras levantarse del suelo como cadáveres que regresan de la tumba. Vio a Nell allí de pie, con hollín en la cara y el resplandor del fuego reflejado en sus ojos.

Su sonrisa desapareció. Su rostro se volvió blanco.

—¡Atrapadlos! —gritó Vane. Los señaló con su bastón—. ¡Se escapan!

Tres hombres que habían estado bloqueando la puerta principal se dieron la vuelta. Vieron al grupo en el pavimento y echaron a correr hacia ellos.

—¡Mi carruaje está al final de la manzana! —gritó Sterling. Señaló un vehículo aparcado detrás de la bomba de incendios—. ¡Corred!

Corrieron.

Nell agarró el brazo de Bram y tiró de él. Cojeaba ostensiblemente, pero la adrenalina lo mantenía en movimiento. Elias corría con su bolsa de herramientas chocándole contra la pierna.

—¡Deteneos! —gritó Vane.

Se oyó un disparo. Una bala sacó chispas de los adoquines cerca de los pies de Sterling. La multitud gritó y se dispersó.

—¡Están disparando! —gritó Elias.

—¡Seguid corriendo! —gritó Bram.

Llegaron al carruaje de Sterling. El cochero miraba el incendio con la boca abierta.

—¡Abra la puerta! —le gritó Sterling a pleno pulmón.

El conductor dio un salto y se apresuró a abrir la puerta. Se zambulleron dentro. Nell empujó a Bram primero y luego a Elias. Ella entró la última y cerró la puerta de un golpe.

—¡Arree! —gritó Sterling a través de la trampilla—. ¡Al Old Bailey! ¡Y no se detenga por nada!

El cochero fustigó a los caballos. El carruaje dio un tirón hacia delante y los lanzó contra los asientos.

—Nos siguen —dijo Nell. Miró por la ventana trasera.

El carruaje de Vane bajaba la calle a toda velocidad tras ellos. Los caballos galopaban con fuerza y Vane se asomaba por la ventanilla, gritando a su conductor.

—No se rendirá —dijo Bram, que respiraba con dificultad y se apretaba la pierna—. Sabe que este es el final.

—¿Tenemos algún arma? —preguntó Nell.

—Me dejé el trabuco en el sótano —dijo Elias—. Pero me he traído mi bolsa.

Abrió el saco de lona. Estaba lleno de pesadas pesas de bronce de reloj y cinceles afilados.

—No es un arma —dijo Elias—. Pero sirve de munición.

El carruaje dio un volantazo en una esquina. Las ruedas derraparon sobre las piedras mojadas y el armazón gimió.

Nell miró por la ventana. Cruzaban a toda velocidad las neblinosas calles de Londres. Las farolas de gas se desdibujaban en estelas de luz.

El carruaje de Vane les iba ganando terreno. Era más ligero y más rápido.

—Va a embestirnos —dijo Bram—. Quiere sacarnos de la calzada.

—¡Lanza algo! —le gritó Nell a Elias.

Elias agarró una pesada pesa de bronce. Se asomó por la ventana.

El carruaje de Vane se puso a su altura. Uno de los hombres de Vane estaba colgado de la puerta con una pistola.

Elias lanzó la pesa. Surcó el aire y se estrelló contra el farol del costado del carruaje de Vane. El cristal se hizo añicos y la llama se avivó.

El pistolero se agachó y disparó a ciegas. La bala golpeó el techo de su carruaje con un golpe seco.

—¡Agachaos! —gritó Sterling. Estaba acurrucado en el suelo abrazando su maletín.

—Ya casi estamos —dijo Bram. Miró por la ventana delantera—. Puedo ver la cúpula.

El Old Bailey se alzaba ante ellos en la oscuridad. La figura de la Justicia se erguía sobre la cúpula con sus balanzas equilibradas entre la niebla.

El carruaje de Vane arremetió hacia delante. El conductor fustigó a los caballos y los dirigió contra el costado del vehículo de Sterling.

Las ruedas se engancharon.

La madera chilló contra la madera. El carruaje se sacudió violentamente.

—¡Agarraos! —gritó Nell.

Bram la agarró y tiró de ella contra sí para amortiguar el impacto.

El conductor de Vane se alejó y luego volvió a embestirlos.

La rueda trasera de su carruaje se hizo pedazos. Los radios se partieron como cerillas.

El carruaje cayó. El eje golpeó las piedras soltando una lluvia de chispas. El vehículo trompeó fuera de control.

Se deslizó de lado por la calzada. Chocó contra el bordillo y volcó.

El mundo se puso del revés. Nell sintió que caía. Golpeó contra la pared del carruaje y todo se volvió negro por un segundo.

Abrió los ojos. Estaba tumbada sobre el techo del carruaje. Bram estaba encima de ella.

—¿Estás viva? —gimió Bram.

—Eso creo —dijo Nell—. ¿Dónde está la caja?

—La tengo yo —dijo la voz de Sterling desde la oscuridad—. Estoy sentado encima.

—Tenemos que salir —dijo Elias—. Antes de que vuelvan para rematarnos.

Bram abrió la puerta de una patada. Ahora estaba sobre ellos. Salió trepando.

Se inclinó y ayudó a Nell a subir.

Se quedaron en medio de la calle. El carruaje yacía de costado como un escarabajo muerto. Los caballos se habían liberado y habían salido huyendo.

Estaban a cincuenta metros de las puertas del Old Bailey.

El carruaje de Vane se había detenido calle abajo. Vane estaba saliendo. Estaba recargando una pistola.

—Corred —dijo Bram.

Corrieron hacia las puertas.

—¡Detenedlos! —chilló Vane.

Nell no miró atrás. Vio las farolas de gas iluminando las pesadas puertas de hierro del tribunal. Vio al guardia de la policía allí de pie con expresión de asombro.

—¡Auxilio! —gritó Sterling—. ¡Soy procurador de la Corona! ¡Me persiguen hombres armados!

El guardia hizo sonar su silbato. Otros oficiales salieron corriendo de la garita.

Vane vio a la policía. Se detuvo. Se quedó allí en medio de la calle con su arma en la mano.

Miró a Bram. Miró la caja en la mano de Sterling.

Se dio cuenta de que todo había terminado.

Bajó el arma. Se dio la vuelta y caminó de regreso a su carruaje.

—Se va —jadeó Nell.

—No puede irse —dijo Bram—. Esta vez no.

Sterling corrió hacia el sargento de policía. Estaba desaliñado y cubierto de hollín, pero sostenía la caja como si fuera un escudo.

—¡Arresten a ese hombre! —gritó Sterling señalando al carruaje de Vane que se retiraba—. ¡Es George Brown y se le busca por asesinato e incendio provocado!

El sargento miró la tienda en llamas a lo lejos y el carruaje destrozado. Miró los ojos desorbitados de Sterling.

—¡Tras él! —gritó el sargento a sus hombres—. ¡Detened ese carruaje!

Los policías corrieron calle abajo haciendo sonar sus silbatos.

Nell se desplomó contra la verja de hierro de la puerta. Las piernas le fallaron y se sentó sobre las piedras frías.

Bram se sentó a su lado. La rodeó con el brazo.

—Lo hemos logrado —dijo.

—Nos hemos estrellado —dijo Nell—. Pero lo hemos logrado.

Elias se sentó sobre su bolsa de herramientas y se limpió la cara con un trapo. —Te voy a pasar la factura de ese carruaje, Sterling.

—Pásasela a Vane —dijo Sterling—. Él tiene más dinero.

Las puertas del Old Bailey se abrieron. Un hombre con toga salió apresuradamente. Era el juez Matthews.

—¿Sterling? —preguntó el juez—. ¿Qué está pasando, en nombre de Dios?

—Justicia, señoría —dijo Sterling. Le tendió la caja—. Le traemos la verdad.

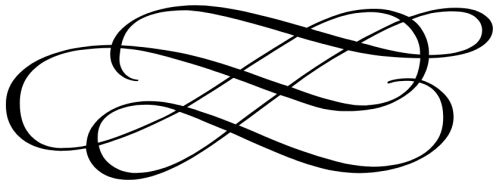
Nell miró la caja. Estaba abollada y rallada, pero estaba a salvo.

Miró a Bram. Estaba sangrando por un corte en la frente y tenía el abrigo roto, pero sonreía.

—Vamos —dijo Bram—. Entremos.

Él ayuda a Nell a ponerse en pie, la guía a través de las puertas abiertas del juzgado y suben los escalones hacia la luz del vestíbulo, donde el juez espera para escuchar su historia.

CAPÍTULO 15



Sterling ha dejado la pesada válvula de latón sobre el pulido escritorio de caoba con un golpe seco que ha hecho respingar al juez. El juez Matthews ha mirado la grasienta pieza de metal situada junto a su tintero y luego ha observado a las cuatro personas que estaban en su despacho.

—Esto es sumamente irregular —ha dicho el juez, que se ha ajustado las gafas y ha fruncido el ceño ante las manchas de hollín de su alfombra persa—. Son las tres de la mañana, parece que acaban de salir por una chimenea y han traído una pieza de maquinaria industrial a mi despacho.

—Es una prueba, señoría —ha dicho Sterling mientras abría la carpeta y ponía la confesión sobre el escritorio—. Se trata de una declaración jurada del difunto John Halloway en la que atestigua el sabotaje de la Fundición Thorne. Y esta válvula es la prueba física de que dicho sabotaje ocurrió.

El juez ha cogido el papel. Lo ha leído en silencio. El reloj de la pared avanzaba con un tictac sonoro.

—Este documento tiene diez años —ha dicho el juez.

—Ha estado oculto en un sótano tapiado durante diez años —ha dicho Bram. Ha dado un paso al frente—. Porque el hombre que lo escribió fue asesinado para mantenerlo en silencio.

El juez Matthews ha mirado a Bram. Se ha fijado en las cicatrices que tenía en el rostro y en la feroz intensidad de su mirada.

—Usted es el hijo de William Thorne —ha dicho el juez—. Conocí a su padre; era un buen hombre.

—Fue asesinado por George Brown —ha dicho Bram—. Vane ordenó el sabotaje para devaluar la empresa y poder comprarla. Mató a Halloway para borrar sus huellas. Y esta noche ha intentado quemarnos vivos para destruir esta prueba.

El juez ha mirado a Sterling. —¿Es esto cierto?

—Estábamos en el taller, señoría —ha dicho Sterling—. Vane se quedó fuera viendo cómo ardía. Ha intentado matar a un procurador de la Corona. Solo eso ya es motivo de ahorcamiento.

El juez ha dejado el papel. Ha alargado la mano hacia su pluma.

—¿Dónde está Vane ahora? —ha preguntado.

—Está huyendo —ha dicho Nell—. Ha escapado cuando ha llegado la policía.

El juez ha mojado la pluma en la tinta. Ha escrito rápidamente en una hoja de papel grueso. La ha estampado con el sello oficial del tribunal.

—Llévele esto al comisario —le ha dicho a Sterling—. Es una orden de arresto contra George Brown por dos cargos de asesinato, tres de intento de asesinato e incendio provocado. Debe ser detenido de inmediato.

Sterling ha cogido la orden. Ha esbozado una sonrisa afilada y peligrosa.

—Gracias, señoría —ha dicho Sterling—. Yo mismo se la entregaré.

—Vaya —ha dicho el juez—. Antes de que abandone la ciudad.

Sterling se ha dado la vuelta y ha salido corriendo de la habitación. Elias lo ha seguido porque quería ver a Vane esposado.

Bram y Nell se han quedado atrás. El juez los ha mirado.

—Deberían ver a un médico —ha dicho—. Parece que han pasado por una guerra.

—Así ha sido —ha dicho Bram.

Ha cogido la mano de Nell.
—Gracias, juez.

Han salido del despacho al silencioso pasillo del tribunal. Los suelos de mármol estaban fríos y las lámparas de gas se habían atenuado para la noche.

Se han sentado en un banco de madera cerca de las puertas principales.

Nell ha apoyado la cabeza contra la pared. Ha cerrado los ojos.

—¿Se ha acabado? —ha preguntado.

—Se ha acabado —ha dicho Bram—. Sterling lo encontrará. Vane no tiene a dónde ir.

—Tiene dinero —ha dicho Nell—. Puede comprar un barco.

—No puede comprar el telégrafo —ha dicho Bram—. Sterling enviará un telegrama a cada puerto de Inglaterra. Vane está atrapado.

Nell ha abierto los ojos y lo ha mirado. Él estaba sentado con los codos en las rodillas y la cabeza gacha. Parecía agotado, pero la tensión que había mantenido sus hombros rígidos durante días había desaparecido.

—Eres libre —ha dicho ella.

—Somos libres —ha dicho Bram.

Ha girado la cabeza para mirarla. Ha alargado la mano y le ha limpiado una mancha de hollín de la mejilla.

—Nunca te lo he preguntado —ha dicho—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Nell se ha mirado las manos. Estaban manchadas de aceite y suciedad.

—No lo sé —ha dicho—. Supongo que volveré a fabricar cadenas. Necesito ganarme la vida.

—No vas a volver a la sala de cadenas —ha dicho Bram—. Has terminado con las cadenas.

—Tengo que comer —ha dicho Nell—. Y tengo que alimentar a Pip.

—Yo alimentaré a Pip —ha dicho Bram—. Alimentaré a todo el orfanato si quieres.

—No quiero caridad —ha dicho Nell—. Ya te lo dije.

—No es caridad —ha dicho Bram—. Es una sociedad.

—¿Qué clase de sociedad? —ha preguntado Nell—. Tú eres el dueño de la mayor fundición del norte. Yo solo soy una chica que sabe forzar cerraduras y trepar por conductos de carbón.

—Eso suena a un conjunto de habilidades muy útiles —ha dicho Bram—. Tengo muchas puertas cerradas que necesitan ser abiertas.

Nell ha sonreído. —Eres ridículo.

—Hablo en serio —ha dicho Bram—. No puedo llevar ese lugar solo. Lo intenté y me convertí en un ermitaño. Necesito a alguien que vea

las cosas que a mí se me pasan. Alguien que no tenga miedo de decirme cuándo me estoy comportando como un idiota.

—Eso es un trabajo a tiempo completo —ha dicho Nell.

—La paga es excelente —ha dicho Bram—. Y prometo que el uniforme no incluirá pantalones.

—Me gustan los pantalones —ha dicho Nell—. Son cómodos.

—Entonces llevarás pantalones —ha dicho Bram—. Podrás llevar lo que te dé la real gana.

Un revuelo en la entrada principal los ha hecho levantar la vista.

Las puertas se han abierto de golpe. Un grupo de agentes de policía ha entrado. En el centro del grupo estaba George Brown.

Estaba esposado. Su elegante abrigo estaba roto y había perdido el sombrero. Parecía pequeño, furioso y muy ordinario.

Ha visto a Bram y a Nell sentados en el banco. Se ha detenido.

La policía ha intentado empujarlo hacia delante, pero él se ha plantado.

—Crees que has ganado —ha escupido Vane—. Pero no tienes nada. Yo construí esta ciudad. Soy el dueño del hierro.

Bram se ha levantado. Se ha acercado a Vane. Ha mirado con desprecio al hombre que le había arruinado la vida.

—Tú no eres el dueño del hierro —ha dicho Bram—. El hierro pertenece a la gente que lo forja. No eres más que un ladrón al que han pillado.

—Estaré fuera por la mañana —ha dicho Vane—. Tengo amigos en las altas esferas.

—Tus amigos están leyendo la orden de arresto en este mismo momento —ha dicho Bram—. Estarán quemando tus cartas y olvidando tu nombre. Estás solo, George.

El rostro de Vane se ha contraído. Se ha abalanzado sobre Bram, pero la policía lo ha retenido.

—Llévenselo —ha dicho el sargento.

Han arrastrado a Vane por el pasillo hacia los calabozos. Gritaba amenazas hasta que la pesada puerta de hierro se ha cerrado de golpe y ha acallado su voz.

Bram lo ha visto marcharse. Ha respirado hondo y ha soltado el aire.

—La Bestia ha muerto —ha dicho en voz baja.

—Larga vida al rey —ha dicho Nell.

Bram se ha vuelto hacia ella. Le ha tendido la mano.

—Vámonos a casa —ha dicho.

—¿A la fábrica? —ha preguntado Nell.

—A la fábrica —ha dicho Bram—. Tenemos que decirles a los hombres que la guerra ha terminado. Y tenemos que revisar los hornos. Sospecho que han estado descuidados.

Nell le ha cogido la mano. Se ha puesto en pie. Tenía las piernas cansadas, pero el corazón ligero.

Sterling ha bajado corriendo por el pasillo. Agitaba un fajo de papeles.

—¡Ya está hecho! —ha gritado Sterling—. Los activos están congelados. Las patentes han sido devueltas. Es usted un hombre muy rico, señor Thorne.

—Eso está bien —ha dicho Bram—. Porque le debo a Elias un taller lleno de relojes.

—Y un carruaje —ha dicho Elias al entrar detrás de Sterling—. No te olvides del carruaje.

—Os compraré un taller nuevo —ha dicho Bram—. Y un carruaje nuevo. Y a Sterling le compraré un sombrero nuevo.

Sterling se ha tocado el pelo manchado de hollín. —Eso se agradecería.

Bram ha mirado a Nell.

—Y tú —le ha dicho a ella—. ¿Qué quieres?

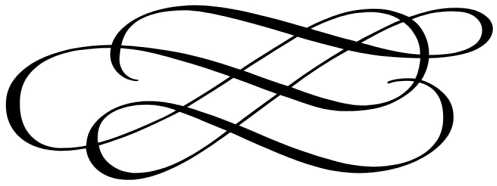
Nell ha mirado al hombre al que había salvado. Ha mirado las cicatrices que ya no estaban ocultas.

—Quiero desayunar —ha dicho ella.

Bram se ha reído. —Pues a desayunar se ha dicho.

La ha rodeado con el brazo por la cintura, la ha guiado hacia las puertas del juzgado y han bajado los escalones bajo la luz gris del amanecer londinense.

CAPÍTULO 16



El silbato del tren anunció entre alaridos su llegada a la estación de Grimmstone y el sonido resonó en las paredes de ladrillo ennegrecido como un disparo de advertencia. Nell se sentó en el asiento de terciopelo frente a Bram y vio pasar por la ventanilla los familiares tejados manchados de hollín. Se alisó la falda de su vestido de lana prestado, que ya estaba sucio del viaje y arrugado por el largo trayecto hacia el norte.

—Ya hemos vuelto —dijo Bram. Miraba por la ventana con una expresión extraña en el rostro, una mezcla de alivio y pavor.

—El héroe conquistador regresa —dijo Nell—. ¿Crees que habrá una banda de música?

—Espero que no —respondió Bram—. Me duele la cabeza y no tengo humor para tubas.

El tren se detuvo con un siseo. El vapor brotó junto a la ventanilla y ocultó el andén por un momento. Cuando se despejó, Nell vio a una multitud.

El andén estaba atestado de gente. Había hombres con chisteras y cadenas de mando. Había policías formados en filas. Había damas con sombrillas, a pesar de que no se veía ni rastro de sol.

—Parece que tienes un comité de bienvenida —dijo Nell.

—Son buitres —dijo Bram—. Se han enterado de las noticias sobre Vane y ahora quieren asegurarse de estar en el bando ganador.

Se levantó y cogió su bastón. Miró a Nell.

—Quédate cerca de mí —dijo—. Esto va a ser un circo.

Bajaron del tren. En el instante en que el pie de Bram tocó el andén, estalló un vitoreo. Fue un sonido fuerte y rudo que hizo que Nell se sobresaltara.

El alcalde de Grimmstone se abrió paso hasta el frente. Era un hombre orondo de cara roja y una banda que parecía apretarle demasiado.

—¡Señor Thorne! —tronó el alcalde—. ¡Bienvenido a casa! ¡Un regreso triunfal, sin duda! ¡Se ha hecho justicia!

Agarró la mano de Bram y la estrechó con energía.

—Gracias, alcalde —dijo Bram—. Me alegro de estar de vuelta.

—Tenemos un carruaje esperando —dijo el alcalde—. Y una recepción en el Ayuntamiento. El consejo está ansioso por discutir el futuro de la fundición ahora que el... desafortunado asunto con el señor Vane se ha resuelto.

Cogió a Bram del brazo y lo dirigió hacia la salida de la estación. La multitud se abalanzó hacia delante.

Nell intentó seguirlo, pero un muro de abrigos negros se cerró tras Bram. La empujaron hacia atrás. Un policía se interpuso ante ella.

—Abran paso —dijo el policía—. Despejen el camino para la comitiva oficial.

—Voy con él —dijo Nell. Intentó agacharse bajo su brazo.

—Atrás, señorita —dijo el policía. Observó su tosco vestido de lana y su pelo desordenado—. El servicio sale por la puerta trasera.

Nell se detuvo. Miró el mar de espaldas que se alejaba de ella. Vio la coronilla de Bram mientras el alcalde y los concejales lo arrastraban. Él miró hacia atrás una vez, frunció el ceño e intentó detenerse, pero el alcalde hablaba a voz en grito y tiraba de él hacia el carruaje que esperaba.

Bram desapareció entre la multitud.

Nell se quedó sola en el andén. El vapor de la locomotora arremolinaba alrededor de sus botas.

Recogió su pequeño bolso y caminó hacia la puerta trasera.

—Bienvenida a casa, Nell —susurró al aire vacío.

El camino cuesta arriba hasta la mansión fue largo y empinado. Los adoquines estaban resbaladizos por la eterna humedad del norte y las botas de Nell eran finas. Llegó a la entrada de servicio en la parte trasera de la casa y entró.

La cocina estaba cálida. Pip estaba sentado a la mesa de pino fregada comiendo un cuenco de gachas. Levantó la vista cuando ella entró y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¡Nell! —gritó. Saltó del banco y corrió a abrazarla.

Nell soltó su bolso y lo apretó fuerte contra ella. Lo sentía sólido y real.

—Has vuelto —dijo Pip—. El jardinero dijo que estabas en Londres. ¿Viste a la reina?

—Vi a un juez —dijo Nell—. Es casi lo mismo.

Se apartó y lo miró—. ¿Estás comiendo lo suficiente? Te veo delgado.

—Lo como todo —dijo Pip—. La cocinera hace unas gachas muy ricas. Pero te echaba de menos.

—Yo también te he echado de menos a ti —dijo Nell.

Miró alrededor de la cocina. Estaba limpia y ordenada. Las sartenes de cobre brillaban en la pared. Era un lugar de trabajo. Era un lugar para el servicio.

Se dio cuenta entonces de que no podía quedarse.

En Londres había sido la compañera de Bram. Habían luchado codo con codo. Habían dormido juntos en el suelo. Pero aquí en Grimmstone, las líneas estaban trazadas en piedra. Él era el amo de Industrias Thorne y ella era la chica que fregaba sus suelos.

No podía volver a eso. No podía observarlo desde las sombras mientras él agasajaba al alcalde en el comedor.

—Voy a recoger mis cosas —dijo Nell.

—¿A recoger? —preguntó Pip—. ¿Nos vamos a alguna parte?

—Yo me voy —dijo Nell—. Tú puedes quedarte aquí. El señor Thorne cuidará de ti. Lo prometió.

—Quiero ir contigo —dijo Pip.

—Aún no sé a dónde voy —dijo Nell—. Necesito encontrar trabajo. En cuanto me asiente, vendré a por ti.

—Pero el señor Thorne ha vuelto —dijo Pip—. Él lo arregló todo. El hombre malo está en la cárcel.

—El hombre malo está en la cárcel —asintió Nell—. Pero eso no significa que este sea mi sitio.

Caminó hacia las escaleras que bajaban al sótano.

—La fábrica se está comportando raro —dijo Pip.

Nell se detuvo. Se dio la vuelta.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Hoy estaba junto al río —dijo Pip—, tirando piedras. Vi al hombre grande. El que tiene una cicatriz en el cuello.

—¿Kruger? —preguntó Nell—. ¿El capataz de Vane?

—Sí —dijo Pip—. Estaba en las puertas de la fábrica. Las estaba cerrando. Con una cadena enorme.

—Eso es normal —dijo Nell—. El turno cambia a las seis.

—Eran las dos de la tarde —dijo Pip—. Y mandó a todos los trabajadores a casa. Les gritó que se largaran. Dijo que el dueño había ordenado el cierre.

Nell frunció el ceño—. Bram no ha ordenado ningún cierre. Quiere aumentar la producción.

—Y el humo no es el de siempre —añadió Pip.

—¿El humo?

—Es amarillo —dijo Pip—. Como el azufre.

Nell sintió un nudo frío en el estómago. El humo amarillo significaba que la mezcla en el alto horno era demasiado rica. Significaba que las válvulas de presión estaban cerradas pero el calor seguía aumentando.

—¿Has oído algo? —preguntó Nell.

—Un zumbido —dijo Pip—. Como una abeja gigante. Se hacía cada vez más fuerte.

Nell soltó su bolso.

—Quédate aquí —dijo—. No salgas de esta cocina.

—¿A dónde vas?

—Tengo que comprobar la fábrica —dijo Nell.

Salió corriendo por la puerta de atrás. Esta vez no caminó. Corrió.

Corrió colina abajo, pasando por las hileras de casitas de los obreros. Las calles estaban tranquilas. Demasiado tranquilas. Faltaba el estruendo habitual de la maquinaria de la fábrica.

Llegó a la orilla del río. Miró al otro lado del agua, hacia la Fundición Thorne.

Las chimeneas vomitaban un espeso humo amarillo que flotaba a ras del agua. El aire sabía a ácido.

Nell corrió hacia las puertas principales. Una pesada cadena rodeaba los barrotes, asegurada con un candado nuevo.

—¡Hola! —gritó—. ¿Hay alguien ahí dentro?

El silencio fue su única respuesta.

Pero bajo el silencio había un sonido. Un zumbido bajo y vibrante que hacía temblar el suelo bajo sus pies. Era el sonido de una caldera alcanzando su límite.

Miró los manómetros visibles a través de la ventana de la sala de control. Las agujas estaban hundidas en la zona roja.

Era una bomba.

Vane no solo había intentado quemar las pruebas en Londres. Había dejado órdenes a sus hombres en Grimmstone. Si él no podía tener la fábrica, se aseguraría de que Bram tampoco la tuviera. Iba a borrarla del mapa.

Y Bram estaba en el Ayuntamiento. Estaba dando apretones de manos y bebiendo jerez mientras su legado se convertía en un cráter.

Nell se dio la vuelta y salió disparada de vuelta al pueblo.

El Ayuntamiento resplandecía de luz. Había carruajes alineados en el exterior y el sonido de aplausos corteses se filtraba por las ventanas abiertas.

Nell subió corriendo los escalones. El portero se interpuso en su camino.

—Usted no puede entrar —dijo—. Es un acto privado.

—Necesito ver al señor Thorne —jadeó Nell—. Es una emergencia.

—El señor Thorne está dando un discurso —dijo el portero—. No va a ser molestado por mendigas.

Nell no se paró a discutir. Se escurrió bajo su brazo y empujó las pesadas puertas de roble.

Irrumpió en el salón del banquete.

La sala estaba llena de gente vestida de etiqueta. Estaban sentados en largas mesas cubiertas de lino blanco. En la mesa presidencial, Bram estaba de pie con una copa de champán en la mano. Parecía aburrido y cansado.

La sala quedó en silencio cuando Nell entró corriendo. Estaba sudorosa y cubierta del polvo del camino; tenía un aspecto salvaje.

—¡Bram! —gritó.

Bram soltó la copa. Se hizo añicos en el suelo. Se apartó de la mesa.

—¿Nell?

—La fábrica —gritó Nell—. Kruger ha cerrado las puertas. El humo es amarillo. La presión está en el límite.

El alcalde se levantó—. ¡Jovencita! ¡Cómo se atreve a interrumpir esta celebración!

Bram lo ignoró. Saltó sobre la mesa y aterrizó frente a Nell.

—¿Humo amarillo? —preguntó.

—Y el zumbido —dijo Nell—. Está silbando, Bram. Va a estallar.

—Las válvulas —dijo Bram—. Debe de haber bloqueado las válvulas de escape.

—Tenemos que abrirlas —dijo Nell—. Ahora.

Bram se volvió hacia la sala.

—¡Salgan! —rugió—. ¡Salgan del pueblo! ¡Vayan a las tierras altas!

Los invitados lo miraron confusos.

—¡Corran! —gritó Bram.

Agarró la mano de Nell y salieron corriendo del salón. Bajaron los escalones y saltaron a la calle.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Bram mientras esprintaban hacia la fábrica.

—Minutos —dijo Nell—. Quizá menos.

Llegaron a las puertas. Bram no se molestó con la cerradura; trepó por el pilar de ladrillo y saltó por encima. Nell se coló por un hueco en los barrotes donde un carruaje los había golpeado hace años.

Cruzaron el patio corriendo. El calor que emanaba del edificio principal era intenso. El suelo vibraba con tanta fuerza que a Nell le castañeteaban los dientes.

Llegaron a las puertas de la sala del horno. Estaban atrancadas desde fuera.

Bram agarró una pesada barra de hierro que había en el suelo. Golpeó la madera de la puerta cerca del pestillo. Golpeó una y otra vez hasta que la madera se astilló. De una patada, abrió la puerta.

Entraron.

El ruido era ensordecedor. El estruendo del vapor atrapado sonaba como un motor a reacción. El aire estaba lleno de vapor y polvo amarillo.

—¡El escape manual! —gritó Bram por encima del estruendo—. ¡En la pasarela superior!

Señaló una pasarela metálica a nueve metros del suelo, que pasaba justo al lado de la caldera principal.

—¡Yo iré! —gritó Nell.

—¡No! —Bram la agarró del brazo—. Hacen falta dos personas. Una para sujetar el cierre y otra para girar la rueda. Vamos juntos.

Corrieron hacia las escaleras metálicas. La barandilla quemaba al tacto. Subieron.

El calor aumentaba con cada paso. Nell sentía que se le chamuscaba el pelo. Sentía la piel tirante y seca.

Llegaron a la pasarela. La caldera vibraba con tal violencia que la rejilla metálica bajo sus pies saltaba.

Alcanzaron la válvula de escape. Era una enorme rueda de hierro del tamaño de la de un carro. Una gruesa cadena de acero la rodeaba y estaba cerrada con un candado.

—¡La llave! —gritó Nell.

—¡No hay llave! —gritó Bram—. ¡Atrás!

Levantó la barra de hierro que traía del patio. Golpeó el candado.

Clang.

El candado resistió.

Golpeó de nuevo. Concentró toda la fuerza de su espalda en el golpe. Arreó al candado con un grito de esfuerzo.

El metal se partió. La cadena se desprendió.

—¡Gírala! —gritó Bram.

Ambos agarraron la rueda. El metal estaba hirviendo. Nell se envolvió las manos con las mangas.

Tiraron.

La rueda no se movió. Estaba agarrotada por el calor y la presión.

—¡A la de tres! —gritó Bram—. ¡Una! ¡Dos! ¡Tres!

Hicieron fuerza. Nell apoyó el pie contra la barandilla y empujó. Bram echó todo su peso contra los radios.

La rueda gimió. Giró un centímetro.

Un chorro de vapor salió disparado por la junta. Escaldo la mejilla de Nell, pero ella no soltó.

—¡Sigue! —rugió Bram.

Giraron de nuevo. Y otra vez.

La rueda cedió.

Una columna masiva de vapor blanco salió disparada por el respiradero de escape del tejado. El sonido fue como si el mundo se rasgara por la mitad.

La presión en la caldera cayó al instante. La vibración cesó.

Nell se desplomó contra la barandilla. Se deslizó por la rejilla hasta el suelo. Jadeaba buscando aire que no quemara.

Bram se dejó caer a su lado. Apoyó la cabeza contra la tubería.

Se quedaron allí sentados, entre el vapor y el ruido, mientras la fábrica dejaba de gritar poco a poco.

El silencio regresó y Bram miró a Nell. Tenía la cara roja y cubierta de sudor. Su traje de gala estaba arruinado.

—Lo hemos logrado —dijo con dificultad.

—No hemos volado por los aires —dijo Nell.

Bram empezó a reírse. Era un sonido histérico—. No hemos volado por los aires.

Alargó la mano y la atrajo hacia sí en un abrazo. Enterró la cara en su cuello.

—Has vuelto —dijo—. Te ibas y has vuelto.

—He oído un ruido —dijo Nell—. No podía dejar que perdieras tu hierro.

—Al diablo con el hierro —dijo Bram—. Pensé que te había perdido a ti.

Se apartó y la miró.

—¿Por qué estabas recogiendo tus cosas? —preguntó.

—Porque no pertenezco a la mansión —dijo Nell—. No soy una dama, Bram. Soy una fabricante de cadenas.

—Eres la mujer que acaba de salvar al pueblo —dijo Bram—. Tu sitio está donde esté yo.

—Eso es fácil de decir en una sala de calderas —dijo Nell—. Es más difícil decirlo en un salón de baile.

—Pues lo diré en el salón de baile —dijo Bram—. Lo diré en la calle. Lo gritaré desde el tejado del Ayuntamiento.

Se levantó y la ayudó a ponerse en pie.

—Ven conmigo —le dijo.

—¿A dónde? —preguntó Nell.

—A terminar el discurso —dijo Bram.

Bajaron las escaleras y salieron de la fábrica. El aire fresco de la noche se sentía como una bendición.

Caminaron de vuelta por el pueblo. Los invitados estaban en la calle, con aspecto confundido y asustado. El alcalde se retorcía las manos.

Vieron a Bram y a Nell caminar hacia ellos. Cubiertos de hollín. Con el pelo revuelto. Vivos.

Bram se acercó al alcalde.

—Ha pasado el peligro —dijo Bram—. La fábrica está a salvo.

—¡Señor Thorne! —jadeó el alcalde—. ¿Qué ha ocurrido?

—Sabotaje —dijo Bram—. Pero mi socia lo ha arreglado.

Puso su brazo alrededor de los hombros de Nell y la adelantó.

—Esta es Nell Halloway —dijo Bram—. Ella es la razón por la que todos seguimos aquí plantados. Ella es la razón por la que Industrias Thorne existe.

La multitud miró a Nell. Ella se mantuvo erguida, sin bajar la mirada.

—Y —continuó Bram—, ella es la nueva gerente de la Fundición Thorne. Cualquier orden pasa por ella.

Nell lo miró conmocionada—. ¿Gerente?

—Conoces las máquinas mejor que yo —dijo Bram—. Y se te da mejor escalar.

—Acepto —dijo Nell.

—Bien —dijo Bram.

Miró a la multitud.

—La fiesta ha terminado —dijo—. Id a vuestras casas. Mañana tenemos trabajo que hacer.

Se dio la vuelta y se alejó hacia la mansión con Nell a su lado.

La multitud se apartó para dejarles paso. Esta vez no por miedo, sino por respeto.

Subieron la colina en silencio. El humo amarillo había desaparecido del cielo y las estrellas empezaban a asomar.

Llegaron a la puerta de la cocina. Pip los estaba esperando, sujetando un cucharón como si fuera un arma.

—¿Lo habéis arreglado? —preguntó Pip.

—Lo hemos arreglado —dijo Nell.

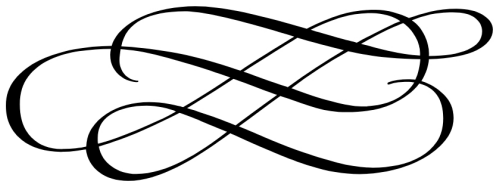
Miró a Bram.

—No voy a recoger nada —dijo.

—Lo sé —dijo Bram—. Estás en casa.

Abrió la pesada puerta de madera, los invitó a entrar en el calor de la cocina y dejó la noche encerrada afuera.

Capítulo 17



El silencio en la planta de la fábrica era más pesado que el ruido. Cincuenta hombres permanecían junto a sus puestos con los brazos cruzados y los rostros manchados de hollín y escepticismo. Miraban las máquinas y luego miraban a Nell, que estaba de pie en la plataforma metálica elevada donde solía estar el capataz.

Nell se alisó el frente de su falda de lana gris. Sabía lo que ellos veían. Veían a una chica que solía barrer los suelos. Veían a la favorita del jefe, a la que le habían dado un cargo que no se había ganado.

—El señor Thorne dice que usted es la gerente —dijo el Gran Davey. Era un hombre gigantesco que manejaba el horno número cuatro y tenía unos brazos como troncos de árboles—. Dice que ahora recibimos órdenes de usted.

—Así es —afirmó Nell.

—No aceptamos órdenes de faldas —sentenció Davey. Una oleada de risas recorrió la sala—. Sin ofender, Nell, pero eres una barrendera. No sabes de hierro.

—Sé que la correa de alimentación de tu horno está desalineada —dijo Nell.

Las risas cesaron. Davey frunció el ceño y volvió a mirar su máquina.

—La correa está bien —dijo él—. Lleva semanas traqueteando. Solo es que es vieja.

—No es vieja —replicó Nell—. Está desviada de su raíl algo más de un centímetro. Si la haces funcionar a plena presión hoy, se romperá y te arrancará el brazo.

Bajó por las escaleras metálicas. Sus botas resonaron sobre la rejilla. Los hombres se apartaron para dejarla pasar, pero aún no parecían impresionados.

Nell se acercó al horno número cuatro. Observó la pesada correa de cuero que movía los fuelles. Estaba vibrando contra el riel de protección.

—Dame tu llave inglesa —pidió Nell.

Davey vaciló y luego le entregó la pesada herramienta de hierro. Estaba grasienta y caliente.

Nell no pidió ayuda. Agarró el perno de tensión en la base de la máquina. Utilizó el peso de su cuerpo para apoyarse en él. Había pasado años cargando cubos de carbón y fregando suelos de piedra, y sus músculos eran fuertes.

El perno soltó un quejido de metal oxidado. Nell apretó los dientes y empujó.

El perno giró.

Ajustó el engranaje de alineación y volvió a apretarlo. El traqueteo cesó al instante. La correa funcionaba suave y uniforme.

Nell le devolvió la llave a Davey.

—No era vieja —dijo—. Era falta de mantenimiento.

Davey miró la máquina. Miró la correa que funcionaba en silencio. Miró a Nell.

Asintió una vez. Fue un movimiento sutil, pero suficiente.

—Comprobad la presión en el número cinco —le gritó Davey al hombre que tenía al lado—. La gerente dice que hoy trabajamos a todo vapor.

Los hombres volvieron a sus tareas. El estrépito de la fábrica se alzó a su alrededor como una canción familiar.

Nell soltó un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Caminó de vuelta a la oficina con la cabeza alta. Se había ganado a la planta. Ahora solo tenía que ganar la guerra.

Sterling llegó a la mansión justo antes del almuerzo. Parecía fuera de lugar en el campo con su traje de Londres y sus zapatos relucientes. Encontró a Bram y a Nell en la biblioteca.

Bram estaba tumbado en el diván con su pierna herida apoyada en un cojín. Nell estaba sentada al escritorio, rodeada de pilas de registros de producción.

—Pareces cómodo —dijo Sterling mientras dejaba su maletín sobre la mesa.

—Estoy sufriendo una agonía —respondió Bram—. Siento la pierna como si me la estuviera masticando un lobo. Por favor, dime que traes buenas noticias.

—Traigo noticias —dijo Sterling—. No estoy seguro de si se pueden considerar buenas.

Se sentó y abrió su maletín.

—Vane alega demencia —anunció.

Bram se incorporó y soltó una mueca de dolor cuando su pierna protestó. —¿Demencia? ¡Está tan cuerdo como yo! Planeó cada movimiento. Contrató matones. Compró acciones.

—Afirma que el vapor le hablaba —dijo Sterling—. Dice que oía voces en las tuberías que le decían que purificara el hierro. Sus abogados sostienen que no puede ser considerado responsable de sus actos.

—Qué conveniente —dijo Nell desde el escritorio—. ¿También le dijeron las voces que transfiriera sus activos a una cuenta bancaria suiza antes de intentar quemarnos vivos?

Sterling sonrió. —Exactamente mi punto. Un loco no protege sus inversiones con semejante cautela.

—Si gana —dijo Bram—, ¿qué pasa?

—Irá a un sanatorio confortable durante unos años —respondió Sterling—. Y conservará la vida. Y, posiblemente, sus acciones en la compañía.

—No se quedará ni con una sola acción —sentenció Bram—. Yo mismo lo sacaré a rastras del sanatorio.

—No hace falta que lo saquemos a rastras de ninguna parte —dijo Nell. Cogió un pesado libro de contabilidad—. Solo tenemos que demostrar que sabía lo que hacía con las máquinas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sterling.

—A los registros de producción —explicó Nell—. He estado revisando los cuadernos de Vane de los últimos seis meses. Mirad esto.

Abrió el libro y señaló una columna de números.

—Aquí —dijo—. Las válvulas de presión se forzaron al noventa por ciento de su capacidad en estas fechas. Eso es peligrosamente alto. Existe el riesgo de que revienten las juntas.

Pasó la página.

—Pero luego, aquí —continuó—, dos semanas después, bajó la producción al veinte por ciento. Prácticamente apagó los hornos. Eso arruina el hierro. Si dejas que la mezcla se enfríe tanto, se vuelve quebradiza. Ningún maestro del hierro haría eso por accidente.

Sterling observó las cifras. Sacó una pequeña libreta de su bolsillo y comprobó una lista de fechas.

—Santo Dios —susurró Sterling.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bram.

—Las fechas —dijo Sterling—. Nell, esas fechas de alta presión coinciden exactamente con las semanas en que los precios del acero estaban en su punto máximo. Estaba inundando el mercado para aprovechar el alza. ¿Y las fechas de baja presión? Fueron durante las caídas del mercado.

—No es que estuviera fabricando mal hierro —comprendió Bram—. Estaba manipulando la oferta.

—Exacto —asintió Sterling—. Estaba creando escasez artificial para hacer subir el precio antes de vender su reserva. Eso no es obra de un hombre que oye voces en el vapor. Es la obra de un manipulador de mercados frío y calculador.

—Así que no está loco —concluyó Nell—, solo es un tramposo.

—Y un estafador —añadió Sterling—. Puedo armar un caso con esto. Puedo demostrar que estaba tomando decisiones financieras racionales basadas en datos de mercado complejos hasta el mismo

día en que fue arrestado. Esto echa por tierra el alegato de demencia.

—Hazlo —ordenó Bram—. Quiero que lo cuelguen, Sterling. Quiero que sepa que perdió porque fue menos inteligente.

—Regresaré a Londres en el tren de la tarde —dijo Sterling—. Tú limítate a que esa pierna se cure. Parece que la gerente me ha proporcionado la munición que necesitaba.

Sterling guardó sus papeles y se marchó.

Bram miró a Nell. Ella ya había vuelto al trabajo y estaba pasando números a una hoja limpia.

—Tienes buen ojo para las máquinas —dijo Bram.

—Sé cómo respiran —respondió Nell—. No sabía nada sobre el dinero.

—Tú has aportado los hechos —dijo Bram—. Sterling ha aportado el contexto. Así es como funciona una sociedad.

Bram la observaba. Observaba cómo mordía el extremo de su pluma. Observaba cómo la luz del sol iluminaba los cabellos rebeldes que escapaban de su moño.

—Deberías mudarte a la planta de arriba —dijo él.

Nell dejó de escribir. Alzó la vista.

—Ya hablamos de esto —dijo ella—. Estoy bien en el sótano.

—El sótano es húmedo —dijo Bram—. Y la ventilación es terrible. Eres la gerente de la Fundición Thorne. No puedes vivir en una habitación destinada a guardar patatas.

—No quiero ser una carga —dijo Nell—. Y no quiero que el servicio hable.

—El servicio ya habla —respondió Bram—. Dicen que eres la única persona capaz de lidiar conmigo cuando estoy de mal humor. Dicen que tú eres el verdadero poder tras el trono.

—Eso es traición —bromeó Nell.

—Es la verdad —replicó Bram—. Hay un ala de habitaciones junto a la sala de música. Tiene chimenea y un ventanal con vistas al valle. Está vacía.

—Es una suite para invitados —dijo Nell.

—Es parte de tu paquete de compensación —dijo Bram—. El alojamiento y la manutención están incluidos en tu contrato.

—No he firmado ningún contrato —señaló Nell.

—Pues considera esto un bono de contratación —dijo Bram—. Por favor, Nell. Detesto pensar que estás ahí abajo, a oscuras. Ya has pasado suficiente tiempo en la oscuridad.

Nell lo miró. Vio la preocupación genuina en sus ojos. Se dio cuenta de que rechazarlo ya no era una cuestión de orgullo. Solo era terquedad.

—¿Tiene bañera? —preguntó.

—Tiene una bañera de cobre muy grande —dijo Bram—. Y agua caliente que sale de un grifo.

—Está bien —aceptó Nell—. Me quedaré con la habitación. Pero solo por la bañera.

—Por supuesto —Bram sonrió—. Puramente por la fontanería.

Nell trasladó sus cosas esa misma tarde. No tardó mucho porque poseía muy poco. Tenía sus escasas ropas, la Biblia de su madre y la pequeña caja de madera donde guardaba sus tesoros.

Entró en la nueva suite. Era hermosa. Las paredes estaban empapeladas en azul pálido y la cama estaba cubierta por un edredón que parecía una nube. Un fuego ya chisporroteaba en el hogar.

Dejó su bolsa sobre la cama. Se sentó y respiró hondo. Se sentía extraño estar allí.

Metió la mano en el bolsillo y sacó su guardapelo de plata. Lo llevaba puesto cuando saltó desde el muelle y, al chocar contra el fondo del bote, había sentido cómo se le clavaba en las costillas.

Lo observó a la luz del fuego. La caja de plata presentaba una abolladura considerable en un lado. La bisagra parecía torcida.

—Genial —susurró—. Otra cosa rota.

Se acercó al tocador. Encontró unas tijeras pequeñas de plata en un costurero. Se sentó e intentó enderezar la abolladura.

Introdujo la punta de las tijeras bajo el borde del guardapelo. Empujó con suavidad, intentando que el metal recuperara su forma.

La plata gimió. Aplicó un poco más de presión.

Clic.

La parte trasera del guardapelo se abrió de golpe.

Nell frunció el ceño. Había abierto aquel guardapelo mil veces. La parte trasera nunca se había abierto. Se suponía que no debía abrirse.

Miró más de cerca. La abolladura que había intentado arreglar había desplazado un fondo falso en el que nunca se había fijado antes. El impacto en el bote debió de soltar el cierre oculto.

Escondido tras la placa falsa había un objeto pequeño y plano.

Nell volcó el guardapelo. Una llave cayó en su mano.

Era diminuta. Estaba hecha de plata con un intrincado trabajo de latón. La cabeza de la llave tenía forma de engranaje.

Nell la sostuvo contra la luz. Había unas letras minúsculas grabadas en el vástago.

I.T. Privado.

Industrias Thorne. Privado.

Nell se quedó mirando la llave. Era demasiado pequeña para una puerta y demasiado compleja para un cajón.

Parecía la llave de una caja fuerte. O de un armario.

Pensó en las historias que solía contarle su padre. Solía hablar del «Despacho del Fundador» en la fábrica. La habitación donde él y William Thorne solían trabajar en sus diseños.

Tras el incendio, Vane había clausurado ese despacho. Dijo que su estructura era inestable. Había construido su propia oficina en el otro lado del edificio.

Durante diez años, el Despacho del Fundador había estado precintado.

Nell cerró la mano alrededor de la llave. El metal estaba frío contra su palma.

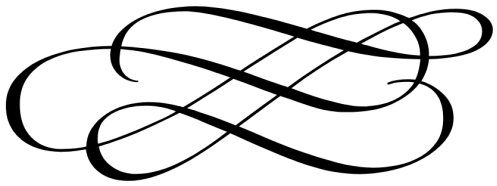
Su padre no solo le había dejado una carta en la pared, le había dejado una llave para algo más. Algo que guardaba cerca de su corazón, literalmente.

Se puso en pie. Miró por la ventana. Las luces de la fábrica brillaban a lo lejos.

Mañana tendría trabajo que hacer. Pero primero, tenía una puerta que abrir.

Se guardó la llave en el bolsillo, apagó la vela del tocador y salió de la habitación para buscar a Bram.

CAPÍTULO 18



La palanca se hincó en la madera seca de la barricada con un gemido que resonó por el pasillo vacío. Nell descargó todo su peso sobre la herramienta de hierro y empujó hasta que los clavos chillaron y cedieron. El tablón cayó al suelo con estrépito, levantando una nube de polvo que danzó bajo el haz de luz de la linterna.

—Estás disfrutando con esta destrucción —dijo Bram. Estaba apoyado pesadamente contra la pared, sosteniendo la linterna en alto con mano temblorosa. El sudor le perlaba la frente a pesar del aire fresco del pasillo—. Tienes un ramalazo muy violento para ser gerente.

—Me gusta abrir cosas —replicó Nell—. Y no me gusta que me digan que no puedo ir a algún sitio en mi propia fábrica.

Palancó el segundo tablón hasta soltarlo. Salió con más facilidad que el primero. El pasillo que llevaba al ala oeste llevaba sellado diez años, y los carteles de «Prohibido el paso» pintados sobre la madera estaban descoloridos y desconchados.

Bram contempló la oscura abertura que habían creado. Vaciló, desplazando el peso para no cargar la pierna mala. Hizo una mueca de dolor.

—No he vuelto a bajar aquí desde la explosión —confesó—. En esta ala fue donde la onda expansiva golpeó con más fuerza. Se suponía que la estructura estaba comprometida.

—Vane mintió sobre todo lo demás —dijo Nell—. Probablemente también mintió sobre la integridad estructural.

Atravesó el hueco entre las maderas. El suelo parecía firme bajo sus botas. El pasillo estaba flanqueado por puertas cerradas y cubiertas por una gruesa capa de mugre gris.

Caminó hasta el fondo del corredor. Había una única puerta de roble macizo con una placa de latón tan deslucida que resultaba ilegible.

Nell metió la mano en el bolsillo y sacó la llave de plata que había encontrado en el relicario. Era pequeña y delicada, con el ojo en forma de engranaje.

Sopló para sacar el polvo del ojo de la cerradura. Introdujo la llave.

Encajaba a la perfección.

Le dio la vuelta. El mecanismo hizo clic con el sonido satisfactorio de la ingeniería de precisión.

—Funciona —dijo ella.

—Mi padre diseñó la cerradura —comentó Bram—. Le encantaban los artilugios.

Nell empujó la puerta. Las bisagras estaban rígidas, pero cedieron.

Entraron.

Bram entró cojeando en la estancia. No avanzó mucho. Buscó una robusta silla de roble cerca de la puerta y se aferró al respaldo para apoyarse. Elevó la linterna, dejando que la luz bañara una habitación que se había quedado congelada en el tiempo.

Era un despacho amplio, con ventanales altos pintados de negro para que no entrara la luz. Había mesas de dibujo dispuestas en

filas, cubiertas de planos enrollados. Las estanterías revestían las paredes, repletas de libros y libros de contabilidad.

En el centro de la sala se alzaba una mesa maciza cubierta por una pesada lona.

—Es aquí —susurró Bram—. Es el despacho del fundador. Trabajaban aquí durante horas. Solo ellos dos.

Miró hacia un escritorio cerca de la ventana. Una pipa descansaba en un cenicero. Un par de anteojos yacía sobre un cuaderno abierto.

—Simplemente se levantó y se fue —dijo Bram—. Salió de aquí para revisar la caldera y nunca regresó.

Nell caminó hacia el centro de la habitación. Observó la forma bajo la lona. Parecía una cordillera hecha de tela.

—Ayúdame con esto —le pidió.

Bram dio un paso hacia ella, pero la pierna le falló. Se sujetó a una mesa de dibujo.

—No puedo —dijo entre dientes—. La pierna no me da más de sí, Nell. Tienes que hacerlo tú.

Nell lo miró. Estaba pálido y respiraba con dificultad.

—Pesa mucho —dijo ella.

—Eres fuerte —respondió Bram—. Limítate a tirar.

Nell agarró una esquina de la tela. Afirmó los pies. Tiró. La lona era pesada y estaba acartonada por los años, arrastrándose sobre la mesa con un ruido parecido al de las hojas secas. Se deslizó y cayó al suelo formando un montón de polvo.

Nell contuvo el aliento.

Debajo de la lona había una maqueta. Era una ciudad en miniatura construida con un detalle asombroso. Había casitas de madera y árboles diminutos hechos de musgo seco. Había carreteras pintadas de blanco y parques pintados de verde.

En el centro de la maqueta estaba la fábrica. Pero estaba limpia. Las chimeneas eran altas y estilizadas. Las casitas de los trabajadores no eran los tugurios hacinados de Grimmstone. Eran viviendas espaciosas con jardín.

——¿Qué es esto? —preguntó Nell.

Bram se arrastró hasta la mesa. Apoyó los codos en el borde para descargar el peso de sus pies. Recorrió las calles con el dedo.

—Es Grimmstone —dijo él—. Pero no como es ahora. Como podría llegar a ser.

Señalaba una placa de latón fijada al borde de la mesa:

El Proyecto de la Ciudad Jardín. 1870.

—Iban a reconstruir el pueblo —dijo Nell—. No solo fabricaban hierro. Estaban construyendo un hogar.

—Fíjate en las viviendas —señaló Bram—. Fontanería interior. Alumbrado de gas. Escuelas. Parques.

Miró la maqueta de la fábrica. Señaló el conjunto de hornos.

—El Motor Sin Humo —dijo.

—¿Dónde están los planos? —preguntó Nell.

Bram señaló una mesa de dibujo al otro lado de la habitación—. Mira en esa.

Nell se acercó y desenrolló un plano grande. Lo sujetó con las manos sobre la mesa.

—Este es el diseño en el que trabajaba Halloway —dijo ella—. Un sistema de filtrado que elimina el azufre del humo antes de que salga por la chimenea. Haría que el aire fuera limpio. Acabaría con la enfermedad de los pulmones.

Miró el cajetín de firmas. Estaba firmado por su padre.

—Tenían la solución —dijo—. Sabían cómo arreglarlo.

—Y Vane los mató por ello —sentenció Bram—. Este proyecto habría costado una fortuna. Solo el sistema de filtrado se habría comido los beneficios de cinco años. Y reconstruir las viviendas de los trabajadores habría agotado las reservas de la compañía.

—Vane no quería gastar el dinero —dijo Nell.

—Vane quería los dividendos —replicó Bram—. Mi padre y el tuyo eran visionarios. Vane era un parásito. Los mató para evitar que se gastaran su futura fortuna en aire limpio y casas decentes.

Se dejó caer contra la mesa. Contempló la hermosa ciudad en miniatura. Parecía abrumado.

—No puedo hacerlo —dijo.

Nell lo miró—. ¿No puedes hacer qué?

—No puedo construir esto —dijo Bram—. No soy mi padre. No soy un visionario. Soy un lisiado que se ha escondido en la oscuridad durante una década. Mírame, Nell. Apenas puedo mantenerme en pie. He dejado que el pueblo se pudra mientras me compadecía de mí mismo.

—Eras un niño herido —dijo Nell.

—Soy un hombre roto —respondió Bram—. Soy la Bestia de Blackwood. La gente me teme. No me miran y ven una ciudad jardín. Ven a un monstruo.

Nell rodeó la mesa. Se plantó frente a él. Le tomó la cara entre las manos. Le obligó a mirarla.

——Ellos dibujaron el mapa, Bram —dijo ella—. Pero tú eres quien tiene que poner los ladrillos. No estás roto. Eres los cimientos.

—No sé cómo construir —dijo Bram.

—Pues aprende —replicó Nell—. Tienes los planos. Tienes la fábrica. Y me tienes a mí.

Bram la miró a los ojos. Vio en ellos una fe feroz. Vio el reflejo de la luz de la linterna.

—¿De verdad crees que podemos hacerlo? —preguntó—. ¿Convertir Grimmstone en un jardín?

—Creo que debemos hacerlo —dijo Nell—. De lo contrario, habrán muerto para nada.

Bram cubrió las manos de ella con las suyas. Cerró los ojos un momento y respiró hondo. Cuando los abrió, la duda se había esfumado.

—Lo construiremos —declaró—. Derribaremos los tugurios y construiremos esto.

Se volvió hacia el escritorio. Cogió un libro de contabilidad encuadernado en cuero que estaba junto a la pipa de su padre.

—Necesitamos ver qué tierras poseían —dijo—. Para construir las viviendas, habrían necesitado comprar el fondo del valle.

Abrió el libro. Recorrió con el dedo la lista de activos.

Su ceño se frunció.

—Esto está mal —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Nell.

—Las escrituras de propiedad —respondió Bram—. Mi padre compró los terrenos para las nuevas viviendas en 1869. Figuraban como propiedad de la empresa.

Pasó la página.

—Pero aquí hay una orden de transferencia —indicó—. Fechada dos semanas después del incendio. Autorizada por un tal George Brown.

—¿Quién es George Brown? —preguntó Nell.

—Un seudónimo —explicó Bram—. Vane lo usaba para sus negocios sucios. Transfirió las tierras fuera del nombre de la empresa. Las pasó a su propia sociedad holding privada. Robó los terrenos destinados a los trabajadores y se los quedó para él.

—Los tugurios —dijo Nell—. Vane es el dueño de los tugurios.

—Es el dueño del suelo sobre el que están construidas las casas —dijo Bram—. Ha estado cobrando alquiler a los trabajadores por tierras que se suponía que eran suyas.

Unos fuertes golpes en la puerta de la fábrica, abajo, los hicieron sobresaltarse a ambos.

—¿Quién puede ser? —preguntó Nell.

—Son las tres de la mañana —dijo Bram—. O es la policía o son problemas.

Agarró la linterna—. Quédate aquí.

—Apenas puedes caminar —dijo Nell—. Voy contigo.

Regresaron por el pasillo oscuro. Nell tuvo que ayudar a Bram a bajar las escaleras, sosteniendo la mayor parte de su peso.

Sterling estaba junto a la puerta lateral. Sostenía una linterna y parecía sin aliento. Llevaba un pesado abrigo de viaje encima de su traje de Londres.

—He visto luz en la ventana —dijo Sterling—. Esperaba que fuerais vosotros.

—¿Sterling? —preguntó Bram—. Pensaba que estabas en Londres destrozando la defensa legal de Vane.

—Lo estaba —dijo Sterling—. Pero he tenido que volver. Tenemos una crisis.

Entró y cerró la puerta para protegerse del frío nocturno.

—¿Qué crisis? —preguntó Nell.

—La Corona ha confiscado los activos de Vane esta mañana —explicó Sterling—. Todo lo que esté a su nombre ha sido congelado para pagar a sus acreedores y a las familias de sus víctimas.

—Eso son buenas noticias —dijo Bram.

—Es complicado —replicó Sterling—. Como Vane se ha declarado inocente por locura, las leyes de confiscación son distintas. El tribunal ha ordenado una liquidación inmediata de sus bienes privados para saldar sus deudas antes de que comience el juicio.

—¿Liquidación? —preguntó Bram.

—Una subasta —dijo Sterling—. Una subasta pública. Mañana por la mañana a las nueve. En el ayuntamiento.

—¿Qué van a vender? —preguntó Nell.

—Todo —dijo Sterling—. Su carruaje. Sus caballos. Y las escrituras de propiedad del valle de Grimmstone.

Bram se quedó inmóvil—. Las tierras para la Ciudad Jardín.

—Sí —asintió Sterling—. Las tierras que rodean la fábrica. Los terrenos donde viven los trabajadores. Todo va a salir a subasta.

—Tenemos que comprarlas —dijo Nell.

—Tenemos que intentarlo —dijo Sterling—. Pero hay un problema. La Compañía de Hierro Consolidada de Manchester ha enviado a un representante. Quieren comprar los terrenos para construir una nueva planta de fundición.

—¿Una fundición rival? —preguntó Bram—. ¿Justo al lado de la nuestra?

—Si compran esas tierras —explicó Sterling—, demolerán las casitas de los trabajadores y levantarán chimeneas. Ahogarán al pueblo. La Ciudad Jardín nunca llegará a existir.

—¿Cuánto costará? —preguntó Bram.

—La puja inicial es de cincuenta mil libras —respondió Sterling.

—Tengo el dinero —dijo Bram—. Vane devolvió los fondos de la empresa.

—Tienes los activos —corrigió Sterling—. Pero están bloqueados por la transferencia bancaria. No podrás acceder al efectivo hasta el lunes.

—La subasta es mañana —dijo Nell—. Sábado.

—Exacto —dijo Sterling—. Eres rico sobre el papel, Bram. Pero en efectivo eres pobre.

Bram se pasó una mano por el pelo. Miró hacia la zona de producción de la fábrica. Observó las máquinas silenciosas.

—No puedo dejar que se lleven las tierras —dijo—. Mi padre murió por esas tierras.

—Necesitas un depósito —dijo Sterling—. El diez por ciento en efectivo o en objetos de valor certificados para mantener la puja hasta que abran los bancos.

—Cinco mil libras —calculó Bram—. No llevo cinco mil libras en el bolsillo.

—Tienes la mansión —dijo Nell.

—La casa está vinculada —explicó Sterling—. No puede usarse como aval sin un mes de papeleo.

Bram miró a Nell. Vio la determinación en su mandíbula.

—Tengo la colección —dijo él.

—¿Qué colección? —preguntó Sterling.

—Las joyas de mi madre —respondió Bram—. Y la plata de la cámara acorazada. Y las pinturas.

—Podría ser suficiente —concedió Sterling—. Si el subastador lo acepta.

—Lo aceptará —sentenció Bram—. Porque haré que lo acepte.

—Tienes que estar allí —dijo Sterling—. En persona. Tienes que plantarte ante el pueblo y pujar contra los hombres de Manchester. Intentarán intimidarte.

Bram miró su bastón apoyado contra la pared. Miró su mano cicatrizada.

—Que lo intenten —dijo.

—Todo el pueblo estará mirando —advirtió Nell—. Verán a la Bestia.

—Que miren —replicó Bram—. Se acabó lo de esconderse.

Se volvió hacia Sterling.

—Ve a la mansión —le ordenó—. Despierta al servicio. Diles que empaqueten todo lo que tenga valor. Plata. Oro. Arte. Cárgalo en los carros y llévalo al ayuntamiento.

—¿Todo? —preguntó Sterling.

—Todo —confirmó Bram—. Si tengo que dejar la casa en los huesos, compraré esas tierras.

—Iré de inmediato —dijo Sterling. Se dio la vuelta y salió corriendo de nuevo a la noche.

Bram se volvió hacia Nell.

—Tenemos cinco horas hasta que empiece la subasta —dijo.

—Deberíamos ir a la mansión —dijo Nell—, para ayudar a empaquetar.

—No —dijo Bram—. Necesito que hagas otra cosa.

—¿Qué? —preguntó Nell.

—Necesito que vayas al pueblo —dijo Bram—. Despierta a los jefes de turno. Despierta a Davey. Cuéntales lo que está pasando.

—¿Quieres que los trabajadores estén allí? —preguntó Nell.

—Esta es su tierra —respondió Bram—. Esta es su ciudad. Quiero que vean quién está luchando por ellos. Y quiero que los hombres de Manchester vean con quién se están metiendo.

—Los traeré —aseguró Nell—. Traeré a cada fabricante de cadenas del valle.

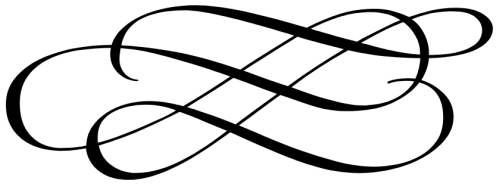
Bram asintió. Intentó caminar hacia la pared donde colgaba el horario, pero tropezó. Nell lo sostuvo.

—Parece que te vas a desplomar —dijo Nell.

—Descansaré cuando el valle sea nuestro —dijo Bram—. Ayúdame a llegar al tablero.

Nell lo ayudó a acercarse. Él arrancó el viejo horario y agarró un trozo de carboncillo. Le temblaba la mano, pero redactó las nuevas órdenes de turno para la mañana.

CAPÍTULO 19



El ayuntamiento de Grimmstone solía ser un lugar destinado a aburridas reuniones del consejo y algún que otro baile, pero hoy parecía una arena de gladiadores. La sala estaba abarrotada desde las puertas principales hasta la pared del fondo, con gente subida a los bancos para ver mejor. El estrépito era tal que hacía vibrar las lámparas de gas de las paredes.

En la primera fila se sentaban tres hombres que parecían haberse equivocado de camino a un funeral. Vestían trajes negros de corte impecable y no tenían ni una mota de hollín encima. Eran los hombres de Manchester. Estaban sentados con los brazos cruzados y miraban a la multitud con expresiones de leve asco.

El subastador golpeó el podio con su mazo. Era un hombre nervioso llamado Mr. Pumble y daba la impresión de que desearía estar en cualquier otra parte.

—¡Orden! —gritó Mr. Pumble—. Estamos aquí para liquidar los activos de Mr. George Brown. El primer y único punto del orden del día es la escritura de la propiedad del valle de Grimmstone. Esto incluye las casas de los trabajadores y los terrenos sin urbanizar que rodean la fundición.

—¡Vaya al grano! —gritó un hombre desde el fondo.

—La puja inicial es de cincuenta mil libras —dijo Mr. Pumble—. ¿Alguien da cincuenta mil?

El hombre que estaba en el centro del trío de Manchester levantó la mano. Ni siquiera levantó la vista de su bloc de notas.

—Cincuenta mil —dijo Mr. Pumble—. De Consolidated Iron.

Las puertas dobles del fondo de la sala se abrieron de par en par. No solo se abrieron; golpearon las paredes con un estruendo que silenció la estancia al instante.

Bram entró.

Llevaba puesto su abrigo negro y se apoyaba pesadamente en su bastón, con los nudillos blancos por el esfuerzo de mantenerse erguido. Sterling caminaba a su lado portando un libro de contabilidad de cuero. Detrás de ellos llegaba una procesión de seis lacayos de la mansión.

Cada lacayo cargaba con un pesado cajón de madera.

Bram no miró a la multitud. Caminó directamente hacia la mesa delantera donde estaban sentados los hombres de Manchester. Señaló el espacio vacío frente al subastador.

—Dejadlos aquí —dijo Bram.

Los lacayos bajaron los cajones. La madera crujió bajo el peso.

—Mr. Thorne —dijo el hombre de Manchester poniéndose de pie. Era alto y tenía un bigote encerado con las puntas afiladas—. Habíamos oído que estaba usted en la quiebra.

—Pues ha oído mal —dijo Bram—. Soy Bramwell Thorne. Y estoy aquí para recuperar mi ciudad.

—Tenemos una puja de cincuenta mil libras —chilló Mr. Pumble—. ¿Tiene usted una contraoferta, Mr. Thorne?

—Ofrezco cincuenta y un mil —dijo Bram.

—¿En efectivo? —preguntó el hombre de Manchester—. Las condiciones son un diez por ciento de depósito en fondos certificados.

Bram hizo un gesto al primer lacayo. El hombre forzó la tapa del primer cajón.

Lo volcó.

Una cascada de plata se derramó sobre la mesa. Teteras, bandejas y candelabros chocaron entre sí en un montón reluciente. La multitud contuvo el aliento.

—Esa es la plata de la familia Thorne —dijo Bram—. Plata de ley maciza. Pésenla.

Mr. Pumble se quedó mirando el montón. —Supongo que es moneda aceptable.

—Cincuenta y cinco mil —dijo el hombre de Manchester. Parecía aburrido—. Tenemos un cheque bancario.

—Sesenta mil —dijo Bram.

Hizo una señal al segundo lacayo. Este cajón contenía oro. Abrieron joyeros y los vaciaron. Collares con pesadas esmeraldas y diamantes centelleaban bajo las luces de gas.

—La colección de mi madre —dijo Bram—. Solo las esmeraldas valen diez mil.

—Sesenta y cinco —dijo el hombre de Manchester—. Esto es una pérdida de tiempo. No puede usted superar la puja de una

corporación con baratijas.

—Setenta mil —dijo Bram.

Abrieron el tercer cajón. Contenía cuadros. Bram sacó un paisaje en un marco dorado.

—Un Turner —dijo Bram—. Y un Constable.

El hombre de Manchester suspiró. Consultó su reloj.

—Ochenta mil —dijo.

Bram se detuvo. Miró los cajones restantes. Había despojado la mansión. Había quitado la plata de la mesa y el arte de las paredes. No le quedaba nada.

El montón sobre la mesa era magnífico, pero no resultaba suficiente.

—¿Tiene otra puja, Mr. Thorne? —preguntó Mr. Pumble con suavidad.

Bram apretó el pomo de su bastón. Miró al hombre de Manchester, que lucía una sonrisa fina y cruel.

—Se ha quedado sin nada —dijo el hombre de Manchester—. Es un mendigo con un abrigo elegante. Véndanos el terreno para que podamos demoler esos tugurios y construir una fábrica de verdad.

Un murmullo de indignación recorrió a la multitud. Sabían lo que significaba una «fábrica de verdad». Significaba salarios más bajos y más humo.

—A la de una —dijo Mr. Pumble. Levantó el mazo.

—A la de dos —dijo Mr. Pumble.

Las puertas del fondo de la sala volvieron a abrirse.

Esta vez no golpearon. Fueron empujadas por muchas manos.

Nell entró. Llevaba su vestido de lana gris y tenía la cara manchada de polvo de carbón. Parecía cansada, pero sus ojos brillaban.

Detrás de ella había un ejército.

Big Davey estaba allí. Y los hombres del horno número cuatro. Y las mujeres que fabricaban los eslabones de las cadenas. Y los muchachos que arrastraban el carbón. Cientos de ellos entraron a raudales en la sala. Llenaron los pasillos y se alinearon junto a las paredes.

La sala se quedó en silencio. Aquello no era una multitud. Era un sindicato.

Nell caminó por el pasillo. El mar de gente se abrió a su paso. Se acercó a la mesa donde estaba Bram.

Llevaba un pesado saco de lona con ambas manos. Lo levantó y lo estampó sobre la mesa, junto a la tetera de plata.

Cayó con un golpe sordo y pesado de metal sobre madera.

—Los trabajadores de Grimmstone pujan cinco mil libras —dijo Nell.

El hombre de Manchester se echó a reír. Literalmente echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. —¿Cinco mil? Eso es calderilla, muchacha. La puja está en ochenta. Se está poniendo en evidencia.

—Es un depósito —dijo Big Davey. Dio un paso adelante. Se alzaba imponente sobre el hombre de Manchester. Cruzó los brazos y sus bíceps se marcaron bajo la camisa.

—El resto es una advertencia —tronó Davey—. Si compran esta tierra, compran el suelo, no las manos.

—¿Perdone? —dijo el hombre de Manchester.

—Vamos a la huelga —dijo Davey—. Los hornos se enfriarán esta noche. Pueden comprar la escritura, pero no fundirán ni una onza de hierro. Tendrán que traer esquiroles de Manchester, y los detendremos en el puente.

El hombre de Manchester dejó de sonreír. Miró a Davey. Miró los cientos de rostros furiosos que lo rodeaban.

—Esto es un chantaje —balbuceó.

—Es economía —dijo Nell—. Calcule el coste de los guardias de seguridad para turnos de veinticuatro horas. Calcule el coste de la producción perdida. Calcule el coste de una fábrica que no funciona.

El representante de Manchester se volvió hacia su colega. Susurró frenéticamente.

—Una huelga nos costará miles a la semana —siseó—. Solo los costes de seguridad hacen que esto no sea rentable. Estaríamos comprando una zona de guerra.

El colega asintió. Miró a la multitud. Parecía asustado.

El hombre de Manchester se puso firme. Cerró su bloc de notas de un golpe.

—Consolidated Iron se retira —dijo en voz alta—. El activo es... demasiado volátil.

Se dio la vuelta y se abrió paso entre la multitud. Sus socios lo siguieron como perros apaleados.

Mr. Pumble miró el espacio vacío donde había estado la puja de Manchester. Miró a Bram.

—La puja vigente es de setenta mil libras por parte de Mr. Thorne —dijo Pumble—. ¿Hay alguna otra puja?

Silencio.

—¡Adjudicado! —gritó—. ¡A Mr. Bramwell Thorne!

La sala estalló en un rugido. La gente saltaba sobre los bancos y lanzaba sus sombreros al aire. Big Davey agarró al subastador y le estrechó la mano hasta que Mr. Pumble pareció mareado.

Bram se volvió hacia Nell. Ignoró el ruido y el caos. Se limitó a mirarla.

—Has traído a todo el pueblo —dijo.

—Querían venir —dijo Nell—. Yo solo les dije la verdad.

—Me has salvado —dijo Bram—. Otra vez.

—Somos socios —dijo Nell—. Los socios pagan las facturas juntos.

Miró el montón de plata y oro sobre la mesa.

—Aunque —añadió—, vamos a tener las paredes de la mansión muy vacías durante un tiempo.

—No me importa —dijo Bram—. Me gusta más la vista por la ventana.

Estiró el brazo y la atrajo hacia sí en un abrazo. La multitud vitoreó aún más fuerte. Pateaban el suelo y los tablones temblaban.

Sterling se abrió paso a empujones entre la masa de gente. Parecía desesperado. No estaba celebrando nada. Sostenía un papel amarillo en la mano.

Agarró a Bram por el hombro.

—Bram —gritó Sterling por encima del estruendo—. Tenemos un problema.

Bram se separó de Nell. Vio la expresión en el rostro de Sterling. La alegría se evaporó de su cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó Bram.

—Un telegrama —dijo Sterling—. De la autoridad de transporte de prisioneros.

—¿Ha muerto? —preguntó Bram—. ¿Se ha suicidado Vane?

—No —dijo Sterling—. El furgón de transporte ha sido hallado en la carretera de la costa. Estaba volcado.

Nell se acercó. —¿Qué dice, Sterling?

Sterling miró el papel. Le temblaban las manos.

—Dos guardias muertos —leyó Sterling—. El prisionero ha desaparecido. Se llevó un caballo y un arma.

—Se ha escapado —dijo Bram. Las palabras le supieron a ceniza.

—Se ha ido —dijo Sterling—. Creen que se dirige a los puertos. Creen que intenta llegar a Francia.

—No —dijo Bram. Miró hacia la puerta—. No va a Francia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nell.

—Porque es como yo —dijo Bram—. No sabe cuándo rendirse. Ha perdido su compañía. Ha perdido su fortuna. Ha perdido su reputación.

—No le queda nada —dijo Nell.

—Le queda el odio —dijo Bram—. Y sabe dónde estamos.

Los vítores de la multitud se desvanecieron en el fondo. La victoria se sentía vana y frágil.

—¿A dónde iría? —preguntó Sterling—. ¿A la mansión? ¿A la fábrica?

Bram pensó en el mapa del despacho. Pensó en la habitación secreta. Pensó en la explosión que lo había iniciado todo.

—Irá al origen —dijo Bram—. Irá al lugar donde los mató.

—Al ala oeste —susurró Nell.

—Dejamos la puerta abierta —dijo Bram—. Dejamos los planos sobre la mesa.

—Tenemos que irnos —dijo Nell.

—Prepara el coche —le dijo Bram a Sterling—. Avisa a la policía. Diles que nos vean en la fábrica.

—Iré a por Davey —dijo Nell—. Necesitamos hombres.

—No —dijo Bram—. Si Vane está allí, está desesperado. No quiero una masacre. No quiero que nadie más salga herido por mi apellido.

—Voy contigo —dijo Nell.

—Lo sé —dijo Bram—. No te dejaría atrás aunque lo intentara.

Salieron de la sala a empujones. La multitud intentaba detenerlos para estrecharles la mano, pero Bram se abrió paso. Salieron a los escalones delanteros del ayuntamiento.

El cielo estaba gris y pesado. El viento arreciaba y levantaba polvo por las calles.

Bram miró hacia la fábrica. Reposaba en el valle como un gigante dormido. Pero había una luz.

Un pequeño destello de luz en la ventana alta del ala oeste.

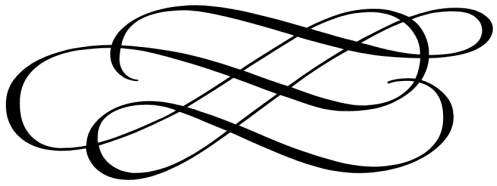
—Está allí —dijo Bram.

—Está esperando —dijo Nell.

Bram apretó su bastón. Sintió el peso de la pistola en su bolsillo, la que había empezado a llevar desde Londres. La pierna le palpitaba con un dolor sordo y pesado que presagiaba un fallo si la forzaba demasiado.

Se subió el cuello contra el viento, bajó los escalones de piedra de dos en dos a pesar del dolor de su pierna y marchó hacia la silueta oscura de la fundición, donde debía pagarse la deuda final.

CAPÍTULO 20



—Nos está esperando —susurró Bram mientras alzaba la vista hacia el tenue resplandor anaranjado de la ventana del Ala Oeste—. Quiere público para su gran final.

—Pues se lo daremos —dijo Nell. Agarró con fuerza la pesada escuadra de hierro que había cogido de la planta principal—. Pero no creo que le guste el desenlace.

Avanzaron por la fábrica silenciosa. Las máquinas parecían gigantes dormidos en la oscuridad y el único sonido era el goteo de agua de una tubería con fugas. Subieron las escaleras hacia el nivel superior. El aire se volvía más cálido a medida que se acercaban al despacho del fundador.

La puerta estaba abierta de par en par.

Silas Vane estaba en el centro de la sala. Sostenía un farol en una mano y un cuchillo largo en la otra. Se le veía demacrado. Tenía la ropa rota y cubierta de barro tras su huida, pero sus ojos brillaban y estaban enfocados.

Se encontraba de pie sobre la maqueta de la ciudad. Levantó la vista cuando entraron.

—Has traído a la chica —dijo Vane—. Es apropiado. Ella es quien lo arruinó todo.

—Tú mismo te arruinaste, Silas —dijo Bram. Entró en la habitación y se apoyó en su bastón. Mantuvo la mano cerca del bolsillo donde tenía escondida la pistola—. Te volviste codicioso.

—Me volví ambicioso —corrigió Vane—. Hay una diferencia. Tu padre carecía de ambición. Quería construir escuelas. Quería plantar jardines. Quería malgastar capital en gente que ha nacido para palear carbón.

—Quería darles una vida —dijo Bram.

—No quieren una vida —replicó Vane—. Quieren un salario. Yo les di un salario. Mantuve los hornos calientes y los dividendos altos. Hice lo que se supone que debe hacer un capitán de industria.

Miró la hermosa maqueta de la Ciudad Jardín y soltó una mueca de desprecio.

—Y esto —dijo Vane—. Esto es un cuento de hadas. Casas de madera. Parques. Es una fantasía para niños.

—Es el futuro —dijo Nell—. Y esta mañana hemos comprado los terrenos. Vamos a construirla.

—No construiréis nada —sentenció Vane.

Inclinó el farol.

El aceite se derramó sobre la lona y la madera seca de las casas en miniatura. La llama prendió al instante. Cruzó la mesa como un ser vivo. Los diminutos árboles ardieron y se convirtieron en ceniza.

—¡No! —gritó Bram.

No se paró a pensar. No se acordó del dolor que llevaba horas punzándole la pierna. Se lanzó hacia delante.

Placó a Vane.

Chocaron contra la mesa de dibujo. La madera se astilló bajo su peso. Los planos volaron por los aires como pájaros blancos.

El cuchillo salió disparado por el suelo.

Vane era mayor, pero luchaba con la fuerza de un loco. Le propinó un puñetazo a Bram en la cara. Trató de clavarle las uñas en los ojos.

—¡Debería haberte matado en la cuna! —gritó Vane—. ¡Corté aquel cable de la grúa para romperle el corazón a tu padre, pero debería haberte degollado a ti en su lugar!

Bram apretó los dientes. Agarró a Vane por el cuello y le estampó la cabeza contra los tablones del suelo.

—Tú lo mataste —rugió Bram—. ¡Los mataste a los dos!

El fuego sobre la mesa se estaba extendiendo. Lamía las cortinas. El calor aumentaba rápidamente.

Vane soltó una patada. Su bota impactó de lleno en la rodilla mala de Bram.

Bram gritó de dolor y su agarre se aflojó.

Vane rodó para alejarse. Se puso en pie a trompicones. Recogió el cuchillo del suelo.

Miró el fuego. El despacho se estaba convirtiendo en un horno.

—¡Arde con tu sueño! —gritó Vane.

Se dio la vuelta y salió corriendo por la ventana abierta hacia la pasarela de hierro que rodeaba el tejado.

—¡Se escapa! —gritó Nell. Corrió hacia Bram y lo ayudó a levantarse.

—Ve —jadeó Bram—. Detenlo.

Salieron por la ventana.

El viento los golpeó. Era fuerte y frío, y arrastraba una lluvia que les escocía en la cara. La pasarela era estrecha y resbaladiza por el hollín y el agua. Bajo ellos, el río era una cinta negra en la noche.

Vane estaba acorralado contra la barandilla al final de la pasarela. No tenía a dónde ir.

Se giró para enfrentarse a ellos. Blandió el cuchillo.

—¡Atrás! —gritó Vane—. ¡Os llevaré conmigo!

Bram avanzó cojeando. Se movía rápido, impulsado por diez años de ira. Ignoró la superficie resbaladiza de la rejilla metálica. Ignoró los pinchazos de advertencia en su músculo dañado.

Se lanzó al ataque.

Su bota pisó una mancha de aceite húmedo y hollín.

Su pierna mala no solo resbaló. Se dio por vencida. El músculo se contrajo con un calambre tan violento que pareció que el hueso se había partido. La pierna colapsó por completo bajo su peso.

Bram cayó con fuerza. Chocó contra la rejilla metálica con un estrépito que le sacó el aire de los pulmones. Intentó levantarse a gatas, aferrándose a la barandilla, pero la pierna no le servía de nada. La arrastraba tras de sí como un peso muerto.

Vane lo vio caer. Bajó ligeramente el cuchillo. Una sonrisa se extendió por su rostro. Era una sonrisa cruel y satisfecha.

—Mírate —se mofó Vane. Su voz sonaba aguda por encima del viento—. Gateando como un perro.

Bram apretó los dientes e intentó incorporarse. Miró con odio al hombre que se lo había arrebatado todo.

—No he terminado —gruñó Bram.

—Terminaste hace diez años —dijo Vane—. Solo que se me olvidó enterrarte.

Vane alzó el cuchillo. Dio un paso adelante. Iba a terminar el trabajo mientras Bram estaba de rodillas.

—Adiós, muchacho —dijo Vane.

Nell salió de entre las sombras detrás de Vane. Blandió la pesada escuadra de hierro con ambas manos.

No apuntó a la cabeza. Apuntó al centro de la espalda.

La barra de hierro golpeó a Vane con un chasquido sordo y nauseabundo.

Vane arqueó la espalda. El aire abandonó sus pulmones de golpe. Tropezó hacia delante, impulsado por la fuerza del impacto.

Chocó contra la barandilla. El metal estaba mojado. Sus manos buscaron donde agarrarse, pero solo encontraron hollín resbaladizo.

Se precipitó por el borde.

No gritó. Simplemente pareció sorprendido.

Cayó en la oscuridad.

Un segundo después se oyó un chapoteo en el río, abajo. Luego, el silencio.

Nell soltó la escuadra. Se apoyó contra la pared y rompió a temblar.

Bram se incorporó ayudándose de la barandilla. Metió su pierna inútil bajo el cuerpo. Miró por el borde. El agua estaba negra y vacía. La corriente era rápida.

—Se ha ido —dijo Bram.

Se volvió hacia Nell. Alargó la mano y la apartó del borde.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy bien —dijo Nell, temblando—. ¿Se ha apagado el fuego?

Bram miró hacia la ventana. La lluvia entraba con fuerza en el despacho. El fuego de la mesa se había extinguido tras consumir la maqueta. La madera húmeda del ala vieja se resistía a arder.

—La maqueta ha desaparecido —dijo Bram—. Los planos son ceniza.

—No necesitamos la maqueta —dijo Nell—. Tenemos las tierras. Y tenemos la llave.

Bram la miró. Se quitó la lluvia de la cara. Miró a la chica que lo había salvado en la cabaña, en el tribunal y en el tejado.

—Lo tenemos todo —dijo.

Le cogió la mano. Estaba fría y mojada, pero la apretó con fuerza.

—Bajemos —dijo—. El aire es mejor abajo.

* * *

* * *

Un año después

El sol brillaba sobre Grimmstone.

Era una estampa extraña. Durante cincuenta años, el sol había sido un rumor oculto tras una cortina de humo amarillo. Pero hoy, el cielo era de un azul pálido y limpio.

Nell caminaba por el sendero de gravilla del nuevo parque. Vestía un traje de lana azul oscuro hecho a su medida. No llevaba sombrero porque le gustaba sentir el sol en la cara.

Se detuvo en lo alto de la colina y contempló el valle.

Los suburbios habían desaparecido. Las hileras de cabañas podridas habían sido derribadas. En su lugar se erguían casas nuevas de ladrillo rojo. Tenían tejados de pizarra y pequeños jardines donde crecían hortalizas.

En el centro del valle, la fábrica zumbaba. Ya no rugía. Las nuevas torres de filtración limpiaban el humo antes de que saliera por las chimeneas. Las columnas blancas que se elevaban en el aire eran finas e inofensivas.

—Se ve distinto desde aquí arriba —dijo una voz.

Bram subió por el sendero para reunirse con ella. Caminaba sin bastón. Aún cojeaba, y siempre cojearía, pero se movía con una fuerza que antes no poseía. Llevaba un traje gris y el pelo corto.

—Se parece a la maqueta —dijo Nell—. Casi exactamente.

—El arquitecto se queja de que eres demasiado meticulosa —dijo Bram—. Dice que tú misma mides los marcos de las ventanas.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Nell—. Los contratistas se vuelven vagos si no se les vigila.

—Eres una tirana —dijo Bram. Sonrió—. Los hombres te tienen pánico.

—Me respetan —corrigió Nell—. Porque sé cómo usar una llave inglesa.

Bram se puso a su lado. Contempló el pueblo que habían construido.

—Sterling ha enviado un telegrama —dijo Bram—. Los beneficios han subido un veinte por ciento este trimestre. El hierro limpio se vende más rápido de lo que podemos fabricarlo.

—Tenemos que contratar a más hombres —dijo Nell—. Big Davey dice que su primo necesita trabajo.

—Contrátalo —dijo Bram—. Contrátalos a todos. Tenemos presupuesto.

Metió la mano en el bolsillo. Sacó un pequeño objeto de plata.

Era la llave. La llave del despacho del fundador.

—Hoy hemos terminado la escuela —dijo Bram—. La piedra angular está lista para ser sellada.

—¿Has traído la caja? —preguntó Nell.

Bram asintió. Sostuvo la pequeña caja de madera que en su día había guardado los tesoros de Nell.

—Deberíamos meterla dentro —dijo—. Ya no la necesitamos. La puerta está abierta.

Nell cogió la llave. La depositó en la caja. Añadió el viejo relicario, que había reparado.

—Pertenece al pasado —dijo ella.

—Pertenece a los cimientos —dijo Bram.

Le ofreció el brazo.

—¿Nos vamos? —preguntó—. El alcalde está esperando para dar un discurso. Tiene una banda nueva.

—Le encantan sus bandas —dijo Nell. Se agarró del brazo de Bram.

—Señora Thorne —dijo Bram—, está preciosa hoy.

—Señor Thorne —dijo Nell—. Está muy respetable para ser un antiguo ermitaño.

—Hago lo que puedo —dijo Bram.

Bajaron la colina hacia la nueva escuela, donde los hijos de los trabajadores del hierro jugaban en el patio. El sonido de sus risas subía por la ladera.

Nell miró la fábrica por última vez. Le apretó el brazo.

—¿Lista? —le preguntó.

—Lista —respondió ella.

OTRAS OBRAS DE SYBIL COOK

The Cobbler's Daughter

Un conmovedor relato de penalidades, amor y resiliencia en el corazón de la Inglaterra victoriana.

Lancashire, 1874. Con la zapatería de su padre al borde de la quiebra y la salud de este decayendo rápidamente, **Annie Sutherland no tiene más remedio que cargar con la responsabilidad de mantener un techo sobre sus cabezas.** Pero los tiempos están cambiando, y las botas artesanales de calidad están perdiendo la batalla frente a los productos baratos de fábrica. **Con cada vez menos clientes y las amenazas del casero resonando con más fuerza, el mundo de Annie se desmorona.**

Por otro lado está **Tom Hartley**, un trabajador de la fábrica con sus propios problemas. **Un hombre que sabe lo que es pasar apuros, carecer de lo básico y luchar por cada céntimo.** Cuando el destino los une, Tom ve el orgullo y la terquedad de Annie por lo que son en realidad: pura desesperación. Y aunque ella no quiera su ayuda, él no puede quedarse de brazos cruzados mientras ella lo pierde todo. Pero el favor tiene un precio, y cuando el **despiadado prestamista Silas Drake le ofrece a Annie una vía de escape a un coste que no se atreve ni a mencionar, ella se enfrenta a una decisión imposible.** Aceptar el trato con el diablo o arriesgarlo todo para aferrarse a la única vida que ha conocido.

Una historia sobre el amor hallado en los tiempos más aciagos, de dignidad y rebeldía frente a la ruina. Ideal para

los seguidores de Catherine Cookson y Dilly Court, la nueva saga de Sybil Cook te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la madrugada.

DESCARGAR
